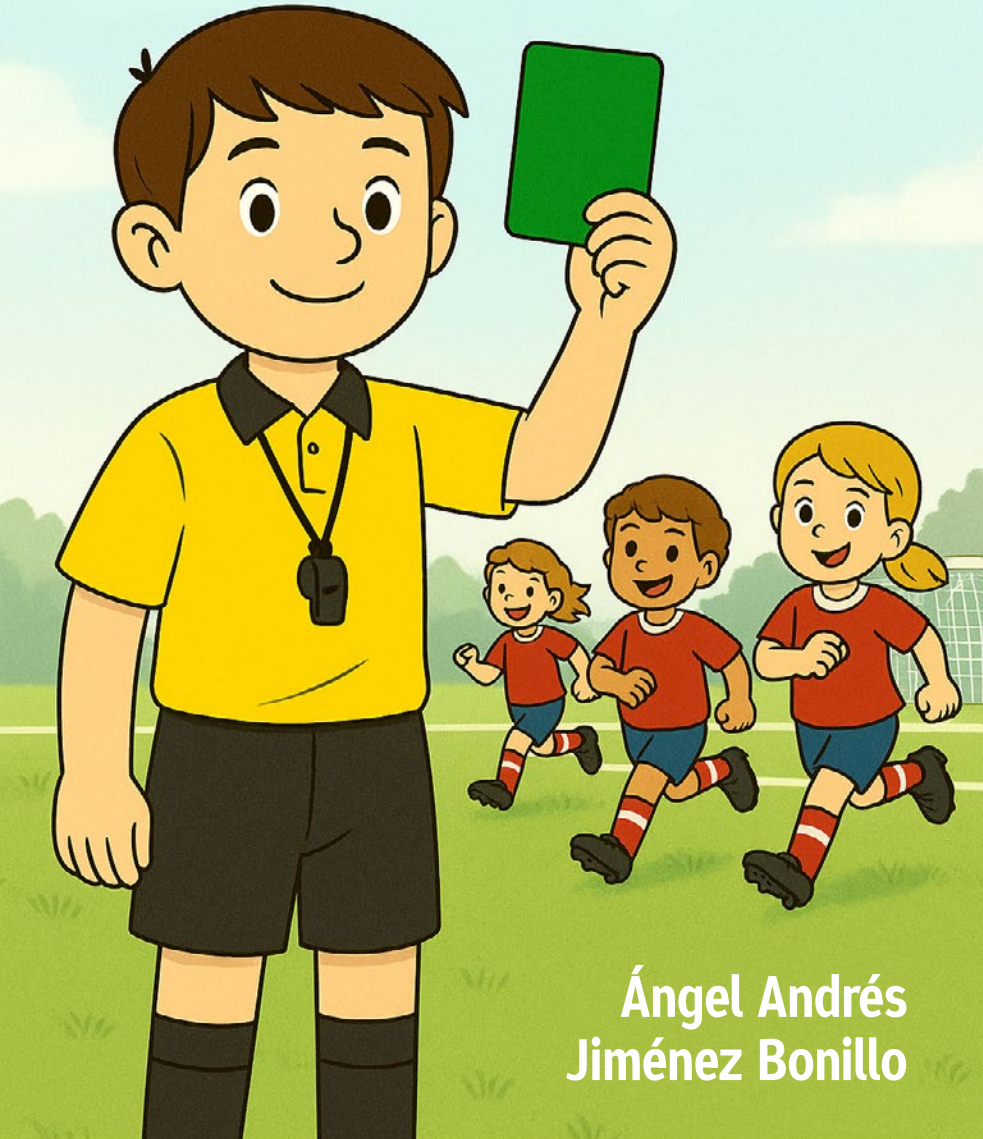
El Árbitro de La Paz
y el equipo Campeones



Ángel Andrés
Jiménez Bonillo

© Ángel Andrés Jiménez Bonillo, 2024
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o de cualquier otro tipo, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Este ejemplar ha sido editado exclusivamente como material didáctico y queda terminantemente prohibida su venta.

Título: El Árbitro de La Paz y el equipo Campeones

Autor: Ángel Andrés Jiménez Bonillo - jimenezbonillo@gmail.com

Diseño y maquetación: Fundación Fomento Deporte, con la colaboración de Fundación "la Caixa" y Caixabank.

El Árbitro de La Paz y el equipo Campeones

Una historia de fútbol educativo para leer en familia

Ángel Andrés Jiménez Bonillo

Fundación Fomento Deporte
GRUPO ORP
JURISCÁTEDRA
Fundación "la Caixa"

1. Haciendo amigos

Aday había conocido a Emma en la escuela infantil, en lo que llamamos popularmente "guardería". Desde que tenían dos años, jugaban cada fin de semana en el parque del pueblo, y siempre con una pelota. Los niños mayores se la pasaban entre ellos con los pies, y Emma y Aday trataban de imitarlos, cayéndose una y otra vez.

–¡Cuidado, Emma! –gritaba su madre.

–¡Te vas a hacer daño, Aday! –exclamaba la suya.

Así fueron pasando los años y los días de fútbol en el parque. Y también fueron llegando más amigos: Nico, Mario, Patri, Eva, Mateo, Lisa, Juan, Vero, Manuel y Alba. Se veían en el parque cada fin de semana y montaban unos buenos partidos. Disfrutaban muchísimo y nunca querían volver a casa. El fútbol era una manera de divertirse, y también una

bonita forma de estar con los amigos y amigas, y un motivo para que los padres y las madres de todos pasaran agradables ratos de charla en medio de la naturaleza.

En el parque, los adultos se sentaban en los bancos y comentaban sus diferentes quehaceres de la semana mientras los menores corrían y reían alrededor de un balón y de cuatro árboles, perfectamente ubicados, que les servían como porterías. Ciertamente, gracias al fútbol, las vidas de todos ellos, las de los pequeños y las de los mayores, eran más cálidas, más humanas y más saludables.

2. Haciendo equipo

Los amigos iban cumpliendo años y pasando cursos. Después de terminar cuarto de primaria, en un caluroso día de verano en la piscina municipal, Lisa dijo de repente:

–¿Por qué no hacemos un equipo para jugar en una liga todos los fines de semana? Mi primo está en uno y se lo pasan genial.

A todos les pareció una idea magnífica. Sus caras expresaban la ilusión de nuevos proyectos. Empezaron a abrazarse y a saltar. Se imaginaron con sus equipaciones y sus botas, con porterías que ya no fueran árboles, con partidos en campos pintados con sus líneas en vez del parque de toda la vida. Fueron felices, más felices todavía de lo que habían sido siempre.

Entonces, inesperadamente, Eva se puso a llorar. Nadie sabía qué podía estar ocurriendo. Eva solía reír por casi todo.

Era muy difícil verla triste. Sin embargo, en aquel momento parecía no encontrar consuelo. Era como si por su cabeza revoloteara algo terrible.

–¿Qué te pasa, Eva? –preguntó Lisa–. Pensaba que te alegrarías de que pudiéramos tener un equipo.

Eva no respondía. Daba la sensación de que quería hablar, pero las palabras no salían de su boca. Finalmente, pudo emitir un mensaje:

–Yo quiero que seamos un equipo, pero no que nos obliguen a jugar separados, niños y niñas.

Las caras de todos, de aquel grupo de amigos y amigas, cambiaron. De repente, lo que era máxima alegría se convirtió en pena y preocupación. Siempre habían jugado juntos y querían seguir haciéndolo. Les partía el corazón el simple hecho de imaginar que no pudieran continuar disfrutando del fútbol de la misma manera, sin distinción de sexos.

El padre de Mateo, que estaba presente en la conversación, apuntó:

–Tranquilos; no tenéis que preocuparos. A vuestra edad y durante unos cuantos años más, las ligas de futbol son mixtas, es decir, chicos y chicas pueden jugar juntos en el mismo equipo. Además, yo me encargaré de hablar con el resto de padres y madres para inscribiros en la federación.

Os buscaremos un entrenador o una entrenadora, y también iremos al ayuntamiento para que podáis utilizar el campo municipal de fútbol en vuestros entrenamientos y partidos. Va a ser una gran aventura.

Tras estas palabras, la felicidad ya sí que fue total. Iban a tener un equipo: su equipo.

3. Campeones F. C.

Durante el verano, siguieron disfrutando en el parque de siempre, el de tantas tardes entrañables con los amigos y amigas, y con las familias.

Una de esas tardes, con el sol todavía calentando con fuerza, Emma se sentó apoyando su espalda en uno de los árboles que conformaban las porterías. Ese era su espacio favorito, pues ella solía jugar como guardameta. Pensó en alguna de las paradas que había realizado allí: en el día en que Alba dio un pase extraordinario a Vero y esta, que chutaba tan fuerte, remató con su pierna izquierda, muy ajustado a su particular poste vivo, y Emma se lanzó a su derecha, estirándose con esmero, para desviar la pelota a córner, sacando los aplausos de todos los niños y los mayores que presenciaban el partido; o el día en que le paró un penalti a Manuel, tan temido siempre por sus potentes disparos, nacidos de unas piernas tremendas, impropias de un niño de su edad. Algu-

nos niños, al principio, le decían a Emma que a las niñas no les pegaba ser porteras, pero a ella nunca le importó. Por eso siempre siguió persiguiendo su sueño, disfrutando de lo que más le gustaba, y así, poco a poco, todos fueron dándose cuenta de que Emma podía ser una gran portera y de que el sexo no era impedimento para hacer o no hacer algo.

Después de un rato de recuerdos, los amigos fueron llegando al parque. Cuando ya estaban los doce, antes de empezar a jugar, Mario, de repente, exclamó:

–¡Tenemos que ponerle nombre al equipo!

–¡Es verdad! –confirmó Vero.

Todos estaban de acuerdo en que aquello era algo importante. Hasta ese momento, habían sido un grupo de amigos que quedaban para jugar al fútbol en un parque; pero a partir de tomar la decisión de inscribirse en una liga, pasaban a ser un equipo, y los equipos, como las personas o las mascotas o las ciudades, tienen sus nombres.

–¡Somos el equipo de los campeones, porque todos somos unos campeones! –exclamó Aday.

Rieron los amigos y amigas, sin plantearse que ese pudiera ser el nombre. Sin embargo, Aday continuó:

–Nos llamaremos "Campeones F. C.".

A nadie le pareció mal. Las caras eran de sorpresa y de ilusión. No era un nombre muy común para un equipo, pero sonaba bien. Los equipos solían llevar el nombre de la localidad a la que pertenecían, pero para ellos, para aquel grupo de amigos y amigas, su condición de campeones era lo más importante. Eso sí, no eran campeones por ganar muchos torneos, pues nunca habían ganado ninguno. Eran campeones por otros motivos; sin duda, unos motivos mucho más importantes que ganar partidos o trofeos.

4. Conociendo a un amigo especial.

La semana siguiente, los amigos volvieron a quedar en el parque y, como siempre, jugaron su partidillo. No solían discutir, así que los padres y madres apenas intervenían; se limitaban a verlos correr y golpear la pelota, y, por supuesto, a charlar entre ellos. Sin embargo, aquella tarde iba a ser diferente.

Patri, que era rápida como una gacela, corrió por una de las bandas. No era la mejor técnicamente, pero su velocidad la convertía en un peligro continuo para la defensa adversaria. Avanzó muchos metros conduciendo la pelota hasta que, poco antes de llegar al límite imaginario marcado por los árboles-portería, centró. Alba, valiente y permanentemente decidida a luchar por cada balón, se lanzó al suelo para tratar de conseguir un gol para su equipo. Llegó a tocar el esférico, pero no con demasiada fuerza. Emma, que defendía el marco adversario, rozó ligeramente con la yema de

los dedos, de forma que la pelota perdió algo de velocidad, pero continuaba en dirección a portería. Nico, defensa de vocación, fiel a su cometido de proteger su portería, estiró una de sus piernas y alejó el esférico de los árboles. Entonces comenzó la discusión. Nadie sabía a ciencia cierta si el balón había traspasado la línea no dibujada que unía los árboles que hacían de portería. O, mejor dicho, los que hablaban parecían saberlo todos, pero con versiones muy distintas. Alba y sus compañeros estaban seguros de que la pelota había entrado y el gol debía subir al marcador, mientras que Nico y los suyos no admitían otra posibilidad que la de que el juego continuara sin más, pues no tenían dudas de que el defensa había evitado el tanto.

Algunos padres y madres trataron de mediar, de buscar una solución, pero nadie daba su brazo a torcer. En ese momento, se escuchó:

–Yo lo he visto perfectamente. Ha entrado. Ha sido gol.

Esas palabras las pronunció Simón, un chaval mayor que los niños y niñas del equipo de los campeones. Tenía diecisiete años y vivía en el mismo pueblo. No era la primera vez que iba a verlos jugar, pero sí era la primera vez que escuchaban su voz.

A Simón le gustaba el fútbol, pero no quería jugar. Lo que de verdad quería Simón era ser árbitro. Y ese día, sin haberlo previsto, tomó su primera decisión como tal.

¡HA SIDO GOL!

Niños y niñas de ambos equipos no rechistaron. Todos dieron por bueno lo que había visto Simón. Ningún chico o chica pensó que Simón pudiera estar engañándolos. Si él decía que había entrado, ¿por qué iba a mentir? ¿No somos más felices diciendo la verdad? ¿Qué intención iba a tener Simón de beneficiar o perjudicar a unos u otros?

Los padres y madres observaban en la distancia. Les agradaba que sus hijos e hijas hubieran reaccionado así. Llegaron a empezar a preocuparse por si caían en una discusión infinita, de esas que a veces vemos en el deporte, de modo que se sintieron muy aliviados cuando comprobaron que el grupo no discutió.

Desde entonces, Simón decidió acudir al parque con el equipo de los campeones y participar en sus partidillos actuando como árbitro. Al ver lo bien que desempeñaba su labor y lo a gusto que se sentían los pequeños con él, la madre de Lisa le dijo un día:

–Simón, ¿por qué no te haces árbitro federado para la próxima liga? Nuestros niños y niñas van a participar a partir de octubre. De hecho, en septiembre empezarán a entrenar en el campo municipal.

Nadie en su localidad había sido árbitro nunca, ni de fútbol ni de ningún otro deporte. Al menos, no un árbitro oficial, con su ropa y todo eso. Simón lo pensó unos segundos y respondió:

–¡Me encanta la idea, señora! Se lo diré a mis padres.

Simón asistía al instituto a diario. Era buen estudiante y tenía el sueño de ser profesor. Sus padres y hermanos (él era el pequeño) lo trataban con mucho cariño. Se puede decir que Simón vivía una vida feliz.

Había disfrutado siempre del fútbol y, en general, de todos los deportes, y, para su edad, tenía mucho sentido de la justicia. Quizá por todo eso, en conjunto, quería ser árbitro.

Al llegar a su casa, ya a la hora de la cena, de repente, les dijo a sus padres:

–Quiero hacerme árbitro de fútbol. Quiero apuntarme en el colegio de árbitros o en la federación o donde se haga eso.

Sus padres, en principio, se mantuvieron en silencio. Fueron momentos tensos para Simón, que esperaba ansioso la opinión de ellos. Pasados unos instantes, su madre dijo:

–Nosotros siempre deseamos apoyarte en todo lo que quieras hacer. Nos da miedo que te hagas árbitro. Tu hermano ha jugado al fútbol desde pequeño y sabemos lo mal que se trata a veces a los árbitros, con mucha presión e insultos. Eso no nos gusta. Aun así, si tú quieres hacerte árbitro, te apoyaremos.

–Estoy de acuerdo con mamá en todo lo que ha dicho –añadió el padre–. Seguro que arbitrar es una actividad pre-

ciosa que te daría buenos valores; además, es una forma de hacer deporte, conocer gente nueva y madurar. Pero nos preocupa lo que vas a tener que aguantar. Aun así, como ha dicho mamá, si estás decidido, te apoyamos.

Simón había visto muchos partidos de fútbol, tanto en los campos como por televisión, y sabía perfectamente que sus padres no exageraban. Por desgracia, los ambientes en los partidos de fútbol no son siempre un ejemplo de respeto y educación. El deporte solo debería servir para pasar buenos ratos, y para crecer como personas individual y socialmente. Pero, al menos en el fútbol, eso no siempre se cumple, ya que hay personas que pierden el respeto a sus semejantes.

–Sé que tenéis razón, pero yo quiero vivir la experiencia de arbitrar. Siempre he sentido curiosidad, y, desde que participo en los partidillos del equipo de campeones, me ha ido gustando cada vez más, y quiero probar con otras personas y en campos de verdad.

5. Otra persona especial.

En septiembre, con el cole, llegó también el campo. El equipo de los campeones entrenaba por primera vez en un campo de fútbol de verdad, con porterías no vegetales. La alegría de los niños y niñas era insuperable; su ilusión, máxima. Y los padres, que ya no pasarían las tardes en el parque, podrían seguir viéndose, pero en las gradas o en la cafetería del estadio.

Y con el campo de verdad llegó también el entrenador; bueno, mejor dicho, entrenadora. Venía a propuesta de la madre de Alba, que la conocía personalmente por haber sido compañeras de clase en el instituto. Luego se siguieron la pista por redes sociales y sabía que era una mujer buena, requisito indispensable para las familias. Así que les pareció bien probar con ella.

Se llamaba Victoria. Cuando era pequeña, casi ninguna niña jugaba al fútbol, pero a ella le encantaba. De vez en cuando echaba algún partidillo en la calle con los niños de

su vecindario, pero poco más. Eso sí, con los años, como no perdió su pasión, se inscribió en los cursos oficiales para conseguir su licencia de entrenadora. Y la consiguió.

Los niños y niñas estaban ansiosos por conocerla. Lo que no sabían era lo mucho que iban a aprender y a disfrutar con ella.

–Hola, me llamo Victoria –dijo, presentándose–. Mi intención es enseñaros algo sobre este bonito deporte, el fútbol, y, sobre todo, que sigáis siendo lo que sois: un equipo. Quiero que sigáis disfrutando de este deporte. Quiero que seáis buenos chicos y chicas. Y quiero que este equipo, el equipo de los campeones, sea respetado y apreciado por todo el mundo. ¿Y cómo se consiguen el respeto y el aprecio de todo el mundo? Con un buen comportamiento, con buenos valores. A veces ganaremos, otras empataremos y otras perderemos, pero siempre vamos a divertirnos y siempre vamos a jugar con deportividad.

Los pequeños la escuchaban con atención. Les caía bien. Era agradable en su forma de hablar y dirigirse a ellos. Era educada y simpática. Y todo eso hacía que a los padres y madres les pareciera una entrenadora inmejorable.

Sin dudarlo, todos propusieron a Victoria que aceptara el puesto. Ella, que vio el brillante planteamiento de deporte educativo que se daba en y para aquel grupo, aceptó encantada. Así, todos, niños y niñas, y padres y madres, se

iban a ir muy felices para sus casas aquella tarde. El Campeones F. C. tenía una entrenadora adorable.

En un ámbito, el de los entrenadores, formado de forma mayoritaria por hombres, una mujer iba a arrojar una luz brillante, necesaria y eterna.

6. Entrenamos y conversamos

Juan llegó nervioso al segundo entrenamiento. Miraba de forma rara, y no contaba chistes ni gastaba bromas. Era como si se hubiera transformado.

A pesar de que apenas lo conocía, Victoria, la entrenadora, pensó que algo no andaba bien, así que se acercó a él.

–Tú eras Juan, ¿verdad?

–Sí –respondió el niño.

–Para ser el segundo entrenamiento, no vienes muy ilusionado…

–Es que usted dijo que hoy tocaba carrera, y yo estoy gordito y corro menos que los demás.

–¡Ah, conque era eso…! Ahora me quedo más tranquila, hijo. Te voy a decir algo, Juan: todos somos diferentes. Por ejemplo, tú eres menos rápido que Patri, pero he visto que tocas bien la pelota, que tienes buena técnica. Sin embargo, eso a ella le cuesta más. Alba es muy valiente, pero le plantea dificultades el hecho de pararse a pensar, mientras que Mario es justo lo contrario. Como ves, cada uno es distinto a los demás, y eso es lo bonito de los equipos y de la vida. Cada uno aporta lo suyo y todos salimos ganando. Con nuestras diferencias vamos construyendo juntos un equipo.

Mateo, que los observaba a unos metros sin poder escuchar nada de lo que hablaban, se acercó a saludar:

–Hola, Victoria. Hola, Juan. ¿Cómo estáis?

–Estamos bien –respondió Victoria. Hemos charlado un poquito antes de empezar el entrenamiento. Hablar también es muy importante en un equipo.

–Claro que sí, entrenadora –replicó Mateo–. A mí me encanta hablar con todos, y que nos abracemos y apoyemos siempre.

–Muy bien dicho, Mateo. Eso es lo que tiene que hacer siempre un equipo. Mira, Juan estaba un poco apagado al llegar, pero ya está más contento y con ganas de empezar. Al entrenamiento venimos a disfrutar y a prender, y, si estamos tristes o tenemos algún problema, lo compartimos y nos ayudamos.

–Siempre, entrenadora –añadió Mateo–. A mí me encanta hacer eso. Yo siempre quiero ayudar.

–Lo sé, Mateo. Me he dado cuenta. Y es fantástico.

–Gracias a los dos –intervino Juan–. Ya me siento mejor, y con ganas de empezar.

7. Vuelta al cole

Con la llegada de septiembre, como siempre, tuvo lugar la vuelta al colegio. Los niños y niñas del equipo de los campeones acudían al mismo centro escolar. Iban a empezar quinto de primaria y, como llevaban allí desde infantil de tres años, el cole les resultaba muy familiar.

No todos sacaban unas notas maravillosas, pero sí es verdad que todos se portaban bastante bien y que iban pasando de curso sin especiales problemas. Sus maestros, en general, estaban muy contentos. Por tanto, se puede decir que eran unos campeones en el campo de fútbol y, algo mucho más importante, en el colegio.

Ese año se incorporaba un alumno nuevo. Se llamaba Antonio. Era fuerte como un roble y muy alto, y, a decir verdad, también un poco bruto. En ese primer día de curso, le tocó sentarse junto a Nico. Cuando sonó el timbre para salir al

recreo, Antonio y Nico chocaron, y este último se quejó amargamente a la tutora, la señorita Sara:

–Seño, Antonio me ha empujado y me ha hecho daño.

–¡Yo no lo he empujado, seño!–gritó Antonio–. ¡Nos hemos chocado; lo que pasa es que él tiene menos fuerza!

–Calma, chicos –intervino Sara–. Es el primer día del curso. Seguro que pronto os entendéis bien y disfrutáis de estar juntos. Ahora, daos la mano y salid al patio.

Vero se había quedado un poco rezagada cogiendo el bocadillo, por lo que acabó saliendo a la par que sus dos compañeros. En la mano llevaba su inseparable pelota de fútbol. Antonio no paraba de mirar a ambas, a Vero y a la pelota.

–Vente, Antonio –le dijo Vero–. Juega con nosotros.

Antonio aceptó encantado, y los miembros del equipo de los campeones iban a descubrir a un jugador estupendo. Bruto, efectivamente, pero muy bueno, y más noble de lo que se podría pensar por el roce que tuvo con Nico. Al final, este pudo descubrir que Antonio no tenía malas intenciones, sino que simplemente necesitaba aprender a controlar su fuerza.

Cuando acabó la jornada y los niños se marchaban a sus respectivos hogares, Nico se dirigió a su compañero de pupitre:

–Te gusta mucho el fútbol, ¿a que sí?

–Sí, muchísimo. Pero soy nuevo aquí y no conozco niños con los que jugar por las tardes.

–Pues eso se soluciona fácilmente: vente hoy a entrenar con nosotros, con el equipo de los campeones. Empezamos a las cinco en el campo municipal. Díselo a tus padres, a ver si te dejan.

–¡Seguro que sí, Nico! Muchas gracias. Eres un amigo.

Y lo abrazó. Y aquel abrazo le gustó mucho a Nico, que se sintió bien por ayudar a su nuevo compañero. Se dio cuenta de que a veces podemos tener un mal momento con alguien, pero eso no significa que no podamos acabar llevándonos bien. No hay que sacar conclusiones demasiado rápido, y hay que ayudar a las personas que acaban de llegar a sitios nuevos para ellas, pues necesitan ir integrándose y adaptándose.

Nico se fue feliz por todo ello y Antonio, más feliz todavía. Después, al hablar con sus padres, estos se mostraron muy contentos con la idea de probar en el equipo, así que los campeones podrían contar con un nuevo integrante. Iba a ser una tarde especial.

8. El primer entrenamiento de Antonio

Antonio llegó en hora a la cita. Él no lo sabía, pero a Victoria, la entrenadora, le parecía importantísima la puntualidad. Decía que era señal de respeto y compromiso con el equipo.

Al verlo, Aday lo saludó y lo acompañó al vestuario. Allí estaba Victoria.

–Hola, Antonio. Me habían dicho que hoy vendría un nuevo jugador. Bienvenido. Deseamos que lo pases muy bien y que nos ayudes a crecer como equipo. Solo te pido que quieras divertirte y que te portes como un campeón, como lo que somos. Y un campeón se demuestra dentro y fuera del terreno de juego. Ya lo irás viendo.

Precisamente ese día iba a ser uno muy bueno para aprender, pues venía Simón, el árbitro. Como en el parque, aun-

que ahora solo a veces, seguían jugando partidos entre ellos, los cuales servían a la entrenadora para enseñar en la práctica y a Simón para seguir adquiriendo experiencia de cara a su cercano debut como árbitro federado.

Durante el partidillo, Antonio se encontraba nervioso y revolucionado. No era capaz de controlar su ímpetu, su gran fuerza. En una de las acciones, chocó con Lisa. Fue un golpe violento. Los niños se quedaron petrificados. La madre de Lisa, en la grada, gritó despavorida. Antonio permaneció inmóvil, preso del pánico. Simón detuvo el juego inmediatamente y Victoria se acercó para atender a Lisa. Esta, segundos después, reaccionó. El alivio general se notó en los resoplidos de todos.

Tras unos minutos para recuperar el sosiego, Simón le dijo a Antonio:

–Antonio, no puedes entrar tan fuerte. Tienes que aprender a controlarte. En un partido federado, serías expulsado con tarjeta roja. Pero eso no es lo peor; lo peor es el daño que puedes provocar.

–Simón tiene razón –intervino Victoria–. Mira lo que le ha pasado a Lisa. Y yo sé que tú también has sufrido mucho, como todos; que has pasado miedo. Sé que tú eres buen chico, pero piensa en lo que ha dicho Simón: tienes que aprender a controlarte. No te preocupes; te ayudaremos. Ser fuerte, como tú, es algo muy bueno. Pero todo lo bueno

debe ser bien utilizado. Tú aprenderás a dominar tu fuerza y serás un campeón más del equipo. Hoy te irás un poco triste a casa, y seguramente asustado por lo que ha pasado, pero confía en mí: aprenderás. Si tienes interés, aprenderás.

–Yo quiero, Victoria –dijo Antonio con voz entrecortada.

–A mí no me gusta que me pasen estas cosas. Por esto muchas veces me han castigado en el cole, y luego los niños no querían jugar conmigo. Yo quiero tener amigos y pasármelo bien.

A Antonio le cayeron dos lágrimas por las mejillas. Victoria y Simón lo abrazaron. Lisa, que reposaba en brazos de su madre y se encontraba ya mucho mejor, observaba la escena en la distancia. Entonces se incorporó y se dirigió a donde estaban ellos. Cuando llegó, tocó a Antonio en el hombro para llamar su atención y que se girara. Al volverse, se abrazaron. Antonio la besó intensa y cariñosamente. No dijeron nada. No hacía falta. El resto de niñas y niños del equipo se sumó en un abrazo colectivo, en el que también participaban Simón y Victoria. Por cosas como esta, verdaderamente eran unos campeones, y no solo por el nombre.

9. Gente de club

El Campeones F. C. era ya un club oficial que iba a competir como tal. Eso exigía contar con, además de una entrenadora, un delegado o delegada de equipo. Esa función iba a desempeñarla Agustín, un hombre lleno de bondad en el que Victoria confiaba ciegamente. Sería para ella su delegado, pero también mucho más que eso: su ayudante, su confidente… De hecho, iba a significar mucho para todas las personas del grupo.

Y, por supuesto, el club tenía que contar con una junta directiva y un presidente o presidenta. Por aclamación popular, Adolfo, el abuelo de Nico, ocuparía ese cargo. Adolfo, ya jubilado, había sido maestro. Era queridísimo por mucha gente y un fiel seguidor de los campeones. Persona de carácter afable, aunaba firmeza en sus decisiones y gran capacidad de diálogo hasta llegar a aquellas. Además, lo caracterizaba una virtud imprescindible para presidir cualquier

institución: la honestidad. Muchos de los padres y madres de los campeones, y hasta la propia entrenadora, Victoria, habían sido alumnos de Adolfo. Lo adoraban.

Cuando empezaron todos a plantearse quién debía ser el máximo representante del club, fue el nombre pensado y emitido por todos. Adolfo, desbordado por tanta y tan cariñosa petición, no quiso negarse. Nico, emocionado, se encaramó a la espalda de su abuelo y exclamó:

–¡Mi "abu" es el presidente, es el presidente!

Su nombre fue coreado insistentemente hasta sacar los colores a Adolfo, que sonreía y levantaba el brazo tímidamente para intentar corresponder a tanto afecto sin querer tampoco parecer soberbio.

El Campeones F. C. estaba preparado para arrancar una andadura que, deportiva y extradeportivamente, iba a resonar en muchos sitios como una música celestial.

10. El debut de Simón.

Dos semanas después, un día antes del primer partido de liga del Campeones F. C., llegó el debut de Simón. Le tocaba arbitrar un partido de la primera jornada de la liga prebenjamín, con niños y niñas varios años más jóvenes que los campeones.

Tanto nuestros campeones como los niños menores que ellos jugaban a una modalidad llamada "fútbol 7", es decir, un tipo de fútbol en campos más reducidos y con siete jugadores por equipo en el terreno de juego. Los demás estaban en el banquillo, pero podían entrar y salir continuamente, ya que se permitían sustituciones ilimitadas, igual que se hace en otros deportes como el baloncesto, el balonmano o el fútbol sala.

La noche previa al partido Simón apenas pudo dormir. Se sentía preparado, pero el hormigueo interior no le daba

tregua. Ansiaba que llegara el momento. Se fue a clase por la mañana y sintió pasar las horas lentamente en el instituto. Después, en casa, le costó más de lo habitual ingerir los alimentos, indispensables cuando uno va a hacer deporte.

Con tiempo suficiente, partió. Debía llegar una hora antes del inicio al campo en el que se jugaba el partido, en un pueblo muy cercano. Fue acompañado por sus padres, que quisieron estar junto a él en un día tan importante. Además, allí se encontraría al equipo de los campeones al completo, con padres y madres incluidos (al menos, todos aquellos a los que el horario laboral se lo permitía), y con Victoria, Agustín y Adolfo.

Simón, en su vestuario, fue colocando la camiseta, el pantalón y las medias en el perchero de su caseta. Sacó las botas de la mochila. Fue sintiendo su respiración en la soledad del vestuario, viviendo un protocolo que habría de repetir tantas y tantas veces en el futuro. Se sintió árbitro, más árbitro que nunca. Y le gustó.

Unos minutos después inició la preceptiva revisión de fichas e identidades de los integrantes de ambos equipos. Charló brevemente con entrenadores y delegados. Trató de relajarse. Se acordó de sus padres y del equipo de los campeones (unos y otros en las gradas), y se dirigió al terreno de juego.

Los jóvenes jugadores de ambos equipos ya lo esperaban para el sorteo previo al inicio del encuentro. Este se celebró

y Simón hizo sonar su silbato como árbitro oficial por primera vez en su vida.

El partido transcurría con normalidad. Estaba siendo entretenido, y la actuación de Simón, bastante correcta, muy buena para ser su debut. Sin embargo, en la segunda parte, en una jugada aparentemente sin trascendencia, tras señalar una falta en mitad del terreno de juego, un espectador gritó: "Árbitro, espabila, que eres tonto".

Simón se giró instintivamente hacia la grada. Sabía que, por desgracia, algo así podía pasar, pero no lo encajó bien. En el fondo, uno quiere pensar que podemos respetarnos siempre, porque eso es lo que tenemos que hacer, así que a Simón le dolió. Y le dolió más porque allí estaban sus padres y sus amigos campeones.

En décimas de segundo, miró al espectador que lo había insultado y también a sus padres, en especial a su madre, con quien tenía tanta conexión. Ella se notaba triste, pero entera, manteniendo la compostura. Su padre, más nervioso, tampoco perdía el control. Ambos sabían que su hijo necesitaba la mayor calma posible por su parte.

El espectador le mantenía la mirada y no mostraba ningún tipo de arrepentimiento; es más, añadió:

–¡A ver si aprendes ya, hombre!

Los padres de Simón continuaron en silencio, pero Victoria, la entrenadora de los campeones, no se contuvo:

–¡Caballero, por favor, un poco de respeto! Cállese y deje de hacer el ridículo. Este chico está debutando hoy; además, lo está haciendo muy bien. Y, aunque lo hiciera fatal, merece ser respetado y apoyado. Está usted dando un ejemplo nefasto a muchos niños y niñas.

Simón no reanudó el juego, que se detuvo unos minutos. Se armó algo de jaleo en la grada y él mismo, a pesar de ser solo un adolescente, se acercó a donde se originó el problema. Allí, el espectador no se calló:

–¡Yo he pagado una entrada y digo lo que me da la gana!

Ante el asombro de todos, el siguiente en intervenir fue el propio árbitro:

–Usted habrá pagado una entrada, pero no para insultar y menospreciar. Usted, como todo el mundo, tiene que respetar. Si no es capaz de hacerlo, tendrá que marcharse o llamaremos a la policía.

Los campeones, espontáneamente, rompieron en aplausos. Inmediatamente, el resto de asistentes al partido empezó a aplaudir y a gritar mensajes como "muy bien dicho, árbitro", "así se habla", etc. Simón no alcanzaba todavía la mayoría de edad, pero, sin duda, su léxico, su

¡USTED TIENE QUE RESPETAR!

templanza y su arrojo parecían propias de una persona varios años mayor.

Avergonzado, el espectador que había insultado a Simón abandonó las instalaciones deportivas. Durante su marcha, con un niño de no más de diez años agarrado a su mano, no levantó la mirada del suelo. Mientras, el niño que lo acompañaba lloraba amargamente. No merecía haber vivido esa triste escena, pero es lo que ocurre cuando los adultos no saben comportarse adecuadamente. Por desgracia, solemos olvidar que lo que hacemos influye en muchas otras personas, sobre todo en las más jóvenes. El ejemplo es básico a la hora de educar, y ese señor había ofrecido uno lamentable.

Mientras, el partido se reanudaba, y a las gradas volvían la calma y el respeto, los cuales nunca deben dejar de existir en cualquier competición deportiva, sobre todo en aquellas en las que participan menores de edad.

11. Nos apoyamos; nos queremos.

Al final del partido, con la misma naturalidad y espontaneidad con la que habían aplaudido a Simón cuando este respondió al espectador, el equipo de los campeones al completo, niños y niñas, invadió el terreno de juego. Simón, que los vio desde lejos, sabía que no era una de esas invasiones a las que se debe temer; todo lo contrario.

Los niños fueron llegando hasta su amigo árbitro y se iban enganchando a él en cualquier parte de su cuerpo que fuera quedando libre. Nadie en las gradas recordaba una imagen parecida. Eso sí, tampoco nadie pudo contener la emoción. La madre de Simón, que ya había aguantado como pudo durante los momentos de tensión, comenzó a derramar lágrimas muy sentidas, mientras que el padre se quitó momentáneamente las gafas para no inundarlas. Ambos se sentían muy orgullosos de su hijo, de cómo había respondido a la presión y cómo había reaccionado ante las faltas de

respeto sufridas. Victoria, por su parte, no podía dejar de aplaudir, dichosa por el comportamiento de su equipo y de Simón. Los padres y madres de los campeones (y campeonas, por supuesto) confirmaban lo que quizá ya no necesitara confirmación: efectivamente, sus hijos e hijas eran unos campeones. Y lo eran de una forma que iba mucho más allá de lo deportivo. Eran chicos especiales, con una entrenadora especial y una amistad no menos especial con un árbitro sin igual. La verdad es que su suerte era como para estar tremendamente felices. Y lo estaban.

En las mismas gradas, una periodista local, madre de uno de los jugadores, tomaba nota de lo sucedido. De hecho, publicaría un artículo sobre el comportamiento en los campos de fútbol base. Eso sí, esta vez, aunque se hacía alusión al insulto por parte del espectador, se ponía más el foco en el ejemplar comportamiento de Victoria; en la gran gestión que hizo el joven colegiado, Simón, con su sabia respuesta al espectador que lo insultó; y en un entrañable grupo de niños y niñas que eran unos campeones de la vida. Ese artículo acabaría siendo muy leído en todo el país y le proporcionaría a Simón un apodo que lo acompañaría ya para siempre: "El Árbitro de la Paz".

EL ÁRBITRO
DE LA PAZ

12. El debut de los campeones

Al día siguiente, les tocaba el turno a los chicos y chicas del Campeones F. C. Podían perder, obviamente, porque eso es parte del deporte y de la vida, pero en ilusión nadie podría vencerlos; en todo caso, empatar con ellos.

–¿Cómo te encuentras, Aday? –le preguntó su madre.

–Nervioso, mamá; quiero que empiece ya el partido.

En la misma calle vivía Vero, en el edificio más alto del municipio, y, además, en la última planta. Sin embargo, Vero solo cogía el ascensor cuando se encontraba enferma. Le encantaba subir y bajar escaleras. Decía que le servía para relajarse y para que sus piernas se endurecieran. Lo cierto es que, por ese o por otro motivo, Vero tenía un tren inferior muy potente y remataba fortísimo.

Ambos habían quedado para ir caminando, junto con sus familiares, hasta el campo de fútbol. Cuando se encontraron, Aday notó algo extraño en la forma de caminar de su amiga, así que le preguntó:

–¿Te ocurre algo, Vero?

–No puedo tirar de mí hoy, Aday. Es como si mis piernas no tuvieran fuerza.

–Eso es solo cuestión de nervios –intervino su padre–. En cuanto empieces a moverte en el calentamiento, se acabó. Ya lo verás.

–Claro que sí, Vero –confirmó su madre–. Entre eso y que apenas has dormido, es lógico que te encuentres floja. Pero todo eso se te pasará, como dice papá.

Verdaderamente, ni Aday ni Vero habían descansado como cualquier otra noche. Pero es que no era como cualquier otra noche. Era la previa al primer partido oficial del equipo de los campeones. Como para dormir a pierna suelta…

Al llegar al campo, los abrazos y las risas nerviosas se sucedían por doquier. Y no se sabía si estaban más ilusionados los niños o los padres y madres.

Victoria, la entrenadora, se mostraba más tranquila. Al menos, lo aparentaba. Después de saludar a todos, indicó a los

campeones que accedieran al vestuario. Siempre es importante una pequeña charla por parte de los formadores, pero aún más en un día tan señalado. Cuando los trece campeones se hallaban ya sentados en la caseta, Victoria empezó su discurso:

–Ya habéis hecho lo más importante, que es entrenar para llegar hasta este momento. Ahora estáis muy nerviosos, y lo entiendo, pero los partidos solo son una parte más de vuestro aprendizaje y, sobre todo, una oportunidad para divertiros. Yo solo os exigiré dos cosas: que os esforcéis y que os comportéis correctamente. Ambas os las pido en cada entrenamiento, y se os piden también en la familia y en la escuela. De esto depende que verdaderamente sigáis siendo unos campeones o que se quede en un nombre vacío, sin sentido. ¿Me habéis entendido, chicos?

–Sí –gritaron todos.

En las gradas, Agustín y Adolfo, delegado y presidente respectivamente, recordaban a los padres y madres (y al resto del público) lo que ya todos sabían: la importancia de generar un ambiente positivo para la formación y diversión de los jugadores de ambos equipos, lo que incluía un respeto inquebrantable al árbitro.

El partido comenzó. Desde el principio se vio que no iba a ser fácil para los campeones. El rival, el S. D. Huertas, llevaba jugando varios años la liga federada, más o menos con los mismos integrantes. Eso les daba ventaja y tranquilidad.

Al finalizar el primer tiempo, los campeones perdían por cero goles a dos. Se marchaban un tanto cabizbajos hacia el vestuario, pero los aplausos y palabras de aliento por parte de sus seres queridos (incluido Simón, que no quería perderse el primer encuentro oficial de sus amigos) les dieron ánimos.

En la segunda parte, los campeones mejoraron. Fueron tranquilizándose y pusieron en mayores aprietos a sus rivales. De hecho, llegaron a recortar distancias con un gol, para ellos, histórico. Emma sacó de meta hacia Juan. Este controló y devolvió el cuero a la portera, que cambió de banda hacia Eva. Esta avanzó unos metros, regateó a un adversario y lanzó un pase largo. Alba saltó para llevarse el balón con la cabeza y consiguió tocarlo, de forma que le llegó a Mario, que, al no recibir marcaje por parte de ningún rival, pudo levantar la cabeza y ver la posición de Manuel. Este recibió, pero tenía la oposición de una defensora. Aun así, con una bella maniobra técnica, se cambió la pelota de pierna y la mandó al centro del área. Era la oportunidad más clara de los campeones en todo el partido. Las caras de los padres y madres reflejaban deseo y tensión a la vez. Sentían tantas ganas de ver a sus hijos e hijas celebrar un gol que, al realizarse el último pase, contuvieron la respiración y se incorporaron de sus asientos. Quienes tenían cerca alguna mano amiga a la que agarrarse aprovecharon para ello; el resto apretó los puños. Eso sí, todos sin perder detalle de lo que pasaba en el terreno de juego.

Patri, siempre veloz, se anticipó a todos los defensores, armó la pierna derecha y chutó. El portero del bando contrincante se estiró e incluso logró rozar la pelota, pero no pudo evitar el tanto. Los seres queridos de los campeones y los propios integrantes del equipo no cabían en sí. Buscaban la manera de exteriorizar tanta alegría. Iban y venían sin rumbo fijo, abrazándose a cualquier cara conocida que encontraban por el camino. La madre de Patri le soltó un besazo a Simón; el padre de Emma levantó en volandas a la hermana pequeña de Eva, que ya pesaba unos kilos; el hermano mayor de Mateo, que ya tenía dieciocho años y pasaba en el gimnasio varias horas semanales, dejó casi sin respiración al abuelo de Alba, al que aquello no privó de seguir cantando el gol. En el banquillo, Victoria y Agustín llegaron a darse hasta un beso que, años después, en cada reunión, seguiría recordando Vero, la única que, en medio del festejo, lo vio. En definitiva, fue la locura.

Restaban escasos minutos para el final y los campeones ya no pudieron anotar ningún gol más. Para ser sinceros, ni siquiera tuvieron más ocasiones, pero, por supuesto, siguieron entregándose hasta el último pitido arbitral. Cuando este llegó, ambas aficiones premiaron a los equipos con una gran ovación. Jugadores y jugadoras de ambos conjuntos se saludaron con respeto y deportividad, los mismos que habían mostrado durante el encuentro, y agradecieron a sus familias el apoyo recibido. Estos momentos fueron saboreados por todos, dentro y fuera del terreno de juego.

Al volver a la caseta, Victoria estaba radiante. Tanto Agustín como ella fueron felicitando, uno por uno, a cada miembro del equipo. Cuando hubieron terminado, la entrenadora tomó la palabra:

–No os imagináis lo orgullosa que estoy de vosotros. Habéis logrado los objetivos que nos habíamos propuesto y, lo que es más importante, habéis conseguido que podáis sentiros muy orgullosos de vosotros mismos. Chicos y chicas, sois geniales.

No habían ganado su primer partido, pero los campeones habían escrito una página inolvidable de su historia, una historia digna de ser contada.

13. Arbitrar, educar.

A raíz de todo lo sucedido en su debut, a Simón se le ocurrió que podía ser buena idea mantener, en cada partido, una pequeña charla con los equipos y con los aficionados antes de empezar. Sería algo breve, de un par de minutos, motivando a los jóvenes jugadores a ser ejemplo de deportividad, y pidiendo a los espectadores que colaborasen, a través de su respeto, para crear un buen ambiente. En este sentido, y después de estar pensando durante varias tardes, propuso a las aficiones una forma muy singular de comportarse: "el VAR de la Afición", es decir, Ver, Animar y Respetar. Los aficionados, en su mayoría padres y madres de los jóvenes jugadores, escuchaban con atención y sonreían con agrado. Para todos, era la primera vez que asistían a la charla previa a un partido por parte de un árbitro, y reconocían sin ambages que se trataba de un mensaje muy poderoso y lleno de razón. Y, desde luego, comprendían que sus hijos e hijas serían los primeros beneficiados de poder disfrutar tranquilamente de su deporte favorito.

Además, en las charlas, Simón avisaba de que, si el comportamiento en las gradas no era el adecuado, él tomaría medidas, parando el partido para invitar a la reflexión, y si hubiera nuevos ejemplos perjudiciales, solo permitiría que continuara el partido con policías presentes en las gradas. Incluso suspendería definitivamente el partido si fuera necesario.

Resultaba sorprendente escuchar a un árbitro diciendo todas estas cosas, pero así era. Y el público no ponía ninguna objeción. Tampoco los entrenadores y delegados de los equipos se mostraban en desacuerdo. En el fondo, todos queremos jugar en paz, vivir en paz, ser respetados y ofrecer una buena educación a nuestros hijos e hijas. Si un árbitro nos invita a todo eso, ¿por qué no apoyarlo? Está muy bien y es muy necesario hablar de valores; pero es mucho más necesario encarnarlos, llevarlos a la práctica. Esto suele costarnos más, sobre todo cuando tenemos que enfrentarnos a cambios drásticos. A veces parece que en el fútbol vale todo, que podemos comportarnos de cualquier manera, y mensajes como el de Simón nos ayudan a reflexionar y a darnos cuenta de que nuestros principios deben ser los mismos en todos los ámbitos de la vida. No tiene sentido que nos comportemos con respeto en unos lugares y en otros no; no tiene sentido que en el fútbol o en cualquier otro deporte echemos por tierra los valores que sí defendemos en otros contextos.

El Árbitro de la Paz y el equipo de los campeones iban a abrir nuevas vías dentro del fútbol. Ellos iban a ser capaces

de emocionar a muchas personas. El camino no había hecho más que empezar. ¡Adelante!

14. Una "seño" especial

La señorita Sara era la tutora de la mayoría de los campeones. Y a los que no estaban en su tutoría también les daba clases. Sara era una mujer de mediana edad y con mucha experiencia en la docencia. No se había dedicado a otra cosa. Sus alumnos notaban que a ella le gustaba su trabajo y se interesaba por ellos como personas, por sus ocupaciones y preocupaciones, por sus risas y por sus llantos. Nada de esto se les escapaba a los jovencitos, que, aunque algunas veces se enfadaran, la querían mucho. Como ella a ellos.

A Sara no le gustaba el fútbol. Jamás lo había practicado y rara vez había permanecido más de cinco minutos seguidos viendo algún partido por televisión. Campos de fútbol sí había visitado, pero solo cuando, de pequeña, iba con sus padres a ver los partidos de su hermano mayor. Con todo, Sara sabía lo que suponía el fútbol para sus alumnos y estaba al tanto de la historia de los campeones, y, en este sentido,

el educativo, el fútbol (y cualquier otro deporte) sí le importaba. No le cabían dudas de las grandes ventajas que tenía como herramienta educativa, lo cual había que aprovechar también en el colegio.

Veía en los recreos la actitud de sus alumnos, siempre dispuestos a compartir juego con otros niños y niñas, y disfrutaba. Y cuando se daba cuenta de que algún crío de otra clase quería jugar con los campeones pero no se atrevía a decírselo, rápidamente intervenía, como el día en que Amador, un año menor que los campeones, los observaba desde una esquina del patio.

–¿Te gusta el fútbol? –le preguntó.

–Sí, seño. Mucho.

–¿Y te gustaría jugar con ellos?

–Me encantaría, seño.

La señorita Sara se puso manos a la obra. Cogió a Amador de una mano y ambos se encaminaron hacia una de las porterías del patio, la que ocupaban los campeones. La defendía Mateo. Él no quería ser portero, pero Victoria enseñaba que no se puede tener un puesto fijo desde pequeño, sino ir probando todos ellos y así aprender más, y también quizá descubrir otros roles que podrían ser interesantes. Y, como Mateo sabía que en el próximo partido jugaría un tiempo de

portero, allí estaba entrenándose. Cuando la profesora llegó, los niños detuvieron el juego instantáneamente.

–¿Qué ocurre, seño? –preguntó Mario.

–Nada. Tranquilos. Es que quería presentaros a Amador.

–Yo lo conozco –apuntó Alba–. Vive cerca de mi casa.

–Sí –confirmó Amador, sonriente–. Y algunas veces hemos jugado juntos.

–Yo también lo conozco, seño –dijo Antonio–. Y creo que todos lo hemos visto por aquí, ¿verdad?

Todos asintieron.

–Me alegro de que lo conozcáis. Y ahora os propongo que lo acojáis para jugar con vosotros en el recreo. Le encanta el fútbol, pero en su clase no hay muchos niños y niñas a los que les guste, así que estaría bien que pudiera disfrutar de vuestra compañía.

–Claro que sí, seño –exclamó Patri–. En el fútbol hay sitio para todo el mundo.

La señorita Sara reaccionó con un guiño de complicidad. Sabía que los campeones reaccionarían de esa forma y se marchó tranquila para que el juego pudiera reanudarse.

Aquel gesto suyo, un simple detalle para ella, algo que no le supuso ningún esfuerzo, significaría mucho para Amador. Así sucede muchas veces en la vida: podemos hacer cosas muy importantes para otros que para nosotros no suponen demasiado. Esa es una de las claves de la vida en sociedad. Y en esto Sara era muy campeona. Dedicaba mucho tiempo en el colegio a algo tan imprescindible como observar. Así, se daba cuenta de detalles que para otras personas podían pasar desapercibidos. Esos detalles proporcionaban felicidad. Y esa felicidad llenaba el corazón de Sara. Así de sencillo. Así de grande.

Días más tarde, sus nuevos amigos propusieron a Amador que probara los entrenamientos con el equipo Campeones. Él lo hizo y disfrutó. Y ya no se fue.

15. Nuestra lideresa

A nuestros campeones les tocaba disputar su segundo partido de liga, el primero como visitantes. Quedaron, como les había mandado Victoria, en la entrada de su propio campo, para ahí ir distribuyéndose en distintos coches de madres y padres. Así se organizarían cada vez que les tocase viajar. Antes de la partida, la preparadora les recordó normas básicas de las que ya habían hablado todos en muchos entrenamientos:

–Chicos, recordad que fuera de casa hemos de dar un ejemplo todavía mejor. Cuando lleguemos, saludaremos a todas las personas que vayamos encontrando. Pediremos todo lo que nos haga falta, pero siempre con un "por favor" y un "gracias". Haremos buen uso del material que se nos preste y trataremos las instalaciones de forma inmejorable. Ah, y, por supuesto, el vestuario debe quedarse tan limpio o más que cuando entremos por primera vez. Podremos ga-

nar, empatar o perder, pero siempre tenemos que hacerlo como campeones, dentro y fuera del terreno de juego; antes, durante y después del partido. Esto es innegociable. Y ustedes, queridos familiares de nuestros campeones, ya saben lo que siempre esperamos: el mejor ejemplo. Nuestra afición es una parte más del club. La imagen que ustedes ofrezcan en las gradas supondrá gran parte de nuestro prestigio. Si ustedes no se comportan adecuadamente, el club quedará en muy mal lugar, y lo que es peor: sus hijos e hijas, así como los menores del otro equipo, recibirán un muy mal ejemplo. Tienen una gran responsabilidad. No nos fallen, por favor.

Tantos los pequeños como los mayores respetaban profundamente a Victoria. Además, la querían de verdad. El respeto y el cariño se los había ganado Victoria con su educación, con su empatía, con su modélico comportamiento. La entrenadora había conseguido ejercer una autoridad indiscutible, y eso solo puede lograrse con la ejemplaridad. Cuando se obedece, puede hacerse por miedo; cuando se sigue a alguien y se respeta su autoridad, eso solo nace del aprecio. Victoria era una lideresa, la guía de todos. Y ese liderazgo era respetado también por el presidente, Adolfo, que no concebía que un club de base pudiera seguir otra línea que la de la educación.

16. ¿Nos vamos?

El partido comenzó con dominio del equipo de los campeones. No acusaron los nervios tanto como el día del debut y eso se notó. El nivel del adversario era parejo al suyo, pero los campeones se estaban mostrando mucho más asentados y precisos. Todo ello desembocó en un bonito gol de Aday, un gol muy especial para él, nada acostumbrado a marcar, ni siquiera en los recreos del colegio.

A Aday le gustaba el fútbol, pero seguramente no tanto como a la mayoría de sus compañeros. Para él, el fútbol y el equipo eran, sobre todo, motivos para estar con sus amigos. Y sus padres, tan contentos, pues su hijo estaba, mientras se divertía, mientras se beneficiaba de hacer deporte, rodeado de buenos amigos y amigas, y recibiendo una formación en valores estupenda. Todo eran ventajas. Seguro que Aday, como la inmensa mayoría de los niños y niñas que hacen deporte, no se iba a dedicar a ello profesionalmente; puede

que ni siquiera llegara a jugar como aficionado en categoría sénior. Pero ¿a quién le importa eso? Desde luego, ni a sus padres ni al propio Aday les importaba lo más mínimo.

Aday lo celebró con efusividad. Era un niño muy bueno y tremendamente querido por todos; no un gran futbolista, pero sí un chico estupendo. Ni siquiera se había imaginado a sí mismo anotando, pero la oportunidad se le apareció en un barullo en el área, tras llegarle la pelota procedente de un despeje defensivo defectuoso. Aday, que no tenía un remate demasiado fuerte ni certero, empalmó la pelota como no lo había hecho nunca. Cosas del azar, que también juega en el deporte y en la vida. Gol.

Con ese tanto discurrió el partido hasta que quedaban diez minutos. En ese momento, Juan cometió una falta, pero el árbitro no la señaló. No la vio. Se le cruzaron dos jugadores y no pudo ver lo que ocurrió. El público local, que parecía estar ante una cuestión de vida o muerte, increíblemente nervioso porque su equipo no lograse empatar, empezó a protestar. Y a insultar al árbitro. Este, que no tendría más de quince años, reaccionó con mezcla de tristeza y miedo. Le faltó llorar, pero, sin duda, ganas tenía. Victoria no paraba de mirarlo hasta que no aguantó más. Sin mediar palabra, penetró en el terreno de juego. El árbitro la miró y Victoria trató de calmarlo:

–No te preocupes; vengo a ayudarte. He escuchado las barbaridades que te han dicho y no voy a consentirlo.

El delegado del equipo local (que también era delegado de campo, algo que suele ocurrir en el fútbol base) salió corriendo detrás de Victoria y escuchó la conversación, lo que lo llevó a intervenir:

–No ha pasado nada. Solo han sido unas protestas sin importancia.

–¿Protestas sin importancia? –replicó Victoria, incrédula e indignada–. Este chaval (señalando al árbitro) ha sido insultado. Eso es inadmisible, y, por supuesto, no voy a permitirlo en un partido en el que juegue mi equipo.

–¿Y qué piensa usted hacer? –preguntó desafiante el delegado–. ¿Acaso piensa irse?

–Pues sí. Nos vamos a ir.

Victoria pidió permiso al árbitro para reunir a sus jugadores. Les explicó por qué iban a marcharse del campo y también les dijo que iba a ir a la grada a explicárselo a sus padres y madres. Y eso hizo. Caminó decidida hacia ellos y, con voz firme, expuso:

–Todos ustedes han escuchado los insultos. Saben lo que opino del deporte, lo importantes que son la formación, la educación, el ejemplo, los valores. Teniendo en cuenta todo eso y el comportamiento de algunos espectadores, nos vamos a ir del campo en protesta por lo que ha sucedido, y para

invitar a la federación, a otros clubes y a la gente del fútbol en general a tomar medidas en las siguientes ocasiones.

–Victoria –intervino el padre de Nico–, esto puede suponer que nos den el partido por perdido y que nos sancionen económicamente.

–La multa la pagaré yo misma; no hay problema. En cuanto a los puntos, me importan un pimiento. A veces se gana mucho con una derrota, y otras se pierde mucho con una victoria. Para ellos, el triunfo; para nosotros, la satisfacción del deber cumplido.

El padre de Nico, y el resto de padres, madres y, en general, seguidores del equipo, no abrieron la boca. Entendieron a Victoria y la apoyaron. Adolfo, el presidente, que también se encontraba allí, asintió orgulloso y añadió:

–No, Victoria. La multa la pagará el club muy gustosamente. Tú no pagarás nada. Estás haciendo lo correcto.

El árbitro, atónito, contemplaba todo en la distancia y esperaba en el centro del campo sin saber muy bien qué hacer. Cuando ya había hablado con los aficionados, Victoria fue a confirmarle al colegiado lo que ya le había dicho antes: su equipo, el Campeones F. C., se iba del terreno de juego. Antes, lo abrazó y le preguntó cómo se encontraba. Este, todavía asustado, contestó que estaba mejor. Victoria le quitó toda la responsabilidad al chaval y le explicó los motivos

Nos vamos; hay cosas más importantes que ganar.

de la retirada para que él pudiera redactar el acta adecuadamente. Después, señaló a sus jugadores el camino de los vestuarios y se fueron todos.

En las gradas, silencio y aceptación por parte de los aficionados de los campeones. Sin embargo, la afición local no reaccionó igual:

–Venga, campeones, que así vais a ganar la liga –dijo uno.

–Esto es fútbol, tontos –añadió otro.

Y más comentarios desagradables se escucharon. Pero los padres y madres de los campeones se sentían orgullosos de su entrenadora, a la que admiraban profundamente, y se mostraban dispuestos a explicar a los menores lo que había ocurrido y por qué el partido no había llegado a terminar con normalidad. Ese era el siguiente paso.

17. ¿Por qué nos hemos ido?

Los campeones se ducharon y cambiaron (por turnos, según el sexo, como siempre). Victoria esperaba, también como siempre, en la puerta del vestuario. Cerca se congregaron los familiares y amigos del equipo, y Victoria aprovechó para convocarlos a todos a una reunión en su propio campo, la cual se celebraría justo cuando regresaran, ese mismo día. Victoria sabía que era un asunto lo suficientemente relevante como para no esperar al siguiente entrenamiento.

En el camino de vuelta, afortunadamente corto, los padres y madres eludían el tema todo lo posible. Preferían que Victoria tomara la palabra, y ya después ellos se sumarían y seguirían en su línea.

Al llegar al campo, no se estaba disputando ningún partido, así que las gradas estaban completamente despobladas. Victoria indicó una zona concreta y pidió a todos

que se dirigieran allí. Cuando ya no faltaba nadie, empezó a hablar:

–Chicos y chicas, hoy era un día especial. Estábamos jugando muy bien y podríamos haber terminado ganando, pero todos habéis visto y escuchado lo que ha pasado. El árbitro ha sido insultado y a nadie parecía importarle.

–Lo hemos visto, entrenadora –dijo Lisa. Y a mí no me importa que nos hayamos ido o que no ganemos el partido. Yo te apoyo.

–Yo también te apoyo –apuntó Manuel. Jugamos para divertirnos, y no nos divertimos con insultos.

Manuel se acercó a Victoria y la abrazó. Ella, emocionada, besó a Manuel y lo apretó contra sí con el cariño de una madre. Precisamente los padres de Manuel observaban la escena con ojos brillantes, al borde de las lágrimas, y henchidos de orgullo.

Instantes después, varios niños y familiares comenzaron espontáneamente a aplaudir. Fueron sumándose el resto hasta que aquello se transformó en una ovación cerrada y unánime.

Victoria, ahora ya con lágrimas y la voz entrecortada, trató de hablar:

–Es normal que os llaméis "Campeones". Porque lo sois. Pero no solo los que jugáis; las personas que os acompañan y os quieren también son campeonas. Y vuestra condición de campeones no depende de los marcadores de los partidos o de los resultados en los torneos. Sois campeones en valores, en ejemplo, en deportividad, en humanidad. Estoy muy orgullosa de todos: chicos, chicas, padres, madres y resto de acompañantes.

–Un momento, entrenadora –apuntó la madre de Juan–. Le ha faltado algo importante.

–Dígame, señora, por favor.

–Usted ha dicho "sois", pero tendría que haber dicho "somos". Porque usted es una campeona como una catedral. Usted es la mejor entrenadora que se puede tener, y estamos muy agradecidos por lo que hace y por cómo nos ayuda a educar a nuestros pequeños.

–Una cosa más –añadió el padre de Alba–. Hay otra persona a la que queremos agradecer también su ejemplo, su talante y su ayuda. Esa persona es nuestro delegado, Agustín. Eres un hombre encantador y siempre tienes una palabra de ánimo y de enseñanza para cualquiera. Es un lujo contar contigo.

Agustín, siempre en la sombra (pero una sombra muy fecunda), no supo qué contestar. Calló y se emocionó. Alzó ligeramente su mano en señal de cariñoso saludo y luego se la llevó al corazón. Sin duda, en ese corazón ya había un espacio habitado por aquellos maravillosos niños y niñas, y sus no menos maravillosos familiares. Con ellos iba a seguir viviendo una historia apasionante.

18. Aparece el Meseta

El martes siguiente se reunía el Comité de Competición para tomar una decisión sobre el último partido del Campeones F. C.

Nadie, ni jugadores ni cuerpo técnico ni directiva ni familiares, estaba ansioso por recibir la información, pero todos querían conocerla. Su felicidad y su sentido del deporte no dependían de ninguna clasificación ni de ningún marcador, y todos sabían que habían hecho lo correcto, pero, aun así, era lógico que estuvieran expectantes.

Por la tarde, en el entrenamiento, Agustín recibió la notificación: se les daba el partido por perdido y debían pagar una multa de cien euros. El fallo no los sorprendió, pero, en cierto modo, y por ese resquicio de esperanza que nunca se pierde (y que está bien no perder), se sintieron decepcionados.

Entrenaron con normalidad, se marcharon a casa y comentaron la noticia con sus familiares. Todos seguían con la conciencia tranquila y el ánimo inalterable. Con más o menos goles o con más o menos puntos, eran los Campeones.

Sin embargo, al día siguiente, la historia iba a adquirir tintes nuevos. El equipo que se beneficiaba de los puntos, al que le habían dado el partido por ganado, no estaba de acuerdo con la decisión del Comité: no quería ganar el partido. De hecho, envió a la Federación una reclamación para que reconsiderara su decisión y diera el partido por concluido con el marcador de cero a uno, el mismo que se daba cuando los campeones se marcharon del terreno de juego.

El entrenador rival había llamado a Victoria y le había comunicado que tanto su cuerpo técnico como la junta directiva del club habían decidido por unanimidad enviar la queja al comité. Consideraban que la actitud del Campeones había sido ejemplar y querían mostrarles todo su apoyo; y no encontraban mejor forma que reconocer su superioridad en el marcador y, por supuesto, respaldar y agradecer el valiente gesto que habían tenido. El club rival, el C. D. Meseta, consideraba que la violencia verbal era un problema importante y algo que jamás puede darse en un acontecimiento deportivo (ni en ningún otro ambiente), y veía lógico que se actuase para cambiar la situación. El Campeones F. C. se había atrevido a dar pasos reales, a no seguir aceptando la violencia sin más, y merecía un reconocimiento, no un castigo.

Todo eso hizo saber el C. D. Meseta a la Federación, además de lanzar un comunicado oficial por parte de la entidad. Podría pensarse que era solo un partido de la última categoría de alevines, pero, de cara a la sociedad, ambos equipos habían conseguido que fuera mucho más que eso. Se trataba de una defensa del respeto, de la concordia y del verdadero espíritu del deporte.

Sin duda, la Federación debía pensar muy bien su respuesta. Algunos periodistas se habían hecho eco del asunto, y muchos clubes, en sus redes sociales, habían aplaudido al Campeones y al Meseta. La opinión pública estaba claramente con ellos. Si la Federación se mantenía en sus trece, mucha gente se echaría encima.

El Campeones no había reclamado nada. Pero sí lo hizo su adversario, el que resultaba beneficiado (al menos en la tabla clasificatoria) de la supuesta injusticia, que es lo que era en opinión de muchas personas. Dos días después, la Federación anunciaba públicamente su decisión: el encuentro se daba por concluido con victoria para el Campeones por cero a uno. Además, al Meseta se le imponía una sanción económica, la cual, por cierto, acabaron pagando entre los aficionados y aficionadas que habían insultado al colegiado.

Al día siguiente, un periódico provincial destacó la noticia con un titular tan ingenioso como acertado: "¡Qué gran victoria! ¡Qué gran Victoria!".

19. Admiración

Dos días después, los Campeones se disponían a jugar su tercer partido de liga. Y no era un partido más, pues iba a ser arbitrado por Simón, el Árbitro de la Paz.

Simón conoció la designación con algunos días de antelación, pero no dijo nada a sus amigos. En realidad, no la compartió con nadie; no quería correr el riesgo de que se hablara del tema o de que los pequeños campeones pudieran pasar nervios durante la espera.

Cuando llegó el partido, o, mejor dicho, una hora antes del inicio, Simón se presentó en el campo con su mochila. Agustín fue el primero en verlo y dirigirse a él:

–Buenas tardes, árbitro. Bienvenido. Soy el delegado de campo y de equipo del club local.

–Buenas tardes. Gracias, señor.

Ambos se saludaron con cariño y respeto, pero no se llamaron por sus nombres de pila. En aquel contexto, eran delegado y árbitro, no Agustín y Simón.

Agustín, como corresponde, acompañó al árbitro a su vestuario y se puso a su disposición. Los niños y niñas del Campeones, por su parte, se tomaron con alegría la noticia, pero también supieron mantenerse en su sitio con respecto a Simón. No era recomendable, de cara al adversario, tratarse de otra manera. Además, tanto Victoria como sus propias familias habían insistido en que, si algún día eran arbitrados por su amigo, debían tratarlo exactamente igual que a cualquier otro colegiado. Y los niños cumplieron a rajatabla.

El equipo rival, uno de los más alejados a los que les tocaría visitar (en la segunda vuelta, claro), estaba al tanto de todo lo acontecido el fin de semana anterior y de la reclamación del Meseta. Las noticias habían corrido como la pólvora en toda la provincia y más allá. Y, como forma de apoyo y reconocimiento, hicieron un pasillo antes del comienzo del partido para que por él, entre aplausos, fueran pasando todos los miembros del equipo de los campeones. Fue un momento muy emotivo que acabó dando lugar a una ovación generalizada en todo el campo. Era una prueba más de que tanto el Meseta (que también recibió mucho apoyo y reconocimiento) como el Campeones habían calado hondo en muchos corazones.

Justo después del pasillo pero antes del inicio del encuentro, Simón, el Árbitro de la Paz, procedió a dar su charla. Como había dispuesto en un protocolo propio y maravilloso, jugadores y técnicos de ambos equipos lo acompañaban hasta uno de los límites del terreno de juego. Allí, junto a la valla, se concentraban los seguidores de ambos equipos, que habían sido informados previamente por sus respectivos delegados. Como en el partido anterior, habló sobre el VAR de la afición y sobre las medidas que tomaría en caso de no haber respeto por parte de los aficionados.

Simón sabía que estas breves charlas eran muy efectivas. Era solo un adolescente, pero muy maduro y despierto, y con grandes inquietudes éticas. Le importaba mucho que hubiera respeto, porque toda persona debe ser respetada, pero también le importaba que los más pequeños recibieran una buena educación. Era, desde luego, un chaval excepcional, y había comprobado que dedicando ese breve espacio de tiempo la gente se concienciaba mucho más de su responsabilidad; sabía que compartir unos minutos podía ayudar a crear empatía entre todos; no le cabían dudas de que es mucho más difícil perderse el respeto una vez que nos hemos mirado a los ojos. Simón, a su corta edad, había aprendido ya grandes verdades de la vida.

20. Una gran idea

Después de la charla, el partido comenzó. No fue el mejor día de ninguno de los dos conjuntos, la verdad. Se emplearon con esfuerzo, por supuesto, pero no anduvieron muy finos. Sin embargo, a pocos minutos del final, y con empate a cero en el marcador, el conjunto visitante lanzó un potente disparo a portería. Emma, que en ese momento ejercía como guardameta, se estiró y despejó ligeramente con la yema de los dedos de su mano derecha. Simón, que no estaba mal colocado, no apreció el roce y señaló saque de meta. Uno de los compañeros del lanzador, de forma respetuosa y espontánea, gritó: "¡Córner!". Al comprobar que el árbitro no lo había señalado, sin alterarse, se acercó a él y le dijo:

–Árbitro, de verdad, ha sido córner. Te lo juro. Le ha dado la portera.

Simón, con calma y sin tomárselo mal, le explicó al atacante que, si la portera había tocado la pelota, él no lo había visto, así que no tenía más remedio que señalar saque de meta. El chaval agachó la cabeza y se fue alejando hacia su mitad del terreno de juego para volver a defender.

Mientras Emma colocaba el esférico para sacar de puerta, Simón pensó: "¿Y si le pregunto a Emma? Seguramente el chico me ha dicho la verdad, y todavía estoy a tiempo de rectificar". Dicho y hecho. Antes de que el balón se pusiera en juego, Simón hizo sonar su silbato. Nadie entendía por qué, pero él sí lo sabía. Decidido, se acercó a Emma y le preguntó:

–¿Has tocado la pelota? ¿Ha sido córner?

–Sí –respondió ella con naturalidad.

El Árbitro de la Paz, obviamente, rectificó. Dio las gracias y felicitó a la portera, le mostró la tarjeta verde (la de la deportividad) e indicó el saque de esquina. Los jugadores, que no entendían lo que había ocurrido, no se movían. Entonces Simón les explicó que la cancerbera le había dicho que debía ser córner porque ella había sido la última persona en tocar el balón antes de que saliera del terreno de juego. El jugador que había reclamado el córner abrazó a Emma y le dio la mano a Simón, y los jugadores y jugadoras, en general, fueron tomando posiciones de cara al saque de esquina.

Algunos padres y madres, los que entendieron lo que estaba pasando, aplaudieron y corearon el nombre de Emma. Ella los miraba de reojo y sonreía. Victoria y Agustín, desde el banquillo, hacían gestos de aprobación con sus pulgares hacia arriba. Adolfo, en la grada, no podía sentirse más orgulloso del club que presidía.

Y el saque de esquina se ejecutó. El balón se colgó al área. Antonio trató de despejar, pero solo pudo peinar la pelota

hacia atrás. Un rival sí pudo conectar con el esférico y rematar a puerta, a lo que respondió Emma con una gran parada. Sin embargo, no pudo retener la pelota, que quedó al borde del área de meta. Otro adversario, libre de marca, empalmó con fuerza. Juan, que era el defensor más próximo, se lanzó al suelo para obstaculizar el remate, pero su desvío fue insuficiente para evitar el tanto. A falta de solo dos minutos, los visitantes se ponían por delante.

Los campeones no bajaron los brazos y siguieron peleando como siempre quería Victoria. Pero el marcador ya no varió. Cero a uno y nueva derrota en casa.

Al finalizar, los campeones fueron saludando a Simón. Lo hicieron con sumo respeto y dejando ver algo del cariño que le profesaban, pero se notaba que el postrero gol había hecho mella en sus estados anímicos. Simón devolvía los saludos y los felicitaba por el esfuerzo.

–Se gana y se pierde. No pasa nada, chicos –animaba Simón.

Al mismo tiempo, los campeones felicitaban a sus adversarios, que habían jugado con deportividad y ganado de manera intachable. Pero, claro, por la cabeza de algunos jugadores revoloteaba la jugada decisiva: "¿Y si Simón no hubiera preguntado nada?"; "¿y si Emma se hubiera callado o directamente le hubiera dicho que ella no había tocado la pelota?", se preguntaban algunos.

Al entrar en el vestuario, Victoria, adelantándose a lo que suponía que pasaba por las cabezas de algunos niños y niñas, empezó a hablar:

–En primer lugar, quiero felicitaros por el esfuerzo que habéis hecho y porque, como siempre, habéis dejado al equipo en buen lugar con vuestro comportamiento. Y hoy, en especial, quiero felicitar a una persona por su gran ejemplo, por recordarnos que los valores que nos caracterizan son más importantes que ganar o perder; por recordarnos que debemos actuar siempre de la forma más correcta y sentirnos orgullosos de nosotros; por demostrar en la práctica (que es como se demuestran las cosas) que jugamos con deportividad. Esa persona es Emma y os pido un fuerte aplauso para ella.

Hasta los que sentían más el haber encajado el gol de la derrota aplaudieron. De repente, las caras de tristeza de algunos se transformaron en rostros que emanaban orgullo. Las palabras de Victoria habían servido para recordar a todos por qué eran unos campeones. En ningún terreno de la vida podemos ser campeones si no nos comportamos correctamente.

Emma, que escuchaba sonriente, se sintió respaldada por su formadora y por sus compañeros. ¡Qué importante es eso en un equipo! ¡Y qué pena que haya otros entrenadores que prefieran ganar de cualquier manera!

Fuera, los padres y madres, y el resto de seguidores, con Adolfo a la cabeza, esperaban la salida de los campeones.

Pero había más personas esperando. El entrenador y el presidente rivales también estaban. Y los jugadores y sus familias. Y Simón, al que los aficionados de ambos equipos habían pedido que se quedase.

Conforme iban saliendo de su caseta, los campeones fueron encontrándose con un montón de personas. Estas aplaudían y gritaban "campeones, campeones, oé, oé, oé". En medio de aquel bendito jaleo, el presidente local elevó su voz para pedir silencio:

–¡Por favor, un momento! Soy el presidente del U. D. Fuente Bella. Quisiera felicitar al árbitro y a Emma por su comportamiento de hoy. Todos los que formamos parte del fútbol base sabemos lo importantes que son los valores, pero muchas veces nos quedamos solo en las palabras y nos cuesta llevarlas a la práctica. Sin embargo, hoy ellos, y sobre todo Emma, nos han recordado lo bonito que puede ser el deporte cuando lo aprovechamos bien. Nosotros hemos ganado el partido, pero el Campeones ha vuelto a demostrar lo grande que es como equipo. Enhorabuena. Sois un ejemplo a seguir para todos nosotros.

Algunos padres y madres no pudieron contener las lágrimas. Agustín, el delegado, dando rienda suelta a sus emociones, elevó a Emma por las alturas para que pudiera saludar a todo el mundo. Victoria, lejos ya del distanciamiento del principio, abrazó a Simón sin tapujos. El entrenador del Fuente Bella se acercó a ambos y se unió al abrazo. Adolfo

besó a su nieto, Nico, que ya estaba siendo abrazado por Encarna, la esposa de Adolfo. Un solo gesto de respeto a los valores del deporte, un detalle de honestidad (es decir, de deportividad), había abierto de tal forma los corazones de todos que se sentían especialmente conectados. Les corría por la sangre el verdadero espíritu deportivo. Estaban probando de primera mano la felicidad que conlleva hacer el bien, hermanarse, y nadie quería dejar de vivir al máximo las mágicas emociones que estaban creando. Verdaderamente, perder así merece la pena. Y también ganar así. En definitiva, el deporte así.

21. El VAR de la honestidad

Simón disfrutó muchísimo de la acción deportiva de Emma y se mostraba feliz por haberle preguntado si era córner o no. De no habérsele ocurrido preguntar, seguramente a ella no se le habría ocurrido decir la verdad.

Lógicamente, Simón, como cualquier árbitro, entendía que el error es parte del juego (y de la vida), pero también era consciente de que cuanto más se pudiera hacer justicia, cuanto menos apareciera el error, mejor. Cuando uno se equivoca y no tiene remedio porque nadie puede ayudar a rectificar, hay que aceptarlo; pero cuando se puede ayudar a tomar la decisión correcta, ¿por qué no hacerlo?

En todo esto andaba pensando Simón cuando se le vino a la cabeza una expresión que le sonaba maravillosamente: "VAR de la honestidad". Igual que en los partidos profesionales hay un VAR para ayudar al árbitro principal en

determinadas circunstancias, él iba a proponer otro VAR, un VAR ético y para el que no hacía falta ningún tipo de inversión económica ni de desarrollo tecnológico. El VAR de

la honestidad solamente necesitaba sinceridad por parte de los jugadores o miembros del cuerpo técnico de los equipos que podían beneficiarse de los errores del árbitro. En pocas palabras: era lo que había hecho Emma.

Simón estaba encantado con la idea. Este nuevo VAR suponía reconocer respeto al árbitro (al que se ayuda a tomar la decisión correcta), al adversario (al que se le da lo que realmente le corresponde), a uno mismo (porque hacemos lo correcto) y al espíritu deportivo (porque deporte implica deportividad, juego limpio). ¿Y qué pasa cuando no nos ponemos de acuerdo en si ha sido falta o no, por ejemplo, o no sabemos muy bien lo que ha pasado, como en muchos fueras de juego? Pues muy fácil: se acepta lo que diga el árbitro y ya está.

Había nacido un concepto nuevo que iba a marcar un antes y un después en la trayectoria arbitral de Simón, y en la forma de actuar del Campeones F. C. y de otros equipos. Por desgracia, en el fútbol se veían muchos casos de lo contrario (de intentar engañar al árbitro) o de simplemente callar cuando sabemos que el árbitro nos ha beneficiado. El VAR de la honestidad, sin embargo, era un camino nuevo que nos eleva como deportistas y como seres humanos.

A punto ya de dormirse, Simón se decía a sí mismo: "Ojalá me equivoque pocas veces en cada partido, pero, si lo hago, quiero que me ayuden con esta herramienta. Es lo mejor que hay".

22. Seguimos creciendo.

Anécdota a anécdota, partido a partido, los campeones iban siendo cada vez más conocidos en su comarca. Una tarde, a la hora del entrenamiento, una pareja desconocida para todos se presentó en el campo con su hija.

–Buenas tardes. Estamos buscando a la señora Victoria Bermúdez.

–La tienen ustedes delante. ¿En qué puedo ayudarlos?

–Encantados, señora Bermúdez. Yo soy Elena y este es Pedro. Somos los padres de Maribel. A ella le encanta el fútbol y querríamos saber si podría empezar a entrenar con su equipo.

–Encantada, familia. Gracias por pensar en nosotros. Pero dígame: ¿son ustedes de por aquí? Es que no me suena la cara de ninguno de los tres.

–No, señora. Somos de fuera, pero tampoco de muy lejos. Hemos viajado una media hora en coche. Venimos de Jarete.

–¿Y por qué han escogido este club, si no es mucho preguntar?

–No se preocupe –respondió la madre–. Le comento sin problema. Hemos leído algunas publicaciones sobre este equipo y nos parece que es el mejor sitio para que nuestra hija juegue al fútbol. Consideramos que el deporte puede y debe ser un ámbito más de su formación como persona y estamos seguros de que aquí se le inculcarán muy buenos valores. Queremos que lo que perciba en su equipo vaya en la línea de la educación que damos a nuestra hija, y creemos que así sucedería con usted.

Muchas gracias, señora; gracias, caballero. Por mí, Maribel puede empezar a entrenar hoy. Trataremos de estar a la altura de lo que esperan de nosotros. Es un honor y una gran responsabilidad, como con todos los niños y niñas.

Era la primera vez que alguien de fuera se interesaba por jugar en el equipo. Era también un día importante para Victoria y Agustín, que constataron que su trabajo, su dedicación con los pequeños y, sobre todo, sus valores podían dar al equipo mucho prestigio, ese prestigio especial que no pueden dar los trofeos y las goleadas. El hecho de que unos padres estuvieran dispuestos a hacer tantos kilómetros a la semana para que su hija fuera a entrenar y jugar hablaba

muy bien del Campeones F. C., y, al mismo tiempo, suponía algo poco frecuente: muchos padres hacían kilómetros y kilómetros para que sus hijos jugaran en equipos de superior categoría, pero no solía ocurrir que realizaran ese sacrificio para formar parte de un club que se había creado ese mismo año con jugadores y jugadoras que jamás habían participado en ninguna liga.

Maribel era la primera foránea en llegar, pero, con el paso de las temporadas, no iba a ser la única.

23. “Ayudadme a hacer justicia”.

Simón volvía a los terrenos de juego con la misma ilusión del primer día y casi con los mismos nervios. El hecho de ir a proponer el VAR de la honestidad en su charla previa al encuentro le provocaba un mariposeo permanente en el estómago. Había reflexionado mucho sobre el asunto y estaba convencido de que era algo bueno para el deporte y para los chavales que iban a practicarlo.

Ese día le tocaba hacer el viaje más largo desde que era árbitro. Además, las combinaciones para desplazarse no eran las mejores, por lo que le venía especialmente bien contar con la ayuda de su padre. Este, al conocer la localidad del encuentro, se ofreció como conductor. Ello le daría margen a Simón para dormir más; de lo contrario, tendría que coger dos autobuses y emplear mucho más tiempo en el viaje, y, por tanto, descansar mucho menos. Antes, por la mañana, según su ritual, madrugó para desayunar tres horas antes del

inicio del partido y tener la digestión hecha cuando le tocara empezar a correr.

Ya en las instalaciones, al verlo, los equipos y aficionados sabían que el árbitro era peculiar, distinto. No por ser mejor o peor, sino por su deseo de transmitir valores a los niños y niñas, y de pedir colaboración a las aficiones para crear un ambiente propicio para la diversión y la formación de esos menores.

Simón habló del "VAR de la afición", de ese maravilloso "Ver, Animar y Respetar"; y, por supuesto, tal como tenía en mente, del "VAR de la honestidad":

–Sepan que me voy a equivocar. Todos queremos hacerlo lo mejor posible: los entrenadores quieren tomar las mejores decisiones; los jugadores quieren dar buenos pases, chutar siempre a puerta, parar todos los balones estupendamente; y los árbitros queremos acertar siempre. Pero todo eso es imposible. Los humanos fallamos. Intentamos hacerlo lo mejor posible, pero fallamos. En mi caso, yo quiero proponer a jugadores y técnicos una idea: el VAR de la honestidad. Si alguien sabe que me he equivocado a su favor, por favor, que me lo diga. Si tú, portero, sabes que has tocado la pelota antes de salir y que no es saque de meta sino córner, pero ves que yo señalo saque de meta, por favor, dímelo. Por favor, ayudadme a hacer justicia siempre que sepáis que me he equivocado a vuestro favor. Esto es algo muy bonito. La semana pasada le pregunté a una portera si había tocado el

balón y me dijo que sí. Y entonces yo señalé córner. Eso es bonito, ya que supone respetar al equipo contrario, a uno mismo y al árbitro. Y supone también respetar los valores del deporte. Yo os digo que eso os va a gustar y os vais a sentir bien. Y yo también. Y todos vamos a disfrutar mucho más del deporte.

Padres y madres se miraban estupefactos y encantados al mismo tiempo. Respeto y honestidad les parecían valores muy importantes para sus hijos e hijas, y, en general, para la formación deportiva y la vida humana en conjunto. Nadie podía ni quería poner ninguna objeción a lo que había expuesto Simón, ya que ese era el verdadero espíritu y sentido del deporte. Para esto hacemos deporte: para disfrutar y para crecer como personas. El deporte no puede servir para sacar lo peor de nosotros, sino lo mejor. El deporte solo puede servir para mejorar nuestra convivencia, no para provocar tensiones y enfrentamientos. El deporte debe ayudar a sanar nuestros corazones, no a oscurecerlos. El deporte tiene que ser una bella forma de aprender a vivir. Simón sentía la fuerza de todos estos mensajes y quería vivir al máximo la belleza de su deporte favorito. Sin duda, era un buen plan.

24. Lágrimas

La liga continuaba para los campeones. Su siguiente partido era contra un rival vecino, el más cercano que tenían en la competición: el Caldereño. Era un buen conjunto que les llevaba unos cuantos puntos en la clasificación. A priori, era un enfrentamiento muy complicado.

Los campeones jamás preparaban especialmente ningún partido. Victoria y Agustín nunca hablaban de puntos ni de clasificaciones, y habían rogado a los familiares de los niños y niñas que tampoco lo hicieran. Su objetivo era mejorar futbolísticamente, mejorar como deportistas, mejorar como personas y disfrutar. Nada más (y nada menos). El cuerpo técnico no era partidario de ejercer ningún tipo de presión sobre los menores por cuestión de resultados. El éxito que buscaban Victoria y Agustín no estaba en ninguna tabla clasificatoria ni en acumular trofeos. Y, por supuesto, la junta directiva, comandada por Adolfo, no ponía ni un pero a esa

filosofía. El presidente no tenía por qué preocuparse de que su entrenadora se desviara del camino correcto: sabía que ese camino era innegociable para Victoria.

El partido comenzó con dominio claro del Caldereño. Los campeones, además, no estaban teniendo su día. Bueno, excepto Manuel. Como Victoria y Agustín querían que los chavales fueran probando posiciones distintas, Manuel estuvo entrenando varios días como guardameta. Él no quería debutar en ese puesto en un partido tan exigente, pero, como ya ha quedado claro, a Victoria eso le importaba un rábano. Y la decisión no pudo salir mejor.

Manuel, chico delgado y bien estirado para su edad, había realizado varias intervenciones de mucho mérito. De hecho, algunos jugadores rivales andaban ya un poco nerviosos. Pero eso no pasaba de ser una circunstancia del juego que debían gestionar los propios jugadores y sus técnicos; era una nueva oportunidad para crecer, de las que tantas ofrece el deporte. Lo malo fue la forma en la que se lo tomó el padre de un futbolista del Caldereño. Su hijo era uno de los máximos goleadores del equipo y de la categoría. El chaval lo llevaba (tanto su buena racha goleadora como las ocasiones falladas contra el Campeones F. C.) con naturalidad, pero el padre parecía estar jugándose la vida y estar a punto de perderla. Y la vida no la perdió, pero la cabeza sí. Tras uno de los remates fallidos, cuando su hijo más necesitaba el apoyo paterno, lo que escuchó desde la grada fue bien distinto:

–¿Qué te pasa hoy? ¡No se puede fallar tanto! ¡Espabila de una vez!

El hijo, que ya había vivido otras situaciones por el estilo en diferentes partidos, ese día no pudo contenerse. Agachó la cabeza y se hundió. Manuel, desde su portería, notó que algo le ocurría al chaval y se acercó a él. El pobre delantero intentaba reprimir el incipiente llanto, pero era inevitable. Manuel se conmovió y lo abrazó. El árbitro, que había escuchado perfectamente lo que el padre del niño había gritado y que, de reojo, no perdía de vista al delantero del Caldereño, detuvo el partido y se acercó también. La imagen del pobre chaval siendo consolado por el árbitro y por Manuel no dejó indiferente a nadie y se apoderó de los corazones de todos.

Con el juego detenido, Victoria y el entrenador rival se acercaron juntos a ver lo que pasaba. Pronto confirmaron lo que suponían. Entonces, no sin antes dedicar sendos gestos de cariño al chavalín, pusieron rumbo a las gradas. Por el camino, que recorrerían en apenas segundos, dialogaron lo justo:

–Algo tenemos que hacer. Los niños vienen a divertirse, no a sufrir –dijo Victoria.

–Totalmente de acuerdo. Y este hombre ya no va a volver a hacer esto. Ya lo verás –continuó el otro entrenador.

Ese otro entrenador, el del Caldereño, se llamaba Luis Carlos, pero todo el mundo lo conocía como "Lumi". Ha-

bía sido profesional en su juventud, y, desde su retirada como jugador, compaginaba su trabajo como policía con el fútbol base.

Al llegar, Lumi empezó con ímpetu:

–Luis, tu hijo está llorando por tu culpa. ¿Qué te parece?

Luis, que así se llamaba el padre, calló durante unos segundos. No se esperaba todo lo que fue pasando, empezando por la reacción de desolación de su hijo, y no supo qué decir. Finalmente, se arrancó:

–Lo siento, Lumi.

–No tienes que decírmelo a mí. Ahí hay un niño que te necesita, y un montón de niños para los que sería bueno ver tus disculpas y tu cariño para con tu hijo.

Luis, el padre, no se lo pensó dos veces. Hay momentos en la vida en los que uno descubre que puede rectificar y cambiar. Para Luis, ese fue uno de esos momentos. Se comió su vergüenza y su orgullo, siempre malos acompañantes y duros enemigos, y corrió hacia su hijo. Este le echó los brazos sin ningún tipo de rencor, con el corazón puro y el alma anhelante. El padre, roto por dentro y anegado en lágrimas por fuera, abarcó a su hijo con sus enormes brazos y lo apretó contra sí. Habría dado media vida en aquel instante por no haber hecho sufrir a su retoño tantas veces en

tantos partidos diferentes, por no haberlo presionado estúpidamente tantos y tantos días. Pero en la cabeza de su hijo todas aquellas faenas del pasado no contaban ya. Para él, solo existía aquel presente. De repente, en su espíritu, previamente herido, recuperó el ánimo y las ganas de jugar. Era otro. Como otro era su padre. Ambos mejores, sin duda.

El partido continuó. Manuel siguió teniendo su día de gloria, mientras que el Caldereño acumuló ocasiones y fallos hasta el final del partido, que llegó con el mismo marcador con el que se inició: cero a cero.

Y qué más daba. Manuel y el delantero se saludaron efusivamente. Victoria y Lumi hicieron lo propio. En general, todos se mostraban cariño y respeto, y eran conscientes de haber vivido algo importante, algo que trascendía el resultado del partido. Todos, en el campo, en los banquillos y en las gradas, esbozaban sonrisas de mucha luz. Entre esas sonrisas, la de un padre arrepentido que había aprendido una de las lecciones más importantes de su vida y, a la vez, la más especial: los niños sufren mucho más por las presiones y los malos ambientes que por los resultados de los partidos, y su hijo había sufrido mucho por él.

De entonces en adelante, su actitud cambió. No podía, evidentemente, borrar el pasado, pero podía regar de alegría el presente de su hijo y sembrar valores para el futuro. Creció mucho en este sentido y, con su experiencia, ayudó a otros padres y madres. En vez de quedarse parado rumian-

do su culpa, aprovechó la situación para mejorar. Aquello cambió enormemente la vida de su hijo (en lo deportivo y en lo extradeportivo) y mejoró la relación entre ambos.

Nunca lo olvidarían, desde luego. En realidad, nadie de los que vivieron todas aquellas emociones las olvidaría nunca. El empate a cero no quedaría para la historia; el punto para cada equipo, tampoco. Pero lo que se grabó en cada alma permanecería indeleble.

25. Usted es libre.

En el siguiente entrenamiento había un chico nuevo. Se llamaba Hugo y venía acompañado por su padre. Se había mudado desde una provincia lejana y llevaba apenas unos días viviendo por allí. Además, no estaba matriculado en el colegio de los campeones, de modo que no conocía a nadie del equipo.

Ese día Victoria, por motivos familiares, no pudo acudir al entrenamiento, así que estaba dirigiéndolo Agustín. Este, como habría hecho ella, invitó a Hugo a participar y le dio la bienvenida.

Agustín había jugado al fútbol durante mucho tiempo. No tenía carnet de entrenador y no quería ejercer como tal, pero era un delegado fantástico. Ayudaba a Victoria en todo y era un magnífico enlace con las familias, aunque también es cierto que Victoria, por sí sola, se comunicaba con ellas con asiduidad y fluidez.

Agustín jamás quiso enrolarse en ningún equipo. Sufría con las faltas de respeto y de deportividad, y por el daño que todo ello causaba a los jóvenes, por lo que se mantenía alejado del fútbol base. Sin embargo, por su amistad con Victoria, cuando esta le pidió que fuera su delegado, aceptó. Además, curiosamente, el hermano de Agustín había sido árbitro, y el delegado también era la persona que debía tratar más con los árbitros y estar cerca de ellos cuando fuera necesario, y eso también le parecía bien a Agustín, que jamás protestaba ninguna decisión arbitral y, si se dirigía a algún colegiado, era simplemente para estar a su servicio y apoyarlo. Era, en definitiva, una persona muy querida y especial dentro del equipo.

Ese día, en la parte final del entrenamiento, Agustín quiso ensayar algunas acciones defensivas, y para ello dispuso a los niños y niñas en dos equipos para jugar un partidillo, con él mismo como árbitro. Obviamente, cada vez que fuese preciso, pararía el partido para transmitir alguna enseñanza y corregir errores.

En una jugada por banda, Manuel centró. Hugo, que no llegaba bien con la cabeza para rematar, sacó con disimulo el brazo y marcó gol. Agustín, tapado por otros cuerpos, no vio la acción y concedió el tanto. Los campeones se quedaron parados, mientras que Hugo se volvió loco celebrando lo que se suponía que era un gol. Incluso corrió hacia la grada para dedicárselo a su padre, el cual lo observaba orgulloso.

Los campeones se miraban extrañados por tanto festejo y esperaban acontecimientos. Agustín, que intuía que algo extraño había ocurrido, esperó a que Hugo regresara.

–¿Ha sido gol, Hugo? –preguntó.

–Pues claro. Tú lo has dado, ¿no? –respondió el chaval.

–No me estás entendiendo, hijo; yo no estoy preguntándote eso.

–Tú eres el árbitro. Tú sabrás si ha sido gol.

Agustín se dio cuenta de que Hugo no había sido formado en la línea de lo que se trabajaba en el Campeones Fútbol Club. Así, decidió ser más directo en su pregunta:

–¿Has marcado con la mano?

Se hizo el silencio. Hugo permanecía callado y mirando sorprendido a su alrededor, ya que tenía la sensación de que todos esperaban que dijeran que sí. Pero todos, todos: los de su equipo en el partidillo y los que jugaban contra él. Finalmente, Hugo se manifestó:

–No. Le he dado con la cabeza.

Se acabó el silencio. Emma, que era la portera que había encajado el gol, no aguantó más:

–Le has dado con la mano, mentiroso. Lo he visto perfectamente.

–Sí, yo también lo he visto –secundó Eva, que jugaba en el mismo equipo que Hugo.

–Yo también –dijeron varios.

Agustín ya no tenía dudas de que el gol debía ser anulado. Evidentemente, no era lo que le preocupaba, sino la insistencia de Hugo en la mentira, en la falta de honestidad y de deportividad.

–Hugo, no pasa nada. Admítelo y ya está –pidió Agustín.

–¡No quiero! –gritó Hugo–. Yo juego para ganar. ¿Tú quieres que yo diga que mi gol no vale? ¿Estás loco o qué?

Los gritos se escucharon en todo el campo, y el padre de Hugo no fue ajeno a ellos, por lo que penetró en el terreno de juego y, corriendo, se dirigió a donde estaban los niños y Agustín. Cuando este le explicó lo que ocurría, el padre se puso del lado de Hugo:

–¡Pues claro que no lo dice! Y usted, entrenador, o delegado, o lo que sea, no tiene ni idea de fútbol. A esto se juega para ganar. Y si hay que engañar, se engaña. Si mi niño es listo y marca con la mano, olé por él. Me alegro. Yo no quiero que sea tonto. El que le diga al árbitro que

anule un gol suyo es un tonto. Y yo no quiero que mi hijo sea así.

Agustín se sentía triste, pero no sobrepasado. Conocía de sobra el mundo del fútbol y sabía que, por desgracia, mucha gente pensaba lo mismo que el padre de Hugo. Tranquilo, sin gritos ni aspavientos, le dijo:

–Caballero, nosotros queremos que los niños hagan deporte, que sean buenos compañeros entre ellos y con los rivales, que adquieran unos buenos valores que les sirvan para todos los ámbitos de sus vidas. Y no queremos ganar de cualquier manera; preferimos perder si es necesario. De hecho, no pasa nada por perder un partido, pero sí pasa algo, y algo muy peligroso, por perder los valores en los que creemos. En nuestro equipo, respeto y honestidad son dos valores imprescindibles. Si a usted no le parece bien, puede llevarse a su hijo. Por el contrario, si quiere caminar junto a nosotros, será usted bienvenido y su hijo será acogido como uno más. Pero, como le he dicho, tendrá que ser a nuestra manera. Le garantizo que usted acabaría descubriendo que tengo razón, pero, por supuesto, usted es libre de no volver.

El padre de Hugo cogió a su hijo de la mano y ni siquiera se despidió.

Siempre hay que ofrecer oportunidades a la gente, pero no se pueden olvidar los principios que dan sentido a lo que hacemos, a las vidas que queremos vivir. Cada uno va

escogiendo. El padre de Hugo realizó su elección. Respetable. Pero en el Campeones F. C. no iban a moverse ni un milímetro del camino que llenaba sus corazones.

26. Ayudando a un compañero.

A Simón le tocaba visitar un campo de los que tienen mala fama, uno de esos en los que suelen aparecer la violencia y la falta de educación. Él se mostraba tranquilo, confiando en que sus protocolos de actuación servirían, y, si no, suspendería el partido y ya está. Lo que no pensaba hacer era tolerar la violencia sin más. Eso nunca.

Al llegar a las instalaciones, se dio cuenta de que el ambiente estaba enrarecido. Se estaba jugando un partido de benjamines (fijado para justo antes que el suyo) y el árbitro era un chaval de trece años, llamado Rubén, que Simón conocía del colegio de árbitros. Era un chico tímido, educado y que se tomaba muy en serio su labor. Le encantaba. Pero ese día seguro que no le estaba gustando tanto.

Las protestas eran continuas, lo cual iba generando tensión y mal ambiente, el caldo de cultivo perfecto para vivir episodios violentos. Y se cumplió ese fatídico pronóstico.

Rubén señaló un penalti en contra del equipo local, con empate a uno en el marcador. La acción era bastante dudosa, pero eso, evidentemente, no justifica lo que vino a continuación. De las habituales protestas se pasó a los insultos. Un padre, con rostro desencajado, abrió la veda. Pronunció unas palabras que es mejor no reproducir; unos insultos y amenazas gravísimos. Y lo hizo en varias ocasiones. Nadie le paró los pies. Nadie le llamó la atención. Nadie intentó poner cordura. Al contrario: más padres y madres se sumaron a la barbarie. Desde la zona de banquillos tampoco asomó la luz. El entrenador local se echó las manos a la cabeza y dijo:

–¿Cómo va a ser penalti? ¿Cómo puedes pitar eso? No tienes ni idea. ¡Qué árbitros tan malos nos mandan, por Dios!

Él podría haber quitado hierro al asunto, rebajado el nivel de tensión, pero sus palabras dieron alas a otros energúmenos, que se sumaron a la sinrazón.

Rubén, devastado y aterrado, sintió deseos de marcharse y no volver a vestirse de árbitro. Él no se había levantado temprano, con toda la ilusión del mundo, para ser tratado de aquella manera. Nadie se merece eso. Pero quienes estaban pisoteando su dignidad no habían reflexionado sobre el asunto. No se habían planteado que debajo de esa equipación de un color diferente latía un corazón herido. Y tampoco, de paso, se habían planteado el nefasto ejemplo que estaban ofreciendo a sus pobres y jovencísimos hijos e hijas,

que no estaban pudiendo disfrutar en paz de su actividad deportiva. No veían (o no podían o no querían ver) que los adultos tienen la obligación de comportarse correctamente y así guiar el camino de los pequeños. No entendían su responsabilidad social, pues lo que hacemos siempre repercute, ya sea positiva o negativamente, en los demás. No veían nada, cegados por el odio y la sinrazón.

La situación seguía empeorando y el penalti no se lanzaba, entre otras razones porque Rubén se quedó bloqueado. No respondía. No era su primer partido (de hecho, era su segunda temporada) ni era la primera vez que soportaba la violencia, pero sí era el día en que peor tratado se había sentido y el día en que le estaba afectando más. Miraba a su alrededor y no encontraba el apoyo que necesitaba para reaccionar, para recobrar la entereza.

Entonces, de repente, Simón, su compañero, penetró en el terreno de juego, ya vestido de árbitro, y se acercó a él. Rubén, al borde del llanto, tenía los ojos humedecidos y los labios le bailaban en medio del pánico. Simón lo abrazó e intentó reconfortarlo. De repente, ante aquella insólita imagen, se hizo el silencio. Pero entre ellos sí hubo palabras:

–Tranquilo, Rubén. Respira. No pasa nada –trató de calmarlo Simón.

Rubén, todavía sin poder articular palabra, rompió a llorar como lo que era: un niño. Aligeró su alma. Dejó salir

toda la tensión que había ido acumulando, y se abandonó en los brazos y el pecho de su compañero. Cuando, por fin, pudo hablar, lo hizo con la voz entrecortada:

–Gracias. Tengo miedo. Quiero irme de aquí.

–Puedes irte, claro que sí. Lo que ha pasado es muy grave y justifica la suspensión. Además, no estás en condiciones de seguir, y es comprensible. No te preocupes. Vámonos al vestuario y yo te ayudo a redactar el acta.

A duras penas, se llevó el silbato a la boca y lo hizo sonar tres veces, indicando con sus brazos el camino de los vestuarios. Y ambos se dirigieron hacia allí.

Ya dentro, alguien llamó a la puerta:

–¿Quién es? –preguntó Simón.

–Somos los delegados y entrenadores. Abre, por favor.

Simón abrió la puerta e invitó a los cuatro a pasar. A Rubén le seguía costando hablar; le costaba hasta alzar la mirada y mantenerla.

–¿Por qué has suspendido el partido? –preguntó el entrenador local.

–¿Le parece a usted poco lo que se ha vivido aquí? ¿Le parece poco lo que ha tenido que aguantar el árbitro y lo que han tenido que presenciar niños benjamines? –preguntó Simón.

–A ver, esto es fútbol. No ha pasado nada grave. Nadie le ha pegado ni ha habido invasión del terreno de juego –respondió el entrenador.

–Lo que usted acaba de decir es uno de los problemas más importantes del fútbol. Usted está quitando toda la importancia a la violencia verbal, y así nos va. Se puede hacer

mucho daño con las palabras. Mucho. Mire cómo está Rubén. Está pasándolo fatal, y nadie lo ha apoyado en ningún momento, tampoco ahora. Nadie ha ido a recriminar su comportamiento a los violentos, y nadie se ha preocupado por el sufrimiento del árbitro y de los niños que juegan. Nadie. Solo les preocupa que el partido se suspenda. Pues sepan una cosa: este partido se ha suspendido y el mío no va a empezar hasta que vengan a recoger a mi compañero. No pienso dejarlo solo –expuso con firmeza Simón.

–¡Este hombre tiene razón! –exclamó de repente el entrenador visitante–. Ya está bien de tanta violencia, de tanta falta de respeto. Ya está bien de malos ejemplos, de tensiones. Estoy harto. Puede usted (dirigiéndose a Simón) dedicarse a preparar su partido. Yo estaré con el árbitro de nuestro encuentro hasta que vengan a recogerlo.

–Se lo agradezco mucho, caballero –dijo Simón –, pero prefiero quedarme también con él. Creo que necesita mi apoyo, sentirse arropado por mí.

Un rato después, los padres de Rubén aparecieron por el campo de fútbol. Preguntaron dónde estaba el vestuario del árbitro y corrieron hasta allí. Llegaron, abrazaron a su hijo y salieron los tres cogidos de la mano. Antes, se volvieron y dieron las gracias a Simón, que los había llamado. También agradecieron al propio Simón y al entrenador el hecho de haber acompañado a su hijo.

Después, se jugó un partido del que Simón no recordaría nada en el futuro. Para él, lo importante, lo que quedaría en su corazón, ya había ocurrido.

En el camino de vuelta a casa, en el autobús, las imágenes de un niño árbitro tremendamente afectado no se le iban de la cabeza. Y sentía rabia.

27. Rubén

La semana de Rubén no fue sencilla. Quería seguir arbitrando, pero no encontraba las fuerzas ni tan siquiera para ir al colegio de árbitros y hablar en persona con sus superiores. Sin embargo, el jueves, tras llamada del delegado provincial, aceptó ser designado para un partido. Es como si por dentro sintiera que debía hacerlo, que debía darse aunque fuera una última oportunidad en el arbitraje.

A Rubén lo tranquilizaba el hecho de contar con el apoyo incondicional de sus padres, que desde un primer momento le habían dado total libertad para decidir él solo, sin presiones. Ellos lo apoyarían en cualquier caso.

Por casualidad, o puede que por decisión bien meditada del comité, a Rubén le asignaron el partido del Campeones,

que recibía en casa a otro club de buena reputación, bien ganada sobre el terreno de juego (y no hablamos de resultados y clasificaciones): el Estirpe Unión Deportiva.

Ambos conjuntos sabían lo que había ocurrido la jornada anterior y que Rubén necesitaba un cariño especial. Y ambos equipos, que ya de por sí se caracterizaban por su buen trato a todo el mundo, iban, efectivamente, a dar a Rubén una buena dosis de alegría a través del fútbol. Porque eso debe ser siempre el fútbol y cualquier otro deporte: ante todo, alegría y diversión. ¿Y qué alegría y qué diversión puede haber si no hay respeto?

Al llegar, Rubén fue recibido por Agustín, el delegado, como ocurría siempre. Lo acompañó a su vestuario y le preguntó, también como siempre, si quería algo de beber aparte de la botella de agua grande que estaba encima de la mesa. Rubén se lo agradeció y negó con la cabeza. Al despedirse, Agustín comentó:

–Cuando llegue el equipo rival, yo acompañaré al delegado para que se pase por aquí. Además, en breve le traeré todas las fichas para que usted pueda hacer el acta. Y si necesita cualquier otra cosa, solo tiene que avisarme. Estoy a su disposición.

Agustín hablaba de usted a todos los árbitros, independientemente de su edad. Y, en general, no estaba haciendo un esfuerzo especial, sino que aquella era su forma de proceder habitual.

Rubén salió a inspeccionar el terreno de juego y a soltar un poco los nervios. Algunos padres y madres ya poblaban las gradas. Al ver al árbitro, le transmitieron palabras de cariño:

–¡No te preocupes! ¡Vas a hacerlo bien!

–¡Ánimo! ¡Aquí vas a estar como en casa!

–¡Árbitro, bravo por no abandonar!

Rubén pensó en la diferencia de ambiente con respecto al encuentro anterior. Y se alegró de que le hubieran asignado ese partido. Pero, al mismo tiempo, lamentaba el hecho de saber que no siempre le tocaría un ambiente tan cordial. Y no podía evitar sentir rabia precisamente por eso, por no poder disfrutar siempre en paz de su deporte favorito y del arbitraje. No tenía sentido que en algunos partidos uno tuviera que estar para pasar malos ratos. No había derecho.

Rubén volvió a su caseta. En la puerta estaba Simón, que había pedido no arbitrar aquella mañana para poder apoyar en persona a su compañero. Cuando Rubén se percató, se le iluminó la cara y se fue veloz hacia él para abrazarlo. A unos metros, medio escondidos detrás de una columna, se hallaban los padres de Rubén. Sabían que era un día importante para su hijo y aceptaron la invitación del Campeones F. C., cuya entrenadora, Victoria, los había llamado personalmente. Nada más separarse ambos árbitros, terminado ya

el abrazo, los padres asomaron. Rubén no se lo podía creer. Después de su debut como árbitro oficial, jamás habían ido con él a un partido. Este sería el segundo. Las condiciones para disfrutar del deporte y para afrontar el partido con el ánimo por las nubes no podían superarse. Ni rastro de pesimismo ni de preocupación. Seguro que iba a ser un partido para el recuerdo. Y lo sería.

Cuando ya salía de su caseta para empezar con el partido, Rubén comprobó que los dos equipos estaban esperándolo. Los jugadores iban portando una pancarta en la que se leía "SIN RESPETO, NO HAY DIVERSIÓN". Al unirse Rubén y adentrarse ya todos en el terreno de juego, los espectadores y los miembros de ambos cuerpos técnicos rompieron en un aplauso sentido y duradero, el cual fue acompañando a los jugadores y al árbitro en todo su recorrido hasta el centro del campo, y, una vez allí, mientras fueron girando la pancarta para que se leyera en todas las zonas del campo.

Rubén, emocionado, aunque no tenía la edad ni la facilidad de palabra de su compañero Simón, el Árbitro de la Paz, quiso agradecer el gesto a todos los presentes. A los jugadores y técnicos les dio las gracias, en el terreno de juego, con esa simple y a la vez estupenda palabra. Pero, en el caso de los espectadores, si quería que lo escucharan, no tenía otra opción que acercarse a las vallas. Eligió la zona de grada en la que se concentraba la inmensa mayoría de los aficionados y se dirigió allí.

–Sé que han querido hacer todo esto por lo que me pasó la jornada pasada. Son ustedes muy amables. Ojalá todos los aficionados se portaran siempre así. Gracias.

No hacía falta decir nada más. El júbilo dentro y fuera del terreno de juego era fenomenal. De hecho, desde que sacaron juntos la pancarta, los niños y niñas de ambos equipos se dedicaban a bromear entre ellos en un ambiente de lo más cordial. En las gradas, los aficionados sonreían viendo que sus hijos e hijas estaban disfrutando.

¿No es realmente esto el deporte base? ¿No debería ser siempre así? ¿Qué hemos hecho mal para que muchas veces la realidad no sea esta?

Este partido, tan especial, se jugó con deportividad. Ganó el Campeones F. C., aunque esto da absolutamente igual, ya que, en el fondo, ganaron todos los que allí estaban y formaron parte de aquellas vivencias. Ganaron todos los que se enriquecieron con los valores que compartieron. Ganaron todos los que se fueron a sus casas contentos y orgullosos. Ganaron todos los que estaban encontrando una bonita vía para ser cada día mejores en lo que más importa: la vida. Ganaron todos los presentes.

Rubén, aun sabiendo que no siempre sería así, se cargó de energía para las jornadas venideras y experimentó todo aquello con lo que soñaba cuando se inició en el arbitraje; todo aquello que, por desgracia, no se solía experimentar. Y

decidió que merecía la pena continuar para intentar vivirlo más veces.

28. Sumamos todos.

En su siguiente partido, Simón, nada más llegar a las instalaciones, se encontró con una sorpresa. Los delegados de ambos equipos estaban esperándolo en la entrada con un mensaje iluminador, ilusionante. Fue un diálogo inolvidable:

–Buenas tardes. Somos Alfonso y Eduardo, los delegados del Unión Deportiva Bulnes y Atlético Quepote, respectivamente. ¿Usted es el Árbitro de la Paz, verdad?

–Sí, hay gente que me llama así. ¿Qué desean?

–Cuando nos enteramos de que venía usted a arbitrar –tomó la palabra Eduardo –, nos telefoneamos para ver qué podíamos hacer en el partido. Estamos muy de acuerdo con las iniciativas que usted tiene, con su manera de entender el fútbol, con valores como el respeto y la honestidad, y queremos que en nuestros partidos se viva siempre un ambiente de concordia.

–Eso está fenomenal. Me alegro mucho –indicó Simón.

–Sí –continuó Alfonso–. Y, como queremos ayudar a que todos nos vayamos concienciando de la importancia de esos valores, hemos pensado, si a usted le parece bien, que la charla previa al partido la conduzcamos entre los aficionados, los jugadores y los cuerpos técnicos. ¿Qué opina?

–¡Me parece maravilloso! –exclamó Simón–. Es una idea estupenda. Claro que sí. Se trata de que todos ayudemos, efectivamente. Aquí sumamos todos, y el éxito de esta iniciativa dependerá siempre de todas las personas que quieran trabajar en esta línea. Los felicito, señores, a ustedes y a todos los que se han sumado.

Simón deseaba que empezara el partido. Le intrigaba enormemente saber cómo sería enfocada la charla y qué personas participarían.; cuánto duraría; qué grado de atención generaría en los menores (aquellos eran infantiles) y en los adultos. En definitiva, era algo nuevo para él y, a la vez, un gran motivo de alegría por saber que otras personas consideraban que el camino que él había abierto podría ser apropiado para aprovechar más y mejor el deporte.

Y llegó la hora. Simón se dispuso a entrar en el terreno de juego. Ambos equipos estaban esperándolo para recorrer juntos los metros que separaban la zona de vestuarios del centro del campo. Allí estaban ya los cuerpos técnicos. En el suelo, una pancarta en la que se leía el mensaje "DISFRU-

TAR Y APRENDER EN PAZ". Esa pancarta, de la que nadie había hablado a Simón, fue mostrada por todos los protagonistas a los aficionados que poblaban las gradas. Por supuesto, fue acogida con una ovación cerrada. No era, por cierto, una pancarta al uso. El entrenador local explicó a Simón que la idea había partido de los propios jugadores, que habían visto vídeos del "Árbitro de la Paz" y del Campeones F. C., y ellos querían llevar también su mensaje; pero, claro, no querían pedir dinero a sus familias para comprar una pancarta, así que decidieron usar una sábana vieja y escribir ellos mismos el mensaje.

Al escuchar todo esto, Simón se sintió tremendamente conmovido y feliz. Qué bonito resultaba saber que su manera de entender el deporte (la suya y la de los campeones), su manera de vivir el arbitraje, su humilde y sencillo ejemplo, habían servido para inspirar a otros chavales. A su vez, seguro que el ejemplo de hoy se transmitiría también y podría ir generándose una cadena virtuosa de buenas acciones, de conciencia social, de reflexión necesaria. Lo malo se contagia y nos envilece a todos; pero también se contagia lo bueno y nos ilumina a todos. Por eso nunca debemos rendirnos; nunca debemos dejar de hacer lo correcto. Nunca debemos dejar de inspirar a otras personas. Nunca debemos caer en la desesperanza. Siempre podemos hacer algo bueno y siempre podemos esperar que el bien se extienda. ¿Por qué no?

Después de mostrar todos juntos el mensaje de la pancarta que habían preparado los jugadores del Bulnes, equipo

local, otra vez todos juntos se fueron hacia la valla, donde los espectadores esperaban felices el momento de la charla, esa charla que sería conducida por todos menos por el Árbitro de la Paz.

El primero en hablar fue el presidente del Bulnes. Se llamaba Julio. Era policía de profesión y había vivido no pocos altercados en campos de fútbol. Cuando conoció al Árbitro de la Paz y a los campeones, se alegró y pensó que ese era el camino que quería para su club, así que la propuesta de su equipo infantil le pareció fenomenal.

–Buenas tardes y gracias a todos por su atención. Soy Julio González, presidente del Unión Deportiva Bulnes. La pancarta que acaban de ver ha sido confeccionada por los jugadores de nuestro equipo y ha sido idea de ellos mostrarla. Por supuesto, todos, tanto en nuestro club como en el Atlético Quepote, hemos respaldado la iniciativa. Como seguramente todos saben, el árbitro de hoy, conocido como el Árbitro de la Paz, lleva a cabo estas charlas antes de cada encuentro, pero hoy ambos equipos hemos querido conducirla nosotros. A él le ha parecido muy buena idea y aquí estamos.

Inmediatamente, prosiguió la presidenta del Quepote. Se llamaba Deisy y había sido futbolista profesional. Se había retirado recientemente, y era muy querida, respetada y admirada, no solo por su carrera deportiva, sino por su amabilidad y educación.

–Buenas tardes. Yo soy Deisy Seco, presidenta del Atlético Quepote. Les ruego que nos ayuden a gozar de una gran jornada de fútbol. Y, sobre todo, les pedimos que ayuden a estos chavales. Ellos son lo más importante. Ellos son el sentido de todos nuestros esfuerzos, los de ustedes y los nuestros.

–Yo soy Nieves Martín, madre de un jugador del Bulnes. Estoy totalmente de acuerdo con lo que ustedes han dicho y muy orgullosa de los jugadores de nuestro equipo, que han querido hacer ellos mismos su pancarta. Gracias, Árbitro de la Paz, y gracias, Campeones F. C., por inspirarnos. Necesitamos que el deporte sea siempre educativo. Basta de violencia y de trampas. Y, por favor, animemos mucho, pero sin dar instrucciones. Siempre se escucha a padres y madres (sobre todo, padres, la verdad) diciendo a los niños y niñas lo que deben hacer: pasar, chutar, situarse en un lugar o en otro… Por favor, dejemos que jueguen tranquilos, sin presiones. Que las indicaciones las den los entrenadores; los familiares, en las gradas, no estamos para eso, para agobiar con órdenes continuas, sino para apoyar y disfrutar con ellos. ¡Por un fútbol educativo!

–¡Por un fútbol educativo! –secundaron el resto de los presentes.

Parecía un colofón premeditado, pero no lo era. El caso es que, después de aquel alegato espontáneo, nadie más intervino. Hubo aplausos, vítores, abrazos, felicitaciones, etc.

Y, sobre todo, hubo ilusión y alegría, las propias de quienes se están entusiasmando con algo nuevo, algo que merece la pena y que trae aire fresco a los corazones de la gente.

Nieves se centró en un aspecto que conocía, por desgracia, muy de cerca. Su cuñado era de esos padres que se pasan los partidos tratando de teledirigir a sus hijos. Su chaval, un niño prebenjamín, ya no quería ir a jugar. Decía que iba a defraudar a su papá si no hacía todo lo que le pedía desde la banda. Pobrecillo. Una actividad que supuestamente, a esa edad, solo debía proporcionarle felicidad y valores, salud y diversión, estaba suponiendo para él una presión infinita y una tortura continuada. Ahora, con la ayuda de una psicóloga, su familia estaba intentando que el muchacho volviera a disfrutar de su pasión y que el padre cayera en la cuenta del mal que estaba generando. Siempre es buen momento para tomar el rumbo correcto.

Simón, colmado de felicidad, miraba a su alrededor y trataba de contener, al menos en cierta medida, su emoción. Micaela, la presidenta del Quepote, dejándose llevar por un impulso, le echó el brazo por la espalda cariñosamente. Él correspondió con afecto y, aunque sin decirlo, con agradecimiento, los mismos que, también sin palabras, ofreció a Julio, el presidente del Bulnes. A Simón, que no dejaba de ser un adolescente, no le salían las palabras.

Después, se jugó un partido de fútbol de infantiles. Y fue un partidazo: un carrusel de alternativas en el marcador; un

sinfín de buenas jugadas, goles y paradas; un espectáculo dentro y fuera del terreno de juego; un elogio a la deportividad, VAR de la honestidad incluido. Fue todo eso y acabó en empate a tres. Un punto para cada equipo, pero, sobre todo, un día para recordar y el principio de un camino por explorar. Al final, felicidad en el terreno de juego y en las gradas. Y, en uno de los vestuarios, un joven árbitro terminó llorando en la intimidad. Y no lloraba por algo malo, sino por todo lo bueno que había vivido ese día. Le habría encantado que sus padres hubiesen estado allí, y también que los campeones hubieran podido disfrutarlo en vivo y en directo. Todas esas personas no estaban presentes, pero, sin duda, Simón había ido almacenando cuidadosamente todos los recuerdos, impregnados en su alma, y se mostraba ansioso por compartirlos.

Al salir de la caseta, Simón comprobó que en el bar del campo se hallaban reunidas muchas personas. En la puerta del vestuario lo esperaban los delegados precisamente para invitarlo a ir al bar. Ambos equipos iban a tomar juntos unos bocadillos y unos refrescos. Simón no podía quedarse, pero sí quiso acercarse para despedirse.

Al llegar, levantó uno de sus brazos para saludar y lo acompañó de un "buenas tardes". Al instante, se fue corriendo la voz de que el árbitro había acudido, y todos lo

saludaron y se mantuvieron en silencio, como si esperasen algunas palabras por parte de Simón. Este, movido por el ambiente generado, manifestó:

–Gracias por todo. No olvidaré este partido. Disfruten mucho. Por desgracia, he quedado para cenar y tengo que irme. Ojalá en otra ocasión pueda acompañarlos. Son ustedes unos grupos humanos fenomenales. Ha sido un honor participar en este encuentro y en todo lo que se ha desarrollado en torno a él. Hasta otro día.

Simón fue despedido como merecía. Se dio la vuelta y caminó hacia la salida. Otra vez se le saltaron las lágrimas. Y otra vez por algo bueno. "Qué bonito puede llegar a ser el deporte", pensó. Y no le faltaba razón.

29. Necesito compartir.

Al lunes siguiente, Simón se presentó en el entrenamiento de los campeones. Todos los niños y niñas (y los padres y madres) se alegraron enormemente de verlo. Antes compartían muchos ratos, pero desde hacía un tiempo, a petición del colegio de árbitros, ya no entrenaban juntos. Los partidillos del parque habían quedado en el recuerdo. Preciosos recuerdos, pero solo eso. Era comprensible para evitar suspicacias y por eso todos lo aceptaban, pero, al mismo tiempo, también era comprensible que se echaran de menos. Ni Simón beneficiaría conscientemente a los Campeones ni estos pensarían jamás que tal cosa pudiera ocurrir (ni estarían de acuerdo con ello), pero no todo el mundo ve la vida con esta bondad.

Sin embargo, aquel día Simón iba simplemente de visita y por un motivo más que justificado. Al toparse con Victoria y Agustín, exclamó:

–¡Me alegro mucho de veros! Tengo que hablar con vosotros. Es muy importante. Estoy muy contento.

–Tranquilo –trató de calmarlo Victoria–. Nosotros también nos alegramos de verte, pero, si no te relajas un poco, va a ser imposible que nos comuniquemos.

–¿Es sobre la charla de tu último partido? –sugirió Agustín.

–Sí –respondió Simón–. ¿Cómo te has enterado?

–Bueno, este es un mundillo pequeño, al fin y al cabo, y todos nos conocemos. Las noticias vuelan.

–Vaya, me has chafado la sorpresa –sonrió Simón–. Pero no me importa, jeje. Entonces supongo que os imaginaréis lo que quiero proponeros…

–Sí –afirmó rápidamente Agustín. Tú quieres que nosotros promovamos estas charlas antes de nuestros partidos, ¿verdad?

–Efectivamente.

–Un momento –intervino Victoria–. Es que no me he enterado. A ver, me hago una idea por cómo va la conversación, pero no he escuchado nada, la verdad.

Simón y Agustín pusieron al día a Victoria. Agustín contó lo que sabía (un resumen que resultaba más que suficiente), y Simón se regocijó en varios detalles hasta que entrenadora y delegado, en tono cariñoso, lo invitaron a callar para poder dar comienzo al entrenamiento. Antes, como Simón esperaba, tanto Victoria como Agustín vieron con buenos ojos la idea de fomentar ellos también ese tipo de charlas. Al fin y al cabo, invertir dos o tres minutos en recordar los valores fundamentales, lo que da sentido al deporte formativo, lo que debe unirnos a todos por un fin común, siempre es positivo. Y, obviamente, no era una cuestión solo del árbitro. Cualquiera podía proponerlo y conducirlo.

30. A veces se gana…

Los campeones iban, aunque no era su objetivo principal, ganando partidos y escalando posiciones en la clasificación. Victoria y Agustín insistían siempre en que el progreso era mejorar en el juego y, sobre todo, mejorar como deportistas y como personas. Y, por supuesto, seguir divirtiéndose. Si percibían que lo que hacían ya no era divertido, entonces seguro que no estaban teniendo éxito.

En ese proceso, les tocó jugar contra el segundo clasificado, el C. D. Amistad. Era un club acostumbrado a ocupar las primeras posiciones en todas sus categorías. Eso no era malo en sí mismo, ni mucho menos. El problema es que el club lo había convertido en objetivo prioritario, por lo que les parecía una tragedia el hecho de que un equipo suyo pudiera no estar en la parte alta de la clasificación.

Como decía, iban segundos, pero querían ser primeros a toda costa. Los ambientes en su campo eran poco o nada educativos, y generaban una presión importante (a veces,

insoportable y siempre intolerable) al árbitro y a los rivales con tal de incrementar sus posibilidades de victoria. Era, en definitiva, el último club al que unos padres deberían llevar a sus hijos. Y, sin embargo, muchos los llevaban. Era el éxito mal entendido y, tristemente, muy demandado. Una pena.

El Campeones F. C. fue recibido con hostilidad. De hecho, cuando Victoria y Agustín plantearon la posibilidad de dar una charla educativa antes del comienzo del partido, el delegado local simplemente dijo: "Nos jugamos mucho". Agustín, haciéndose el tonto, añadió: "Es verdad. Nosotros también nos jugamos mucho. De hecho, todos los que formamos parte de un equipo de base nos jugamos muchísimo: colaborar en la formación de los menores, acompañarlos en su proceso de crecimiento como deportistas y como personas". El delegado local escuchó, pero no entró al trapo. Simplemente, se despidió y, con ello, zanjó el asunto. La charla tendría que esperar.

Para arbitrar, fue nombrado un chaval joven y poco experimentado. En otros campos importaría menos, pero, en ese, tanto Victoria como Agustín sabían que ello sería un factor más que añadir a la lista de inconvenientes. Y no lo pensaban por sus aspiraciones de sumar tres puntos, sino por su deseo de que, en caso de mal comportamiento, el árbitro se impusiera y tomara las medidas necesarias, desde las más livianas a las más firmes y comprometedoras. Realmente, lo que más les importaba es que los niños no tuvieran que jugar en medio de la barbarie. Desgraciadamente, las

circunstancias invitaban a considerar eso como algo bastante probable.

Los campeones empezaron fuertes el partido. El Amistad (nombre poco apropiado para ese club, la verdad), cuyos jugadores tenían talento, ciertamente, contrarrestaban el empuje rival. Poco a poco, conforme se diluía el ímpetu visitante, el Amistad iba adueñándose del control del balón y, en general, del dominio del juego. Victoria y Agustín, como siempre, iban haciendo cambios para dar minutos a todos sus jugadores y jugadoras. Mientras, el entrenador del Amistad, como en todos los partidos en los que no goleaban con absoluta claridad, utilizaba solo un recambio (y esporádicamente dos), y eso que la norma permitía realizar tantas sustituciones como estimasen los entrenadores, como en baloncesto, balonmano o fútbol sala.

En la segunda parte, todo cambió. Pero apareció la figura de Eva. Como ya sabemos, Victoria consideraba indispensable que todos los niños y niñas fueran probando diferentes posiciones en el terreno de juego. No era partidaria de que se encasillasen tan pronto en un puesto concreto. Durante las últimas semanas Eva había practicado en la portería y ese día, en la segunda mitad, le tocó esa demarcación. Su respuesta fue fenomenal, con varias paradas de mérito. Y conforme más paraba, más confianza albergaba, más se crecía.

En el partido no se habían escuchado insultos (si hubiera ocurrido y el árbitro no hubiera tomado medidas, Victoria

habría retirado a su equipo), pero sí muchas protestas a decisiones arbitrales. Digamos que no era un ambiente agradable. Pero empeoró cuando a un aficionado se le ocurrió situarse justo detrás de la portería de los campeones y hacer uso de un megáfono. Comenzó a hacer un ruido insoportable y casi continuo con el objetivo de poner nerviosa a Eva, de desestabilizarla, de presionarla. Ella, incrédula y asustada, se dirigió al colegiado:

–Árbitro, me molesta el ruido.

–Ya, pero es que no sé qué hacer –replicó él.

Eva se echó las manos a la cabeza y seguidamente se tapó los oídos. Victoria, que veía todo desde el banquillo, penetró en el terreno de juego, y se dirigió a la portería donde estaban Eva y el árbitro. La chiquilla, al ver a su entrenadora, se echó a llorar:

–Me molesta mucho, Victoria –se lamentó–. No quiero jugar así. Cámbiame, por favor.

–No voy a cambiarte –respondió Victoria –; vamos a acabar con esto.

Para ese momento, ambos delegados y el entrenador local ya estaban por allí también. Aprovechando esa circunstancia y el hecho de que el árbitro ya se hallaba delante, Victoria, dirigiéndose a los miembros del cuerpo técnico local, rogó:

–Por favor, díganle a esa persona, a la del bombo, que deje de tocarlo. Nuestra portera está asustada y no está jugando en paz. Así no puede disfrutar.

–Lo siento, pero eso no va a ser posible. Ese señor está animando con el bombo; no hace nada malo.

–¿Animando? –intervino Agustín. Eso no es animar; eso es desestabilizar a una niña. A mí me daría vergüenza que lo hiciera un aficionado nuestro.

Victoria se dio cuenta de que el tono y el lenguaje corporal de Agustín indicaban claramente que se estaba alterando. Por eso lo cogió cariñosamente del brazo y sugirió:

–A ver, señores, es un partido de alevines. Es para que se diviertan con tranquilidad. Son niños y niñas. No podemos permitir que no se encuentren a gusto. Si ustedes le piden al aficionado que deje de tocar el bombo, lo hará. Y luego seguimos con el partido y ya está.

Victoria creía (o quería creer) que los rivales se sumarían a la causa, pero no fue así.

–Nos estamos jugando mucho –aseveró el entrenador local –y no estamos para estas tonterías. Esto es fútbol, no ajedrez. Si no os parece bien, os retiráis y punto.

Agustín iba a saltar, pero Victoria se adelantó:

–¿Y usted qué dice, árbitro?

El joven árbitro no había dicho ni pío. Interpelado directamente, ya no le quedó más remedio que hablar:

–Yo no sé si puedo suspender el partido por esto. No sé qué hacer.

–No se preocupe, árbitro. Nosotros tomaremos la decisión: nos vamos –afirmó Victoria–. Por favor, ponga en el acta lo que ha ocurrido y que nosotros hemos decidido abandonar el terreno de juego. Si tienen que darle los tres puntos a nuestro rival, que se los den. No nos importa.

Dicho y hecho. El partido fue suspendido a falta de unos minutos para el final, cuando el marcador era de empate a cero.

A la salida, dos niños del Amistad, que no habían disputado ni un solo segundo del partido, se miraban tristes. Les pasaba lo mismo en todos los encuentros en los que su equipo no vencía por goleada. Ellos no estaban disfrutando del deporte; a ellos no les estaba sirviendo plenamente. Su club anteponía los marcadores a cualquier otro aspecto, y varios niños, a pesar de esforzarse en cada entrenamiento y sentir que merecían otro trato, estaban sufriendo. Eso sí, lo hacían en silencio. Mientras, sus padres no lo veían; o no querían verlo, quizá cegados por el falso éxito de pertenecer a ese club. Por el contrario, todos los campeones disfru-

taban en cada partido. Independientemente de su talento, los niños y niñas tenían la oportunidad de jugar cada fin de semana más o menos el mismo tiempo. Esa regla solo se incumplía cuando alguno de ellos no se había comportado correctamente en algún entrenamiento, cuando su conducta durante la semana no había sido la apropiada. Si no, Victoria no hacía distinciones, pues sabía que el partido era una parte más del aprendizaje y crecimiento de los jóvenes jugadores. Victoria era plenamente consciente de que ella no dirigía un equipo profesional, en el que deben jugar los mejores, los que el cuerpo técnico considera que pueden aportar más de cara al triunfo. Victoria tenía claro que en el deporte base la victoria, valga la redundancia, es otra cosa.

Al llegar el acta a la federación, desde esta entidad comenzaron a indagar para recabar datos y poder llegar a una resolución. El Amistad no quería saber nada de otra opción que no fuera dar el partido por concluido, con triunfo para su club por retirada del Campeones. Por su parte, este último prefería la opción de jugar los últimos minutos en un ambiente más lógico para un partido disputado por niños y niñas alevines. Entre estas dos posturas tan alejadas, resultaba trascendental la opinión del árbitro, que fue llamado para dar su versión.

El colegiado, de catorce años, se llamaba Pedro. Era su primera temporada como árbitro y no había tenido que afrontar nada parecido en su corta carrera. Además, el simple hecho de que lo llamasen para esta cuestión ya le pro-

ducía una gran tensión, aunque, lógicamente, no le quedaba más remedio que tirar para adelante. Se concertó una cita en la sede federativa para que el árbitro diese sus explicaciones a los miembros del comité de competición, que estaba formado por tres abogados con experiencia en el terreno deportivo. A la reunión también fueron convocados los delegados de ambos equipos, los cuales acudieron también. De todas formas, en el caso de estos últimos las versiones y deseos de resolución estaban bastante claros ya. Ahora la clave para el comité estaba en la declaración del árbitro.

Pedro estaba tremendamente nervioso. Uno de los miembros del comité lo saludó y lo invitó a tomar asiento.

–Buenas tardes, Pedro. Usted arbitró el pasado sábado el partido entre el C. D. Amistad y el Campeones F. C., ¿verdad?

–Sí, señor –respondió el chaval.

–El partido fue suspendido a falta de ocho minutos porque el Campeones quiso retirarse. ¿Es así?

–Sí –confirmó el árbitro.

–Bueno –interrumpió Agustín–. No es que quisiéramos irnos. Es que el ambiente provocó que tomáramos esa decisión para proteger a nuestros niños y niñas, especialmente a nuestra portera.

–Por favor –apuntó con firmeza uno de los miembros del comité –, hable cuando se le pregunte.

Las palabras y el modo de emitirlas no le hacían a Agustín presagiar nada bueno. No parecía que el comité fuera muy empático con los representantes del Campeones.

–Colegiado –continuó el portavoz del comité –, ¿usted no había parado hasta ese momento el partido por el ruido. Al menos, no lo reflejó en el acta.

–No, no lo paré.

–Eso quiere decir que no consideró en ningún momento que el ruido fuera tan molesto o que se estuviese profiriendo ningún tipo de insulto hacia nadie, ¿verdad?

Pedro se estaba sintiendo entre la espada y la pared. Las preguntas del comité y la forma de enfocar el asunto le hacían ver lo que esperaban de él, y pensó que todo lo que no fuera ir contestando que sí podría suponer un lío muy serio para él.

–Es verdad. No pensé que fuera para tener que parar el partido.

–Perfecto. Gracias, colegiado. Y a ustedes, delegados, gracias también por venir. Queríamos que estuvieran presentes en la declaración del árbitro. Ya tenemos toda la informa-

ción que necesitamos. Conocerán nuestro fallo en los próximos días.

Al salir de la reunión, Agustín dedicó unas palabras al delegado del Amistad:

–Enhorabuena. Ya tenéis lo que os importaba: los puntos.

Su interlocutor, indiferente, se limitó a decir:

–Si entendierais lo que es el fútbol, no os habríais ido del campo, y puede que los puntos fueran ya vuestros.

–Si entendierais lo que son los valores del deporte, ni siquiera estaríamos aquí –replicó Agustín.

A la semana siguiente, la decisión del comité ya era pública: derrota de los Campeones por tres a cero, sanción de pérdida de un punto en la clasificación y multa de cien euros. Adolfo, el presidente, decidió que el club no recurriría y que él, de su bolsillo, pagaría dicha cantidad. Prefería el honor antes que el dinero y los puntos.

31. Las preguntas de una niña

Simón invirtió una agradable tarde de viernes en visitar a su prima Ángela, que vivía a unos kilómetros. No lo habían designado para ningún partido y aprovechó para ver a sus tíos y a la niña, de ocho años, a la que le encantaba el fútbol y cuya compañía tanto agradaba al Árbitro de la Paz.

Como compartían afición, a ambos les pareció un plan perfecto ir juntos al campo del barrio. Se disputaba un encuentro de alevines y, además, iba a ser dirigido por un buen amigo de Simón, Javi, que también afrontaba su primera temporada.

Ángela comentaba cada aspecto del juego y le hacía mil preguntas sobre reglamento a su primo, el cual iba respondiendo con paciencia y cariño.

Pero el ambiente se fue oscureciendo. Javi dejó de señalar un penalti a favor del equipo local (en una jugada muy difícil de ver y de calibrar) y señaló uno a favor del visitante por una mano que quizá había tenido lugar un palmo fuera del

área. O quizá sobre la línea, es decir, dentro. En cualquier caso, otra acción muy complicada de evaluar.

En condiciones normales, no se tendría que conceder ninguna importancia al asunto: se debería aceptar la decisión del árbitro y ya está (además, hasta el VAR de la honestidad costaría trabajo, pues resultaba muy complicado que alguien pudiera saber a ciencia cierta si la acción había ocurrido dentro o fuera del área). Pero, por desgracia, en muchas ocasiones aparecen personas que no proceden de acuerdo a la normalidad.

Dos de esas personas eran el padre y la madre de uno de los jugadores locales. El matrimonio, de unos cuarenta años, que ya había mostrado su enfado (aunque sin insultos) en varias ocasiones, abrió el grifo del desprecio y la mala educación, con palabras tremendamente malsonantes:

–Árbitro, eres un impresentable y un hijo de p… –soltó el padre.

–No tienes vergüenza, gilip… –añadió la madre.

El hijo de ambos se acercó a Javi y lo miró de forma desafiante, impropia de un crío de diez años. El árbitro se bloqueó. No tomó medidas contra la violencia verbal que estaba teniendo lugar en las gradas ni reaccionó a la actitud del chaval local. Estaba como ausente. Instantes después, un jugador visitante cogió el balón y lo situó encima del

punto de penalti. Los demás futbolistas se ubicaron en sus respectivas posiciones y Javi, casi de forma instintiva, mecánica, se llevó su silbato a la boca y emitió un pitido nada contundente pero suficiente. El lanzamiento se ejecutó y el balón se alojó en la red. Gol.

El colegiado, volviendo en cierto modo al partido de forma consciente, señaló el centro del campo. Y los insultos continuaron. Simón, sin perder el contacto con su prima y ofreciéndole su calor, se sintió dolido e impotente. Deseaba que su compañero tomase medidas contra la violencia, pero sabía que muchas veces a los árbitros les cuesta hacer eso. Tantos años de convivencia con el insulto llegan a provocar, por desgracia, que la gente se acostumbre a él y no se rebele. Ese día Javi aceptó (no sin sufrimiento, por supuesto) ese tipo de hechos, los cuales nunca deberían formar parte de una actividad deportiva; es más, nunca deberían formar parte de cualquier ámbito de las relaciones humanas. Podemos discrepar, podemos entrar en conflicto, pero jamás deberíamos perder el respeto a una persona, sea menor o mayor de edad. En este caso, para más inri, el árbitro era menor.

Simón, sintiéndolo mucho, por el bien de su jovencísima prima, decidió abandonar las instalaciones. Cogió en brazos a la niña y se encaminó hacia la salida. No sabía muy bien cómo explicar a Ángela lo que había ocurrido, pero ella se anticipó y le marcó el camino con una pregunta inesperada:

–Simón, ¿por qué le han dicho "hijo de p…" al árbitro?

¿Qué significa eso?

El Árbitro de la Paz sintió el peso de la tierra sobre su cabeza y notó en su interior una tremenda convulsión. Su prima lo había dejado helado, noqueado. Él, que tanta facilidad de palabra solía demostrar, se sintió desarmado. Como pudo, se arrancó a contestar:

–Ángela, corazón, esas son palabras muy feas que tú no debes decir nunca. De hecho, nadie debería. Siento que haya pasado todo esto. A veces, las personas adultas no actuamos bien. Esas personas que han insultado a Javi se han portado muy mal. Tú no lo hagas. Tú eres buena y quiero que sigas siéndolo.

Devastado, Simón notó la rabia con fuerza dentro de sí. Había asistido al partido con toda la ilusión de compartir un rato de diversión junto a su inocente prima y se había encontrado con una realidad nada deseable para nadie, pero menos aún para una criaturita tan joven. No había derecho. Y tampoco había derecho a que un árbitro o cualquier otro ser humano pasara por ese sufrimiento; ni a que unos chavales tuvieran que vivir ese tipo de situaciones en su actividad deportiva, recibiendo un ejemplo nefasto. No había derecho a muchas cosas que ocurrían.

Pero, a la vez, Simón albergaba la esperanza de poder cambiar la violencia por respeto; albergaba la esperanza de que su deporte favorito (y el deporte en general) fuera un

perfecto referente educativo; y, sobre todo, se mostró plenamente convencido de la necesidad de seguir en la línea de actuación que el Campeones y él habían elegido. Y este convencimiento alegró su alma. En sus adentros, mientras miraba a la niña, se repetía: "Ángela, pondré de mi parte para que jamás tengas que vivir de nuevo algo como lo de hoy". Así, apesadumbrado pero ilusionado, dolido pero esperanzado, recorrió el camino que lo conducía de vuelta a casa de sus tíos.

32. La grandeza de Esther.

La semana siguiente le tocó a Simón arbitrar, por primera vez, al equipo más representativo de la provincia: el U. D. Mirador. En categoría alevín, para la que fue designado, había ganado todos los partidos que se llevaban disputados, y la mayoría por amplia diferencia. En aquella ocasión, rendía visita a un pueblo muy cercano al de Simón, para medirse a un conjunto bastante inferior en cuanto a talento, pero de entrega máxima. En esa localidad vivía Esther, una prima del árbitro unos años mayor que él y a la que tenía gran cariño. No era aficionada al fútbol, pero le hacía ilusión ver a Simón por primera vez actuando como máxima autoridad de un encuentro, así que acudió a las instalaciones deportivas.

Los adultos del equipo local, el At. Corrientes, se habían tomado el encuentro como una final en la que les fuera la vida y, de paso, habían envenenado lo máximo posible a los chavales, que, sin comerlo ni beberlo, sentían en sus corazo-

nes una presión que ni por asomo encajaba con la auténtica realidad de niños de primaria.

Los chavales del Corrientes supieron digerir la presión que les habían inoculado durante la semana y no sucumbieron a ella. Su entrenador, que iba más en la línea de los padres, no ayudaba, pero los jóvenes jugadores se sobrepusieron a todo y se dedicaron a jugar lo mejor posible. Por la calidad futbolística de los adversarios, sin duda superior a la de los locales, se vieron forzados a defender durante gran parte del choque. Lo asumieron, y plantaron cara con esfuerzo y deportividad. Así, se llegó a los minutos finales con el mismo marcador con el que había comenzado el partido.

Por su parte, el público había mantenido un comportamiento aceptable durante todo el encuentro. Como siempre, Simón había dado su charla previa y avisado de que tomaría medidas (incluso de suspensión si fuera preciso) ante cualquier falta de respeto, y esto solía conllevar buenos efectos.

Cuando se cumplió el tiempo estipulado por reglamento, Simón indicó los minutos que iba a añadir para la recuperación del tiempo perdido, lo que popularmente se conoce como "descuento". Serían cuatro minutos. Cuando solo restaban unos segundos, El Mirador realizó su último intento. Tras una buena acción individual, uno de los centrocampistas abrió el juego hacia la banda izquierda, desde donde un compañero centró. En el área, tras un rechace, María, una de las máximas goleadoras del equipo, remató a placer

y a bocajarro. Gol. Y tiempo cumplido. Final del encuentro. Cero a uno.

Lo que sucedió después es, sin duda, uno de los recuerdos más tristes en la trayectoria arbitral de Simón. Escuchó, ya finalizado el partido, insultos y reproches por parte del público local, y algunas frases que le dolieron todavía más: "No sabías lo que hacer para que marcaran"; "siempre vais con los equipos grandes"; "mucha paz, mucha paz, pero tú lo has liado todo con tu descuento"; etc. Simón se sentía devastado. No por intranquilidad de conciencia (la tenía muy limpia), sino por ver lo que se les estaba transmitiendo a los chavales, los cuales yacían derrumbados sobre el césped artificial sin que ningún familiar o técnico les hiciera caso (pues todos estaban increpando al árbitro), y por no entender cómo había personas que pudieran siquiera plantearse que él había madrugado aquella mañana, se había desplazado desde su casa y había invertido varias horas de su tiempo (por unos cuantos euros) para ir a favorecer conscientemente a un equipo y perjudicar a otro. Los aficionados dudaban gratuitamente de su honestidad y eso dolía a Simón en lo más nuclear de su alma.

Y entonces apareció Esther. Sin dar pistas sobre su parentesco con Simón, al cual todavía no había saludado, ella iba a adoptar un papel protagonista en el devenir de aquella mañana. En medio de las protestas y los improperios, su voz, serena pero firme, iba a resonar con el altavoz de la razón, que es la mejor fuente de autoridad.

–Ustedes están dando un ejemplo nefasto a estos muchachos. Están mostrando nulo respeto al árbitro del partido y no han valorado en ningún momento el esfuerzo de los chicos, que han realizado un gran partido y merecen su aplauso. Ahora mismo necesitan su reconocimiento, apoyo y cariño, pero ustedes están malgastando su energía en recriminar no sé qué cosa al colegiado, que también es una persona y merece respeto, y que, además, lo único que ha hecho es desempeñar su labor lo mejor posible. Ustedes están invitando a los niños a sentirse como unos fracasados, pues solo están dando importancia a la jugada final y al resultado.

Entonces, Esther, que no conocía de nada a ninguno de los niños, empezó a felicitarlos uno a uno. Padres, madres y demás aficionados locales miraban atónitos, sin abrir la boca, y en gran medida avergonzados de sí mismos. Mientras, los pequeños iban dejando asomar sus sonrisas. Las palabras y los cariñosos gestos de Esther estaban cambiando los estados de ánimo de los niños. Los familiares, por su parte, todavía en reflexión, no reaccionaban.

Simón había escuchado a su prima desde dentro de la caseta. Estaba muy orgulloso de ella y, por supuesto, totalmente de acuerdo con lo que había expuesto. Después de su intervención, ningún adulto volvió a hablar del tema. Con el paso de los minutos, fueron centrándose en los niños, en animarlos, en felicitarlos.

Seguramente, aquel día aprendieron una lección fundamental para el resto de sus vidas. Sería maravilloso que los adultos ofrecieran el mejor ejemplo a los más jóvenes; pero no siempre ocurre. No somos perfectos y estamos en constante evolución. Eso sí, conviene aprender de los errores y no caer permanentemente en los mismos. Los aficionados del Corrientes, al menos, supieron reconocer, aunque sin decirlo abiertamente, que se habían equivocado. No emitieron ni un solo reproche más y se limitaron a lo que de verdad importa: los niños. Ese es el camino.

33. La liga avanza

Después de la derrota en los despachos y de la pérdida de un punto, los campeones encadenaron tres victorias seguidas. Las eliminatorias por el campeonato y el ascenso de categoría las disputaban los cuatro primeros del grupo, y a esos puestos iban aproximándose nuestros chicos y chicas, aunque, como ya sabemos de sobra, ese no era el objetivo del equipo.

Precisamente contra el cuarto clasificado, el U. D. Tristante, les tocaba el siguiente partido. Dado que la distancia era de solo tres puntos, podían alcanzarlos en caso de victoria. En ese momento, el Campeones F. C. iba sexto, a dos puntos del quinto y a tres del citado cuarto.

Victoria y Agustín no dieron un mensaje especial ni prepararon de forma distinta el encuentro. Era una oportunidad más de aprender y divertirse. Nada más.

Ese día, en su campo, dieron, como otras veces, la charla previa que tanto le gustaba a Simón, que asistía al partido, como hacía siempre que sus compromisos arbitrales y sus estudios se lo permitían. Orgulloso y feliz, escuchaba a Victoria y Agustín, que eran quienes ese día la estaban conduciendo. Otras veces eran padres o madres, o Adolfo (el presidente), o incluso alguno de los propios campeones. Si se animaban, participaban miembros del equipo contrario (lo cual ocurría a veces) o los árbitros (con menor frecuencia, la verdad). Ese día, sin embargo, querían conducir la charla Victoria y Agustín.

–Buenas tardes. Les habla Victoria, entrenadora del Campeones. Como saben, lo más importante es que los niños y niñas disfruten de su partido, que es una parte muy importante de su proceso formativo y es algo, además, que les hace mucha ilusión. Tienen derecho a divertirse sanamente y todos vamos a intentar que así sea. Por eso les pedimos que nos ayuden. Independientemente del resultado del partido y de lo que pueda pasar en el terreno de juego, el comportamiento de todos los adultos, en los banquillos y en las gradas, debe ser ejemplar. Muchas gracias.

–Buenas tardes. Yo soy Agustín, delegado del Campeones. Quiero pedir especial respeto y comprensión para la árbitra de nuestro partido. Ya sabemos que arbitrar es muy complicado y que las personas que realizan esa labor merecen el mismo respeto que cualquier otra. Se equivocará como todos nos equivocamos en nuestros trabajos y en nuestra vida

diaria, pero eso no justifica la falta de respeto. Por favor, igual que animamos a nuestros jugadores, también debemos animar a nuestros árbitros. Gracias a que ellos vienen a los partidos, los niños pueden disfrutar. Y una cosa más: nosotros hemos pedido a nuestros jugadores que hagan uso del VAR de la honestidad, es decir, que avisen a la árbitra en caso de que sepan que se ha equivocado a nuestro favor (y lo mismo haremos los miembros del cuerpo técnico). Nos parece que la honestidad es un valor muy importante en el deporte y en la vida. Aprovechamos este momento para invitar a nuestro rival a que nos acompañe en esta medida. Al fin y al cabo, ganar de forma ilícita no es ganar. Gracias a todos.

Las intervenciones de Victoria y Agustín se cerraron con un fuerte aplauso, si bien es cierto que la mayoría de las palmas procedían de seguidores locales. El entrenador visitante, un señor de mediana edad, guardó silencio en todo momento. Desde el principio, lanzó miradas de incredulidad y parecía no compartir en absoluto el mensaje que estaba escuchando, sobre todo la parte de la honestidad. En su cabeza, los tres puntos y la clasificación para la siguiente fase pesaban infinitamente más que cualquier otra cuestión.

El encuentro estaba siendo disputado y bastante limpio; el ambiente en las gradas, respetuoso. Con tres a dos para los campeones, se llegó al último minuto. Entonces, en un centro al área por parte del conjunto visitante, uno de los jugadores del Tristante tropezó. Al caer, empujó a un com-

pañero, justo el que iba a rematar. En medio del tumulto, la árbitra pensó que el empujón lo había realizado un defensor del Campeones, por lo que señaló penalti. Las caras de extrañeza de los campeones no se contagiaron a los rostros de los jugadores visitantes, que celebraban el penalti señalado aun a sabiendas de que no era. Los jugadores del Campeones, con respeto, no paraban de decir a la árbitra que ellos no habían empujado a nadie. Los aficionados pedían que la colegiada consultara a los jugadores visitantes. Esta preguntó a quien había recibido el empujón, el cual dijo la verdad, es decir, que, efectivamente, cayó al suelo por ser empujado, pero cuando preguntó quién lo había provocado, ya no recibió repuesta. En esas circunstancias, evidentemente, la árbitra no tuvo más remedio que mantener su decisión.

En los banquillos, Victoria y su homólogo visitante conversaban:

–Yo no he visto la jugada y no sé qué ha pasado, pero sí sé que es muy raro que mis jugadores reclamen lo que no es. De hecho, es que casi nunca reclaman nada. Si están pidiendo que no se pite el penalti, es porque no habrá sido.

–Yo tampoco lo he visto; lo siento –dijo con indiferencia el entrenador del Tristante.

El penalti se lanzó y supuso el empate. Los jugadores visitantes, junto con su cuerpo técnico, saltaban y celebraban el

punto conseguido. Los del Campeones, cabizbajos, recibían los ánimos de su público.

En medio del festejo, un jugador visitante, sonriendo, le dijo a su entrenador:

–Míster, yo empujé a Marcelo. No era penalti, pero, como tú siempre nos dices que hay que ganar, pues yo no le dije nada a la árbitra.

–Has hecho bien, Carlitos. Este punto nos viene fenomenal. Tenemos que clasificarnos para la liguilla de ascenso.

Acompañó sus palabras de un toquecito de aprobación en la nuca. El chaval, orgulloso de cumplir con las instrucciones de su entrenador, se dirigió hacia la zona de la grada en la que estaban sus aficionados.

Victoria, que había escuchado la conversación entre el entrenador visitante y su jugador, sintió una honda tristeza, y no por los puntos perdidos, sino por el mal camino por el que se los estaba llevando a esos pobres muchachos. La apesadumbraba también el hecho de que ningún familiar de esos niños se hubiera planteado la cuestión, sino que simplemente festejaban el resultado sin importarles si verdaderamente sus hijos habían procedido con honestidad o no. Y lo sentía también por sus campeones, que a veces tenían que convivir con la injusticia, y eran solo unos críos como para poder entenderlo siempre. Le quedaba

un buen rato de explicación en la caseta y en el siguiente entrenamiento.

Antes de todo eso, en el vestuario arbitral, para cerrar el acta del partido, se encontraron los entrenadores y delegados de ambos equipos.

–Te he escuchado hablando con tu jugador. He sentido vergüenza –soltó Victoria.

–Me da igual lo que hayas sentido. Esto es futbol y yo quiero que mis jugadores sean listos.

–No –intervino Agustín–. Lo que tú quieres es que sean unos tramposos. Me da pena que haya gente como tú entrenando equipos de base.

–Tranquilos, señores –medió la árbitra. Ya ha terminado el partido. Vamos a calmarnos.

–No se preocupe, señora. No diremos nada más –cerró Victoria.

Unos minutos después, ya sin la presencia de los miembros del cuerpo técnico visitante, Victoria explicó a la árbitra todo lo que ella desconocía.

–Lo siento, entrenadora. Si me hubiesen dicho la verdad, yo habría rectificado –señaló con pesar y humildad.

–No pasa nada –dijo Victoria–. No estamos molestos por el empate, sino por las enseñanzas tan antideportivas que inculca mi colega del Tristante. Nos da mucha pena. Usted simplemente se ha equivocado, y hemos visto su intención de buscar la verdad y el hecho de que no la han ayudado. Usted ha hecho lo que tenía que hacer. Se ha equivocado y ya está. Eso no tiene ninguna importancia.

–Gracias, entrenadora. Ojalá todo el mundo en el fútbol fuera como usted. Espero verla en más ocasiones.

Estrecharon las manos y se despidieron de forma muy cordial. Ahora, a Victoria le tocaba el siguiente reto: hablar con los jugadores y las familias.

Cuando llegó al vestuario, se encontró una imagen jamás vivida hasta entonces: Adolfo, el presidente, estaba hablando con los niños y niñas:

–Que sepáis que todos estamos muy orgullosos de vosotros. Habéis hecho lo correcto. Os habéis dirigido con respeto a la árbitra, como hacéis siempre con todos los árbitros; habéis respetado a vuestros compañeros del equipo adversario; y habéis jugado en todo momento con absoluta deportividad. Sois geniales. Enhorabuena.

–Sí –dijo Maribel–. Pero muchas veces no nos tratan igual. Nos engañan y no nos respetan, como hoy. Es injusto.

–Cierto –apuntó Agustín–. Pero nosotros no vamos a cambiar por cómo actúen los demás. Nosotros tenemos unos principios, unas normas, unos valores, y vamos a mantenerlos. Somos campeones, y eso no puede modificarse. Si tenemos que soportar una injusticia, la soportamos. Pero no vamos a cambiar. Como decía un filósofo llamado Séneca, lo verdaderamente terrible es cometer la injusticia, no soportarla.

Nico apretó la rodilla de Maribel en señal de apoyo. Ella, sonriente, agradeció el gesto. Antonio, por su parte, chocó

su mano con la de Eva. Aday y Emma se abrazaron. En general, los niños y niñas fueron teniendo entre ellos muestras de cariño, como si quisieran y necesitaran conectar y animarse para no darse por vencidos, para no caer en la verdadera derrota, es decir, en la desesperanza. Ellos querían seguir en el camino correcto, y eso a veces podía no resultar sencillo, pero merecía la pena.

Victoria, encantada con lo que había visto y escuchado en silencio, volvió a salir del vestuario. En la puerta esperaban los padres y madres, que le mostraron su respaldo y cariño, como luego harían con los niños y niñas.

En la dificultad, aparecía el equipo en toda su dimensión, en todas las partes de su cuerpo. Así sí que se podía conseguir algo grande. Es más, ya habían logrado escalar muy alto. Y lo que les quedaba.

34. Madre Naturaleza

Desde fuera, muchas veces cuesta trabajo ponerse en la piel de los árbitros, de forma que solemos preguntarnos cómo es posible que el colegiado haya o no haya visto esto o aquello. Las respuestas pueden ser variopintas, pero pocas tan curiosas y difícilmente imaginables como la que, con toda la mala suerte, experimentó Simón en su siguiente partido.

Como en casi todos los encuentros, no tenía la ayuda de árbitros asistentes. Estaba él solo para ver todo, incluidos los fueras de juego. Pero se trataba del pan nuestro de cada día para él y ya estaba acostumbrado a tal dificultad.

Era un partido de infantiles y todo iba bien: igualado, entretenido y con buen comportamiento. Genial. Pero se torció en una acción desgraciada, cargada de mala suerte (algo que no se puede controlar), pero que comportó unas consecuencias muy tristes y que sí eran perfectamente evitables. Esto último es lo lamentable, porque en la vida hay

cuestiones negativas que pasan accidentalmente y hay que aceptarlas, pero hay otras que ocurren porque nosotros, los humanos, las provocamos. Y esto jamás tendría que darse.

El caso es que bien entrada la segunda mitad, con empate en el marcador, un jugador local se fue solo hacia el portero rival tras hacer una buena jugada individual en la que se deshizo de la oposición de varios adversarios. Simón, que tenía buena forma física, seguía la acción de cerca y no podía encontrarse con el obstáculo visual de ningún otro jugador, pues tanto el resto de defensores como el de atacantes estaban alejados.

El delantero encaró al guardameta y comenzó a regatearlo hacia su izquierda, lo cual, teniendo en cuenta que era diestro, resultaba lo más natural. El portero, que se había lanzado al suelo y tenía muy difícil alcanzar el balón, seguramente acabaría provocando un penalti. Al menos, eso es lo que cabía esperar, o lo más probable, en aquella situación. Simón también lo creía, y estaba tranquilo porque sabía que su posición era idónea para ver los hechos y tomar la decisión que correspondiera.

Sin embargo, todo se torció. En el momento del encuentro definitivo entre los dos jugadores, el destino, tantas veces caprichoso, quiso que un insecto aterrizase en uno de los ojos del árbitro. De forma natural, inconsciente e inevitable, Simón cerró ambos ojos a la vez, y ello en el instante exacto en que el balón salía por un lado, el delantero volaba por

otro y el portero rodaba por el suelo.

Cuando Simón pudo volver a abrir los ojos, todo había tenido lugar ya. Había sido penalti, y eso suponía nuestro querido árbitro, pero no podía decretarlo sin haberlo visto. Sintió rabia, pero se mantuvo tranquilo y entero. Inmediatamente, las protestas se sucedieron en el campo, en el banquillo local y en las gradas. El árbitro, sin perder la calma, llamó a los dos protagonistas de la jugada. El atacante no paraba de insistir en que había sido penalti, en que el portero lo había arrollado claramente y por eso no había podido marcar gol. Sin embargo, cuando Simón preguntó al cancerbero, esperando que este lo ayudara con el "VAR de la honestidad", su respuesta no fue la esperada:

–No lo he tocado; se ha tirado –manifestó con absoluta firmeza, sin titubeos.

Al adversario, que no daba crédito a lo que escuchaba, se lo comían los demonios. Se tiraba de la camiseta y deambulaba de un lado para otro gritando desesperado. Simón, ante tal panorama, se limitó a explicar lo que le había pasado y a reconocer que podría haber sido penalti pero que él no había podido verlo, por lo que, ante el desacuerdo entre ambos jugadores, no podía señalar la infracción

Tras esto, se fue a buscar a ambos entrenadores y les explicó la realidad: que no había podido ver la jugada por la dichosa aparición del insecto. La sucesión de hechos fue la

misma que entre los jugadores: el local reclamaba el penalti incesantemente, mientras que el visitante afirmaba que todo había sido un intento de engaño por parte del delantero.

Simón estaba dolido. Tenía, como ya se ha apuntado, la sensación de que era penalti, pero no encontró ayuda de los beneficiados por el más que posible error (que, efectivamente, era). El público, además, colaboraba muy poco, con protestas que no cesaban. Ante esto, Simón decidió algo sin duda poco frecuente: ir a contarles a los espectadores lo que le había pasado. Pensó (y deseaba) que podría ser una buena forma de que el público empatizase con él, pudiera ponerse en su lugar y así que todo volviera al buen ambiente del resto del partido.

En parte, sucedió lo que esperaba. Pero solo en parte. Un sector de los aficionados aplaudió la iniciativa de Simón de acercarse a ellos y contar lo que le había pasado. Sin embargo, otras personas no encontraron nada de bondad en su alma:

–¡Anda ya! ¿Quién se va a creer eso? ¡No lo has pitado porque no te ha dado la gana!

–¡Sí, claro! Lo que pasa es que no quieres que ganemos.

Estos fueron dos de los mensajes irracionales que se escucharon. A veces no pensamos lo que estamos diciendo: ¿qué árbitro de un partido de chavales va a querer, a pro-

pósito, no señalar un penalti? ¿No sería más lógico pensar que, efectivamente, algo habría tenido que ocurrir para que no lo viera? ¿Qué interés va a tener en beneficiar a uno o a otro? ¿Por qué no dudamos de la honestidad del jugador, aunque falle oportunidades muy claras, y sí dudamos de la del árbitro? El ser humano se equivoca y falla. Esto es así y es inevitable. Pueden pasar mil cosas para que un árbitro o un jugador no tomen la decisión acertada, aunque ni uno ni otro querrían que eso sucediera.

Sin embargo, como decía, otros aficionados sí reaccionaron con comprensión y humanidad. Aceptaron y creyeron las explicaciones de Simón, que, obviamente, no eran obligatorias pero sí que venían muy bien para entenderlo. Ese acercamiento generó un respeto y admiración especiales en muchos aficionados, que agradecieron la oportunidad que Simón les brindaba para plantearse cuestiones que, seguramente, de otro modo jamás habrían asomado por sus mentes. Esto era efectivo para generar empatía; al menos, para algunas personas. Algo es algo. En su interior, Simón cobijaba la esperanza de que los espectadores que lo habían comprendido y apoyado pudieran conseguir que los demás reflexionasen y cambiasen de actitud. Algunos lo hicieron, ciertamente, pero quedaron dos a los que no había manera de convencer. Siguieron en sus trece y, después de reanudarse el partido y disputarse varios minutos más, Simón decidió suspenderlo, al menos hasta la llegada de la policía. No se daban las condiciones adecuadas para que se disputase un encuentro de fútbol, un acontecimiento deportivo, no una batalla.

Los jugadores, cabizbajos, no entendían por qué se suspendía el partido, ya que estaban acostumbrados a que, otras veces, con muchos más insultos y faltas de respeto, los encuentros continuaran como si nada. Sin embargo, una espectadora, madre de uno de ellos y persona cabal, dirigiéndose a los muchachos, estando estos todavía en el terreno de juego, lo explicó con pocas palabras:

–Ha hecho lo correcto. Ha hecho lo que se debería hacer siempre. Ya basta de violencia. Esto es solo deporte.

Nadie puso un pero a la decisión del árbitro. Bueno, sí: las dos personas que, con su mal comportamiento, habían provocado la suspensión.

Se trataba de dos aficionados locales con una trayectoria nada ejemplar y bastante conocida en aquel y en otros campos. Hacían lo que les daba la gana y estaban habituados a que se les aguantase cualquier mezquindad. Pero ese día el presidente del club explotó:

–Voy a denunciaros. Voy a hacer lo posible para que no volváis a entrar en este campo de fútbol, ni en otro, al menos durante un tiempo. Y, por supuesto, si nos multan, moveré cielo y tierra para que paguéis vosotros. Estoy harto de vuestra mala educación. Sois un lastre para este club. Los chavales no merecen que gente como vosotros venga a los partidos.

El aplauso que se escuchó fue generalizado. La policía, que no había podido llegar antes, ya estaba presente en las instalaciones. El presidente local les explicó todo lo que había ocurrido y les manifestó su intención de denunciarlos, lo cual se acabaría produciendo, y varios espectadores, encantados, acudirían como testigos para confirmar su versión. Aquel día, por fin, esos dos violentos señores empezaron a recibir una lección que, sin duda, necesitaban.

El partido se reanudó y concluyó con un empate. Y el público, ambas aficiones, despidió a jugadores y árbitro con una ovación.

Con el tiempo, se resolvió la cuestión judicial y ambos espectadores obtuvieron su merecido: una buena multa económica y un año sin poder acudir a ningún acontecimiento deportivo. Ahora solo cabía esperar que esa pena les sirviera para recapacitar. Ojalá.

35. ¿Perder autoridad?

Pasaban las jornadas y, lógicamente, equipo y afición del Campeones iban conociendo cada vez a más personas, algunas tremendamente peculiares. Sin duda, una de ellas era el árbitro Alberto Monzón. Había alcanzado, en su juventud, la categoría nacional y acumulaba una experiencia de miles de partidos. Desde hacía varias temporadas, por su edad, solo podía arbitrar en el fútbol base. Como amaba tanto su afición, para él era un placer seguir disfrutando de ella semana tras semana.

Alberto era un árbitro muy serio y firme. Dialogaba lo justito con los jugadores (aunque, eso sí, permanecía muy atento a cualquier necesidad que pudiera surgirles a los menores), sin permitir observaciones a sus decisiones, sobre todo por parte de los técnicos. En este sentido, con el Campeones seguro que no habría ningún problema. En este caso, además, tampoco con el rival, el Deportivo Aris-

tos, conjunto de un pueblo vecino y que ese día oficiaba como local.

El encuentro, entretenido y disputado, discurría, recién iniciada la segunda parte, con victoria para el Aristos por tres a dos. Los campeones llevaban la iniciativa y gozaron de varias oportunidades para el empate, pero el marcador no varió.

En una de las posesiones visitantes, avanzando en el centro del terreno de juego, Mateo no controló un pase de Mario y el Aristos recuperó el esférico en una situación que podía resultarle ventajosa. Con rapidez, sus chavales montaron un contraataque con apertura hacia la banda en la que se situaban los banquillos. La pelota salió por poco, pero el árbitro no lo vio (era complicado, y más sin asistentes), así que el juego continuó. Agustín, en un acto reflejo sin ánimo de protesta, levantó un brazo y exclamó: "¡Fuera!". El árbitro, con fuerza, mientras corría, replicó: "¡Sigan!". En la continuación, buen centro del cuadro local y remate inapelable. Golazo. Unos chavales se abrazaban; los otros se lamentaban. Nadie protestaba, ni dentro ni fuera del terreno de juego, gradas incluidas.

De forma cordial, en los banquillos, Victoria y Agustín comentaban la jugada con sus homólogos del conjunto adversario:

–No pasa absolutamente nada, pero ha sido fuera de banda; lo he visto perfectamente –apuntó Agustín.

–Sí –confirmó Victoria–. Pero, efectivamente, no pasa nada.

–Ha sido; es verdad –reconoció el delegado rival–. Pero ahora ya no podemos hacer mucho.

Ni Victoria ni Agustín querían poner a sus colegas del Aristos en la tesitura de hacer uso del VAR de la honestidad, así que callaron y aceptaron la situación con tranquilidad.

Sin embargo, repentina e inesperadamente, el entrenador contrincante, un joven de veintitantos años llamado José Fernando Cabrera, esbozó:

–Sí podemos hacer algo.

Entonces, adentrándose unos metros en el terreno de juego e instantes antes de que el árbitro ordenara la reanudación del encuentro, realizó gestos ostentosos e inequívocos para reclamar la presencia del colegiado. Este, con prontitud, se acercó a la banda. Al llegar, José Fernando tomó la palabra:

–Perdone, caballero, pero el delegado del Campeones tenía razón antes: la pelota había salido de banda. El gol no debería subir al marcador.

–Lo siento, señor –replicó el colegiado–. En mi opinión, el balón no traspasó completamente la línea, así que el gol es válido.

–Ya, pero nosotros cuatro tenemos mejor perspectiva que usted y le aseguramos que se equivocó, y se lo estoy diciendo yo, que soy el entrenador del equipo que ha marcado –insistió el técnico local.

–Mire –continuó el árbitro –, yo ya he tomado esa decisión y no voy a cambiarla. Si me he equivocado, pues vale. Es parte del juego y hay que aceptarlo. Además, si ahora cambio mi decisión por lo que usted me dice, mi autoridad se verá resentida.

–Señor colegiado –intervino Victoria –, todos vamos a aceptar lo que usted decida; faltaría más. Pero debo expresarle mi disconformidad con lo que ha expuesto. Claro que el error es parte del juego y lo aceptamos, pero hay errores que pueden corregirse. En cuestiones que no hayamos visto o en las que discrepemos los equipos o sean puramente interpretativas, no hay nada que decir. Pero este error es fácilmente subsanable. Además, les mandaríamos un mensaje muy interesante a los chavales: el mensaje de que entre todos podemos buscar la decisión más justa a través de la deportividad y la honestidad. Es un mensaje de respeto entre todos. Ah, y también quiero decirle que no se pierde autoridad por rectificar; de hecho, lo que se hace es afianzarla, enaltecerla, elevarla a su máxima expresión.

–Lo siento, señores –finalizó el colegiado–. No voy a rectificar. Y voy a reanudar el juego. Hasta ahora.

Mientras el árbitro se dirigía hacia el centro del campo, José Fernando Cabrera llamó a todos sus jugadores. El árbitro, incrédulo, viendo la situación, no ordenó el saque de centro por parte de los campeones.

Una vez que todos sus jugadores lo escuchaban, el entrenador fue breve:

–Chicos, antes de nuestro gol la pelota ha salido de banda. El árbitro no lo ha visto, pero Alfonso (que así se llamaba el delegado) y yo sí lo hemos apreciado con claridad, así que os pido que ahora dejéis que vuestros rivales marquen un gol.

–¿Cómo! –reaccionaron varios de los niños.

–Sí, chicos. Es lo que debemos hacer por deportividad. Es lo que promueven los campeones y el Árbitro de la Paz. Yo os he dicho en los entrenamientos que me gustan esos valores y esta es una buena oportunidad para demostrarlo.

Nada más que decir. Los chavales quedaron conformes. José Fernando, contento, informó a Victoria, la cual, rápidamente, convocó a sus muchachos para explicárselo, no sin antes abrazarse rápida y afectuosamente con el señor Cabrera.

Mientras, Alberto seguía esperando el momento de reanudar el encuentro. Al final, los equipos encontraron, sin su ayuda, la forma de hacer justicia. Le agradó lo que imagina-

ba que estaban tramando ambos conjuntos, y pensó, con tristeza, que habría sido mejor rectificar cuando los cuerpos técnicos se lo pidieron. –Quizá la entrenadora tenga razón– pensó. –Quizá no sea una pérdida de autoridad–. En cualquier caso, lo más importante es que iba a hacerse justicia.

Y se hizo. Por fin, el juego se reanudó. Mario sacó de centro hacia Mateo. Este controló el esférico e inició el camino hacia la portería rival. Nadie, como había sido acordado, lo inquietaba. Ya nadie albergaba dudas de lo que iba a pasar. Y la ovación comenzó. Y, con el gol, iba a resonar el aplauso todavía con más fuerza. Los muchachos de uno y otro equipo, espontáneamente, lo celebraron juntos. Alberto Mónzón, por primera vez en su dilatada carrera, aplaudió tras un tanto anotado. Entrenadores y delegados se unieron entre ellos para festejarlo también. En las gradas, alegría y comunión. Deporte en estado puro.

Hicieron falta algunos minutos para que la emoción generalizada se fuera aplacando hasta permitir que el juego continuara. Restaban muchos minutos y el Campeones no dejaría de buscar el empate, pero este no se produjo.

Tras el pitido final, risas, abrazos y alegría por todas partes. En medio de todo ello, un árbitro ensimismado, como ausente, reflexionaba acerca de todo lo vivido. Cuando reaccionó, se encaminó hacia los entrenadores y delegados, que se hallaban también en el terreno de juego formando parte de la fiesta.

–Son ustedes muy grandes. No olvidaré esta experiencia ni esta lección. Efectivamente, tenían razón: no habría perdido autoridad, sino que la habría afianzado.

–No tiene usted que lamentarse –intervino Victoria. Era su forma de verlo y nuestra obligación era respetarla. Nada más. Después, afortunadamente, a José Fernando se le ocurrió esa bella forma de proceder y todos hemos podido disfrutar de ello. Nos alegramos enormemente de que usted también lo haya disfrutado y le haya servido para reflexionar. Al fin y al cabo, la vida es evolución. Lo que los demás nos transmiten puede hacernos considerar otras formas de proceder, otras maneras de actuar. Y con este intercambio de ideas avanzamos como sociedad.

36. Nervios y miedo.

Con el paso de las jornadas, los campeones seguían progresando en todos los sentidos, también en el más puramente futbolístico. Sin ser nunca su objetivo prioritario, encadenaron varias victorias que les permitieron optar, en la última jornada de liga, a los puestos de ascenso. Para ello, tenían que derrotar al entonces líder del grupo, el Leones F. C.

Este ya estaba clasificado para la fase de ascenso, pero quería hacerlo como primero de grupo, y para eso necesitaba un punto más, es decir, al menos un empate. Además del logro en sí, de ser primero en liga, ello suponía disputar como local las eliminatorias, lo cual era un estímulo nada desdeñable.

Los campeones sabían que tenían una linda oportunidad, pero el entorno, muy sabio, se había encargado durante la semana de que no lo vivieran con presión, sino con alegría e ilusión. No tenían ninguna necesidad de ganar, sino úni-

camente el deseo, como en cualquier otra semana, de seguir aprendiendo, creciendo y disfrutando. Y, además, tenían ante sí la suerte de disputar un partido bonito frente a un rival cualificado. No estaba mal.

Los niños y niñas habían, como siempre, acudido a la escuela con regularidad, por supuesto. Victoria, la entrenadora, había hablado con Sara, la querida "seño" de los niños, para rogarle que la avisara en caso de que algún chiquillo mostrase una actitud extraña durante los días previos al partido. Lo mismo les había pedido a los padres y madres, a los que, además, había solicitado que no hablasen del encuentro a no ser que sus hijos sacasen el tema, y, en tal caso, abordasen el asunto con naturalidad, como lo que era: un partido más.

El curso académico iba acercándose a su recta final y los campeones, con sus diferencias, como es lógico, iban alcanzando los objetivos en la escuela. Victoria y Agustín, así como las familias de los muchachos, insistían en la innegociable importancia de ir bien en el colegio. Malos informes de los tutores de los respectivos cursos suponían un toque de atención del club. De hecho, para poder jugar los partidos, era imprescindible no recibir avisos por mal comportamiento en la escuela y cumplir con el trabajo diario. Podían no obtener calificaciones brillantes, pues cada persona tiene sus capacidades y puntos fuertes (y menos fuertes), pero tenían que trabajar y portarse bien, tanto en la escuela como en el equipo. Victoria y Agustín, así como el conjun-

to de la junta directiva, marcaban como objetivo prioritario la formación humana de los chavales, y ello era una cuestión que abarcaba muchos ámbitos. Si no iban todos en la misma línea, jamás podría llegarse a buen puerto. ¿De qué servía tener jugadores o jugadoras muy buenos si no eran al mismo tiempo buenos deportistas, alumnos y personas? ¿Acaso podrían llegar lejos en el deporte si no crecían como seres humanos? ¿Acaso no era precisamente el deporte una oportunidad más para ir desarrollándose como personas? Todo esto lo tenían clarísimo tanto las familias como los responsables del club, y a la señorita Sara le encantaba que fuera así. Para ella, era una tranquilidad que los niños y niñas formasen parte del Campeones F. C. «Ojalá», se decía a sí misma, «todos los clubes deportivos defendiesen la misma idea». Por todo ello, la señorita Sara colaboraba con Victoria en todo lo que esta considerase oportuno, y viceversa.

Los recreos de la semana fueron como los de siempre: campeones jugando a fútbol en el patio, disfrutando, soñando en cada golpeo, en cada carrera. Sara no perdía ojo, pero, con su habitual sonrisa, veía que los niños y niñas estaban viviendo los días con naturalidad.

De todos los niños, el que iba peor académicamente era Antonio. Le costaba mucho todo lo relacionado con el área de Lengua. En la familia, en el club y en la escuela insistían en que debía leer un ratito todos los días, y él estaba consiguiéndolo. Eva, lectora voraz, lo animaba con sus palabras y con su ejemplo, y a veces se los veía juntos a los dos con

sendos libros. Esa semana, sin embargo, Sara no había visto a Antonio leer, y quiso preguntarle por qué. Antonio, con naturalidad, le contestó:

–No puedo concentrarme, seño. Pienso en el partido y me despisto.

–Antonio –replicó la seño –, no te preocupes. Ya sabes que todos queremos que disfrutéis, y no tenéis ninguna presión por ganar. Vosotros ya sois campeones, ganéis o perdáis el partido.

–Lo sé, seño, pero es que los demás sacan muy buenas notas, y yo no. A mí me cuesta mucho, y me da miedo fallar en el partido y que no juguemos la siguiente fase por mi culpa. Me da miedo no ser bueno tampoco en el fútbol.

–Antonio, cariño –continuó Sara –, tú también eres un buen estudiante. Tú estás consiguiendo algo muy importante, hijo: estás progresando cada día. Ya lees mucho mejor y cometes muchas menos faltas de ortografía. Eres un chico estupendo y estoy muy orgullosa de ti. Y ya sabes que la entrenadora no va a regañarte si tienes errores en el partido. Todos fallamos, ¿sabes? Y no es un drama. No pasa absolutamente nada. En el deporte, como en la escuela, todos tenemos que ir aprendiendo; nadie es perfecto. Y que sepas que tanto Victoria como yo estamos muy contentas con tu trabajo y con tu actitud, y también tus padres lo están.

Antonio se fue más tranquilo. Nada más salir del despacho de la señorita, esta llamó por teléfono a Victoria:

–Victoria, buenos días.

–Hola, Sara. Siempre es un gusto escucharte. Cuéntame.

–Igualmente. Gracias. Mira, te llamo por Antonio. He estado charlando con él y me ha dicho que no puede concentrarse para leer porque está nervioso por el partido. Pero la cuestión es que no está nervioso por el hecho de que os podáis clasificar, sino porque le da miedo cometer algún fallo y que perdáis el partido.

–¡Ay, este chico!–suspiró Victoria–. Está progresando mucho en todos los sentidos, pero el hecho de no destacar tanto en las notas le crea inseguridad. Estamos trabajando en eso, Sara, y seguiremos haciéndolo. Muchas gracias por llamar. Esta tarde hablaré con él.

Se despidieron con la misma cordialidad y afecto que siempre se transmitían. Tenían una visión parecida de la educación y los valores, lo cual, sin duda, une poderosamente a las personas.

Por la tarde, antes de comenzar el entrenamiento, Victoria se tomó unos minutos para charlar con Antonio y con el padre de este, que lo había acompañado.

–Hola, Antonio. Hola, Federico. Gracias a los dos. Seré breve.

–Gracias a ti siempre, entrenadora –replicó el padre.

–He hablado con la señorita Sara. Me ha dicho que no estás leyendo todo lo que sueles leer cada semana. ¿Por qué?

–Es que no me concentro, entrenadora. Tengo miedo de fallar en el partido.

–¿Qué te ha dicho la señorita Sara?

–Que no me preocupe, que estoy mejorando.

–Efectivamente. Ella tiene razón. No hay motivos para preocuparse y es verdad que estás mejorando. La señorita Sara, tus padres y yo estamos muy contentos con tu actitud. Para todos nosotros, tu curso, en el cole y en el equipo, es de sobresaliente. Y seguirá siendo de sobresaliente pase lo que pase el sábado. Puede que ganemos o puede que no. Pero seguro que lo intentaremos todos, en equipo, como hacemos siempre. Y todos fallaremos en algunas cosas y en otras acertaremos. Pero aprenderemos y lo pasaremos bien. Y seremos los campeones de siempre. Eso es lo que importa. Así que ya sabes: a partir de esta tarde, a volver a leer y a pasarlo bien, y siempre tranquilo, que no pasa nada.

Antonio se fue con una sonrisa en la cara. La conversación con la señorita Sara lo había ayudado, desde luego, pero él necesitaba también el mensaje de su entrenadora.

Federico, su padre, dio las gracias a Victoria y se fue pensando en escribir también a la señorita Sara, y se sintió un privilegiado por contar con personas como ellas para colaborar en la educación de su hijo. Evidentemente, el peso siempre es de los padres y madres, pero, como reza un proverbio africano, "para educar a un niño, hace falta la tribu entera".

Al terminar el entrenamiento, Antonio se acercó a Eva:

–Eva, ¿te vienes a mi casa a merendar? Podemos jugar y leer un rato.

–Claro que sí, Antonio. ¡Vamos, corre!

Felices, emprendieron juntos el camino hacia la casa del chaval. A unos metros de distancia, el padre de Antonio se sentía dichoso. –Cuánto bien puede hacer un equipo de fútbol–, pensó. Y no le faltaba razón.

37. El partido, un partido.

El día del partido, el padre de Lisa se despertó con un cierto hormigueo en el estómago. Tenía claro que no había ningún tipo de presión y que, todavía más importante, no había que invitar a los niños y niñas ni siquiera a plantearse que existía dicha presión. Con esto claro, compartió con su mujer sus sensaciones, y ella, con buen criterio, le recomendó:

–Sal y date un paseo. Si te encuentras así, no es bueno que la niña pueda contagiarse, aunque le digas que no pasa nada. Ambos sabemos lo que piensas, pero a veces no podemos controlar tan fácilmente nuestros sentimientos. No obstante, debes tratar de relajarte para que, cuando ella te vea, reciba de ti la tranquilidad que necesita.

–Tienes toda la razón. Voy a salir. Volveré en un rato.

Unos minutos más tarde, su madre despertó a Lisa para que desayunase. La niña, ilusionada, le habló del partido:

–Mamá, si ganamos, jugamos la liguilla de ascenso.

–Lo sé, hija. Es un día bonito. Realmente, va a ser bonito independientemente de cómo quede el partido. Tenéis mucho mérito por llegar al final de la competición en esta situación. Es vuestro primer año como equipo y habéis progresado muchísimo. Hoy os toca disfrutar del encuentro, vivir todas las emociones que os depare y seguir aprendiendo. Y recuerda: sois campeones y jugáis como campeones, se gane o se pierda.

–Gracias, mami. Lo sé. Si perdemos, no pasa nada, pero ojalá ganemos. Me encantaría.

–Y a mí, hija. Pero vuestro éxito no depende de este partido. Vosotros ya habéis demostrado lo grandes que sois. Puedes estar tranquila.

Lisa se lanzó hacia su madre, que la abrazó con fuerza. En esos segundos dejó escapar la tensión que, inconscientemente, llevaba por dentro. Se sintió aliviada y disfrutó del refugio humano, de la suerte de poder tenerlo.

Un rato después, regresó su padre, renovado ya por dentro y por fuera. Compartieron mesa y alimentos, y reposaron durante un rato escuchando música. El partido se encaraba ya de la mejor forma posible.

Cuando llegaron al campo, Adolfo, el presidente, estaba en la entrada de las instalaciones. Llevaba allí desde dos ho-

ras antes del inicio del encuentro. No quería que nadie accediera al campo sin recoger una pequeña nota que él mismo había redactado. Luego, imprimió copias más que suficientes como para entregar una a cada persona que fuera a presenciar en directo el partido. La nota no tenía desperdicio:

Estimados espectadores:

Es el último partido de liga. Hemos pasado un año estupendo gracias a los valores que defendemos y a lo maravillosamente bien que los han llevado a la práctica tanto nuestros jugadores como nuestro cuerpo técnico. Además, en las gradas los hemos acompañado también de forma ejemplar. Esa es nuestra gran victoria como club y ese es el partido que queremos ganar. Luego, si se puede vencer en el campo, perfecto, pero eso ya es secundario. Por supuesto, invitamos a nuestros visitantes a disfrutar de un bonito día de fútbol, y estamos seguros de que nos ayudarán a conseguir el ambiente educativo que necesitan todos los niños y niñas que se acercan al deporte.

Muchas gracias.

Adolfo, como cuando daba clases, seguía siendo un maestro. Era un presidente de los que el deporte necesita: hacía poco ruido, apoyaba lo que debía apoyarse y no permitía lo inadmisible. Poco más.

Aquel día, aunque conocía bien a su gente y sabía que no se desviaría del camino emprendido durante toda la temporada, quería recordar lo verdaderamente trascendente, lo cual, en ningún caso, era el marcador o el puesto en la tabla clasificatoria. Y, de paso, lanzaba el mensaje también al equipo y seguidores visitantes.

Los niños que iban llegando abrazaban a Adolfo como si todos fueran nietos suyos. Los adultos, por su parte, lo saludaban con cierto aire reverencial, y con mezcla de cariño y respeto profundos. La presencia de Adolfo, que solo faltaba a los partidos por causa de fuerza mayor, comportaba tranquilidad, mesura y cordialidad. Era un modelo perfecto de presidente.

El tiempo fue pasando y las gradas, donde también se encontraba Simón (no podía ser de otra forma), se fueron poblando con aficionados de ambos conjuntos. Realmente fue creándose un ambiente precioso, festivo, de gran hermandad. El breve mensaje de Adolfo había caído bien en los corazones de todos y había colaborado para conseguir ese clima.

Los niños y niñas, por su parte, calentaban en el terreno de juego. En un momento concreto, la entrenadora y la delegada del Leones se acercaron a Victoria y Agustín:

–Hola, señores.

–Hola, señoras. ¿Qué tal?

Se conocieron en el partido de ida, en el que el Leones había vencido cómodamente por cuatro a uno. No conversaron durante mucho tiempo, pero les bastó el ratito de cercanía y ver cómo se desenvolvían unas y otros para darse cuenta de que conectaban perfectamente. Ninguno de los cuatro protestaba jamás a los árbitros y no se dedicaban a dar voces continuamente, sino a dar ánimos e instrucciones a los niños y niñas, sin olvidar que eran eso, menores, no adultos. Cuidaban muy bien a sus pequeños tesoros humanos y eso no pasó desapercibido para ninguno de ellos.

–Nos alegramos de volver a veros –continuó Pepa, la entrenadora del Leones.

–Igualmente –apuntó Agustín, acercándose para abrazarlas. Después del saludo, Pepa siguió con el diálogo:

–Hemos sabido de vuestra trayectoria, de vuestro ejemplo, y también de la iniciativa de las charlas que dais antes de los partidos, esas que también promueve el "Árbitro de la Paz". Nos gusta. Lo hemos hecho algunas veces, y hoy nos gustaría participar.

–¡Por supuesto! –exclamó Victoria–. Vosotras conduciréis la reunión previa al partido. Si queréis, puede acompañaros algún directivo o aficionado que venga con vuestro equipo.

Aunque solo fuera con el rabillo del ojo, sin descaro, los niños y niñas de ambos equipos observaban los gestos de complicidad de sus respectivos cuerpos técnicos. Tanto esos detalles como el ambiente tan fraternal que se había creado en las gradas son factores que generan positividad y que transmiten valores a los jóvenes. Eran ejemplos palpables, sin necesidad de discursos, de lo que significa vivir un partido de deporte base. Ningún niño o niña podía tener la más mínima tentación de pensar que aquello era algo diferente a un encuentro de fútbol de categoría alevín. Sin más. Nadie había emitido mensajes dañinos y generadores de presión como "nos jugamos mucho" u "hoy hay que ganar". Efectivamente, se jugaban mucho, pero no por el marcador, sino por la importancia

que en cada encuentro tiene el ejemplo que se transmite a los jóvenes; y había que ganar, pero no por tener que marcar obligatoriamente más goles que el adversario, como fuera, por las buenas o por las malas, sino que había que seguir sumando bonitas experiencias, aprendizaje y diversión. En esto sí que nos jugamos siempre muchísimo y, cuando lo conseguimos, sí que hemos ganado de verdad.

Y llegó el momento de empezar.

Pepa y Meme (cariñoso apodo de la delegada del Leones) pidieron a todos un momento de silencio. El árbitro, un chaval de trece años que estaba terminando su primera temporada y que jamás había asistido a algo así antes de un partido, las miraba asombrado y expectante. Padres y madres de ambos equipos, así como el resto de asistentes, mantuvieron un silencio sepulcral, absolutamente respetuoso. De pie, en la última fila de la grada, Adolfo, el presidente, no podía estar más orgulloso de la ola de respeto y deportividad que su club había ayudado a crear. A su lado, emocionado, Simón, el Árbitro de la Paz, también saboreaba los efectos de lo que los campeones y él habían impulsado: otra visión del fútbol base, una visión en la que los valores se imponían a los resultados, en la que el respeto y la deportividad eran innegociables, en la que la diversión y el bienestar de los niños y niñas ocupaba un lugar preferente.

–Buenos días a todos –comenzó Meme–. Estamos muy felices de que nos acompañen en este bonito partido. Desea-

mos, como ustedes, pasarlo maravillosamente bien, y, sobre todo, que nuestros niños y niñas disfruten. Es fundamental que todos colaboremos de cara a conseguir este objetivo. Lo demás es secundario.

–Sí –continuó Pepa–. Lo demás tiene menos importancia. Si ganamos o perdemos, o si quedamos primeros o segundos, o quintos o últimos, nos importa menos. Hacemos deporte para divertirnos, y es imposible divertirse si no hay respeto. Y también hacemos deporte para aprender valores para la vida. Esto es decisivo. No podemos olvidarlo.

Una ovación unánime inundó la instalación deportiva. Estas palabras eran útiles para que todo el mundo entrase con buena onda en el partido, pero también, especialmente en aquel día, para quitar presión a los niños, la poca que ellos pudieran haberse generado, pues, desde fuera, nadie, ni de un equipo ni de otro, les había comido el coco para que pensasen, erróneamente, que aquello era la final de la Copa del Mundo. No era más que un partido de alevines, un partido más, no "el partido".

Los campeones entraron en el choque con mejores sensaciones que los leones. Juan, Antonio, Manuel y Vero, que habían jugado muy bien durante toda la temporada, estaban cuajando una actuación memorable, rebosante de buen fútbol: muchos y precisos pases, disparos a puerta, presión, paredes… Y el resto del equipo los acompañaba en buena sintonía. El Leones se veía desbordado por momentos. El equipo visitante, acostumbrado a llevar las riendas de los encuentros y a sentirse superior

a los rivales, ansiaba que llegase el momento del descanso para ver si podía cambiar la inercia. Y los escasos acercamientos a la portería rival de los que habían disfrutado habían acabado en las manos de Emma, que también había ido creciendo (y de qué forma) como portera a lo largo del campeonato.

En esta situación, cuando restaban solo dos minutos para el intermedio, tras una combinación rápida y precisa entre Juan y Vero, Manuel recibió el balón al borde del área. Con talento y rapidez, se giró, y disparó a puerta con fuerza demoledora. El portero apenas tuvo tiempo para levantar la mirada y erigirse en espectador privilegiado del primer gol del partido. Antonio golpeaba la pelota como si tuviera varios años más. Tremendo.

Muy merecidamente, los campeones se ponían por delante en el marcador. La celebración fue efusiva en el terreno de juego, y festiva pero más moderada en la grada.

Cuando, por fin, los jugadores se encaminaron hacia los vestuarios, se puede decir que ninguno de los dos equipos se retiraba descontento: uno había conseguido adelantarse, mientras que el otro, consciente de haber sido dominado, solo tenía que remontar un tanto.

En las gradas, ambiente precioso, ejemplar.

Durante la segunda parte, el partido cambió. El Leones fue dándole la vuelta a la situación y creyendo en sus posi-

bilidades. Emma, que apenas había tenido trabajo durante la primera mitad, realizó varias paradas de mérito. El Campeones comenzó a sentir los comprensibles nervios de quien ve que lo que tiene en la mano puede escapársele. No era presión por tener que ganar, pues todos sabían de sobra que no había obligación de nada, y todos los adultos de alrededor se encargaban de dejarlo claro, pero sí notaban la natural y humana sensación de temor a perder lo ya conquistado, o lo que parecía que ya estaba conquistado, mejor dicho. En el deporte, como en la vida, todo puede cambiar, y aquel partido estaba cambiando.

A falta de diez minutos, llegó el tanto del empate, un golazo inapelable. Evidentemente, no pasaba nada. Las muestras de júbilo de los aficionados visitantes se confundían con las de ánimo de los locales. Para beneficio de todos, el público seguía cumpliendo con su principal misión: animar y ayudar a crear buen ambiente. No es poca cosa.

Después del empate, se cumplió otra de las máximas frecuentes en fútbol, sobre todo cuando falta poco tiempo para el final de los partidos: el que tiene cerca el objetivo tiende a proteger su botín. Y es curioso que esto suceda también en niños. Así, el Leones, que había jugado una gran segunda parte con continuos ataques, cedió el balón a su oponente y se echó para atrás. El Campeones, que prácticamente no había salido de su propia mitad de terreno de juego, empezó, un poco por inercia y en gran parte por el repliegue rival, a avanzar de nuevo. En esta dinámica, llegó

la jugada de la liga. El Leones, tras constantes indicaciones en ese sentido por parte de su entrenadora, salió de su área y ganó metros. El balón llegó a Manuel, que, desde cerca de su propia portería, despejó con fuerza. El árbitro, de cara al balón y a Manuel, resbaló. La pelota avanzó con rapidez y llegó hasta la posición de Lisa, que se había quedado rezagada en campo contrario. Estaba claramente en la zona en la que en fútbol 7 se puede caer en fuera de juego, zona que viene delimitada por una línea trazada cerca del área de penalti, la que popularmente se conoce como área grande. Cuando Manuel despejó, Lisa se hallaba en fuera de juego, pero para el árbitro, que estaba en el suelo, era imposible verlo. Lisa recibió, se giró, avanzó y chutó. Y marcó.

Entre el público existía también la sensación de que el gol debía anularse. Los aficionados rivales lo pidieron con insistencia pero sin faltas de respeto. Los locales aplaudían, pero celebraban de forma contenida, con el fuera de juego revoloteando por su subconsciente. El banquillo visitante, por su parte, podía albergar la sospecha, pero no la certeza, ya que su ubicación no era la mejor para evaluar la jugada, así que las educadas mujeres que lo comandaban no reclamaron.

Victoria y Agustín, cuya posición en la banda sí les había permitido ver con absoluta claridad lo que había pasado, se miraron y, sin necesidad de palabras, tuvieron claro qué debían hacer. Pidieron permiso al árbitro y accedieron al terreno de juego. Llamaron al colegiado, y a la entrenadora y a la delegada del Leones, e iniciaron un breve diálogo:

–Hemos visto que el gol ha sido anotado en fuera de juego –comenzó Agustín–. Sabemos que usted (señalando al árbitro) no ha podido verlo, pero nosotros lo hemos visto perfectamente.

–Por eso –continuó Victoria –le pedimos que lo anule.

El árbitro, un niño más, escuchaba y miraba tan incrédulo como agradecido. Otras muchas veces no había recibido la misma comprensión y ayuda, aunque le habría encantado.

Pepa y Meme no añadieron ni una palabra, pero sí un ingrediente que hablaba por sí solo: el aprecio. Se abrazaron a sus colegas del Campeones con sentimiento de afecto, admiración y agradecimiento. Era el gesto perfecto para que el público y los jugadores aceptaran de la mejor forma lo que iba a pasar: la no validez del gol.

Agustín, con buen criterio, tomó la palabra de nuevo:

–Creo que sería bueno que explicáramos a nuestros jugadores y aficionados lo que ha pasado, la decisión que hemos ayudado al árbitro a tomar.

A todos les pareció correcto, de forma que el encuentro se detuvo. Ambas entrenadoras reunieron a sus respectivos equipos para explicarles, por separado, qué había ocurrido y por qué el gol no iba a subir al marcador. Por su parte, los delegados, acompañados por el colegiado, deci-

dieron ir juntos a la grada, reunir a todos los espectadores y charlar con ellos. Desde luego, no era habitual ver una imagen así, pero fue gratificante y pedagógico para todos los presentes.

Adolfo, que sabía lo que había ocurrido y lo que su cuerpo técnico había propuesto, se situó en las filas delanteras para respaldar a su delegado. Aunque confiaba plenamente en su afición, era un partido especial, con mucha gente en la grada, y no quería que pudiera darse alguna reacción inadecuada sin que él pudiera intervenir con celeridad.

Inmediatamente, Agustín comenzó a hablar:

–Creo que todos ustedes han visto que hemos marcado, pero también puede que hayan percibido que el gol era en fuera de juego. Lo era; estamos seguros. Y no queremos aprovechar ese error del árbitro para ponernos por delante en el marcador. Queremos ayudar al árbitro a hacer justicia. Si no lo hubiésemos visto o no estuviéramos seguros, no podríamos ayudarlo, evidentemente; pero no es el caso. Deseamos que entiendan y acepten nuestra decisión, aunque al final no ganemos el partido. Gracias.

Los aplausos y hasta gritos de júbilo fueron incontenibles. La ovación resultó más propia de estrellas de la ópera que de equipos de fútbol base. Fue increíble, de poner la piel de gallina. De hecho, varias personas lloraron de emoción, entre ellas Adolfo, el presidente.

En el campo, ambas entrenadoras también habían mantenido sus respectivas reuniones. La entrenadora del Leones fue breve, pero intensa:

–Escuchadme, chicos y chicas. El árbitro no ha podido ver que el gol era en fuera de juego, pero la entrenadora y el delegado del Campeones sí lo han visto. Entonces, han pedido al árbitro que lo anule. Como veis, son unos campeones de verdad, no solo por el nombre. Ahora vamos a seguir con el partido, y luego vamos a darles muchos abrazos y a felicitarlos por lo que han hecho.

Victoria, al mismo tiempo, se dirigía a sus muchachos:

–Campeones, campeonas, Agustín y yo hemos visto que el gol era en fuera de juego, así que hemos ayudado al compañero árbitro. Como siempre os decimos, en estas cosas tiene que verse que somos campeones. Ahora, a seguir disfrutando y dándolo todo en los minutos que faltan. ¡Ánimo!

Los campeones reaccionaron con naturalidad. Tanto tiempo de trabajo desde el club y desde las familias, con la escuela apoyando en la misma línea (seño Sara a la cabeza), habían ofrecido resultados maravillosos. A los niños les gustaba ganar, como a cualquiera y como es natural, pero no sentían ninguna necesidad ni presión por ello, y habían comprendido algo esencial: intentar ganar es parte del juego, y es una muestra de respeto a uno mismo y al adversario, pero intentar ganar no es sinónimo de ganar como sea. Lo

natural, y lo que nos hace más felices, es intentar ganar de una forma ética, con deportividad, sin ensuciarnos a nosotros mismos, respetando nuestros valores y a nuestros adversarios, respetando el espíritu del juego y al árbitro. Si no hacemos esto, ya hemos perdido, y el marcador deja de tener importancia. Sin embargo, si respetamos, si no nos manchamos, aunque perdamos (o empatemos), habremos obtenido una victoria mucho mayor: la de la deportividad, la de la dignidad.

Tras un breve parón para hablar con público y jugadores, el partido se reanudó. Restaban pocos minutos para el final. Los campeones lo intentaron con más corazón que cabeza, con más ganas que precisión y acierto, pero no estuvieron ni siquiera cerca del gol de la victoria.

Y el partido terminó. El Campeones no se había clasificado para la liguilla; el Leones, sí, como primero de grupo. Pero eso importaba poco aquel día.

Nada más señalar el final, los leones fueron a abrazar a los campeones. Sin embargo, no tendrían mucho tiempo para hacerlo con tranquilidad, pues los aficionados de ambos equipos comenzaron a entrar en el terreno de juego. Venían aplaudiendo y cantando, así que nadie temió. Adolfo, por si acaso, antes que nada, fue a saludar al árbitro, cosa que hacía siempre, pero ese día con el afán especial de que él supiera que nadie iba a reprocharle lo más mínimo. El chaval, tranquilo, agradeció el gesto y se quedó en el terreno de juego

para seguir disfrutando de un día muy especial, un día que seguramente él recordaría el resto de su vida y que, a lo peor, no se repetiría. ¿O quizá el fútbol cambiase de tal forma que tanta deportividad, respeto y concordia fueran el pan nuestro de cada día? Ojalá.

Simón, que había asistido como espectador durante todo el partido, fue a buscar a Victoria y Agustín. Estaba emocionado. Los encontró y se abrazó a ellos impetuosamente. Le importaba un pimiento que alguien de la federación o del comité de árbitros, o de cualquier club o de no se sabe dónde, pudiera pensar cualquier tontería de su cariño hacia ellos. No era momento para reparar en nada de eso, sino para vivirlo al máximo sin estúpidos prejuicios. Después, como uno más de los seguidores del Campeones, se sumó a la iniciativa espontánea de ir levantando en hombros a todos los niños y niñas del equipo en reconocimiento al esfuerzo y a los valores demostrados durante toda la temporada. Las caras de los pequeños derrochaban felicidad; las de los padres, madres, y resto de familiares y amigos, orgullo insuperable. Todos, en definitiva, sabían que estaban viviendo esa sensación de elevación del alma que, en el fondo, es lo que buscamos cuando hacemos deporte o cuando creamos una obra de arte (o cuando sea). Todos estaban sintiendo algo que va mucho más allá de una victoria deportiva; era una victoria humana. Qué pena que a veces olvidemos que esto es lo que realmente queremos. Qué pena que a veces nos conformemos con algo mucho más banal y pobre.

Por su parte, jugadores, cuerpo técnico y afición del Leones también estaban sobre el terreno de juego. En parte, celebraban el primer puesto obtenido en la liga; pero, sobre todo, estaban contagiados del espíritu de los campeones y entusiasmados con la hermandad que se había generado.

Antes de que ambos conjuntos se dirigieran a los vestuarios, con los aficionados también presentes todavía, los presidentes quisieron dedicar a todos unas palabras. Por parte de los Leones, Amalia, profesora de Educación Física y madre de una de las jugadoras:

–Hola. Me llamo Amalia y soy la presidenta del Leones F. C. Queremos felicitar al equipo Campeones F. C., que ha demostrado que el nombre le viene como anillo al dedo, pues, verdaderamente, son campeones de los valores del deporte. Hemos sido unos privilegiados por vivir los momentos tan bonitos que nos han brindado nuestros rivales. Sin duda, recordaremos este día, pero no por el hecho de acabar la liga en primer lugar y clasificarnos para la fase de ascenso, sino por la lección de deportividad que nos habéis regalado. En el fondo, todos sabemos que es lo más importante, y siempre estamos hablando de la importancia de los valores del deporte, pero eso luego hay que traducirlo en hechos, en la práctica, y vosotros sois un verdadero ejemplo. Enhorabuena.

Tras los aplausos, intervino Adolfo:

–Buenos días, o buenas tardes ya. Soy Adolfo, presidente del Campeones F. C. Gracias a la presidenta del Leones por sus palabras y enhorabuena, no solo por el primer puesto en el campeonato, sino también por el excelente comportamiento que ha mostrado su equipo en el terreno de juego y en el banquillo, así como sus aficionados en las gradas. Nuestra afición, como siempre, de diez. ¿Y qué puedo decir de nuestro equipo, de nuestros jugadores y técnicos? No me quedan ya palabras para mostrar agradecimiento y admiración. Sois incluso más que campeones; sois referentes e inspiraciones para todos nosotros. Sois alegría y ejemplo. Millones de gracias. No cambiéis nunca, por favor. El deporte y la vida necesitan personas como vosotros.

Ninguno de los niños y niñas del Campeones se marchó de las instalaciones creyendo que había fracasado o que no había logrado el objetivo; muy al contrario, todos se marcharon contentos y orgullosos, sabedores de que se lo habían pasado maravillosamente bien y de que habían alcanzado cotas mucho más elevadas que las de los ascensos o los trofeos.

A veces, perder (o no ganar) acaba suponiendo una gran victoria; ganar, cuando no se consigue por los cauces de la ética y la deportividad, es una derrota que nos envilece, que nos degrada, que no puede hacer que nos sintamos orgullosos de nosotros mismos. Y esto, el sentirnos orgullosos de lo que logramos, sea lo que sea, es lo que da sentido a nuestras vidas. Los campeones, como siempre, lo tenían muy

claro, y, por fortuna para ellos, contaban con numerosos adultos a su alrededor que habían dedicado mucho esfuerzo y mucha perseverancia para que esa lección se asentara fijamente en los corazones de los muchachos. Esos adultos, sin duda, también eran unos campeones, ese tipo de campeones que el mundo necesita para convertirse en lo que deseamos.

38. Real Sumira

Cuando ya los jugadores iban saliendo de la caseta, un ojeador que había estado viendo el partido y que venía siguiendo al equipo se acercó a Victoria.

–Hola, señora. Me presento: soy Esteban Gutiérrez, ojeador del Real Sumira.

El Sumira era, con diferencia, el equipo más famoso y potente de la comunidad, y uno de los más importantes del país.

–Hola, Esteban. Yo soy Victoria, entrenadora del Campeones. ¿En qué puedo ayudarlo?

–Gracias. He estado fijándome en dos de sus jugadores. Se llaman Antonio y Vero. Los he visto en varios partidos y querría hablar con sus padres.

–Por supuesto –afirmó Victoria con prontitud.

En el equipo de los campeones no existía ningún interés por retener a jugadores que pudieran preferir jugar en otro club. Esa máxima era intocable. Y, por supuesto, no querían ocultar información a ninguna familia. Por eso Victoria buscó inmediatamente a los padres de Vero y Antonio. Poco después, la conversación ya fue entre los seis. Victoria, tras informarles de quién era la persona que los reclamaba, hizo ademán de despedirse, pero los padres y madres de los niños le pidieron que se quedara.

–Gracias por atenderme, señoras y señores. Como les habrá dicho Victoria, me llamo Esteban y trabajo para el Real Sumira. Nos encantaría contar con sus hijos la temporada que viene. Vivirían en nuestra residencia, con los mejores tutores y asistiendo a un buen colegio, y, por supuesto, con entrenadores muy cualificados. Ya saben que es un club de gran relevancia nacional e internacional.

–Muchas gracias –intervino la madre de Vero–. Soy Begoña. Yo voy a hablar en nombre de mi marido y en el mío propio. Voy a decirle lo que pensamos, y después hablaremos con nuestra hija antes de dar una respuesta definitiva. Por supuesto, le agradecemos que se haya dirigido a nosotros antes que a Vero, lo cual es lo normal, desde luego, pero ya se sabe que hay de todo en la vida… Hemos hablado muchas veces de este tema, aun sin que ningún equipo haya venido nunca a hablar con nosotros. Y, por supuesto, lo que

menos nos imaginábamos es que un equipo tan importante se iba a fijar en nuestra hija. Como le he dicho antes, es un honor. Pero no tenemos ninguna intención de que una niña tan joven abandone su casa, su entorno, sus amigos, su equipo… Ya tendrá tiempo de hacerlo en el futuro si a ella le apetece y si su progresión lo permite. Por ahora, debe vivir la vida que corresponde a una niña de once años. Eso es lo que pensamos.

Sin apenas tiempo para procesar la información, el padre de Antonio tomó la palabra:

–Buenas tardes. Yo soy Felipe. Mi esposa y yo suscribimos todo lo que ha dicho Begoña. También hablaremos con nuestro hijo, por supuesto, pero, como ellos –indicó señalando a los padres de Vero –, preferimos que esté en su casa y con su gente. Además, y sé que el resto de padres y madres del equipo piensan lo mismo, tenemos la suerte de contar en este club con personas que van a ayudar a nuestros hijos e hijas a recibir los mejores valores. Eso es fundamental para cualquier padre o madre. Y en cuanto a su progresión como futbolistas, creemos que aquí también pueden aprender mucho de la mano de Victoria y Agustín, que no solo son grandes formadores sino también personas que saben mucho de fútbol y que transmiten muy bien sus enseñanzas a los jóvenes.

Esteban, que había escuchado con mucha atención a los familiares de los chicos, cerró la conversación con amabilidad y educación:

–Me ha encantado conocerlos, señoras y señores. Ya teníamos muy buenas referencias de este club y su gente, pero ahora nuestra visión es todavía mucho mejor. Les doy a todos mi más sincera enhorabuena. Sigan trabajando así, por favor, y sepan que no les perderemos la pista. Estaremos muy pendientes de su evolución como club y de la evolución de sus jugadores, no solo de Vero y de Antonio. Seguro que en el futuro, cuando sean algo mayores, volveremos a contactar con varias familias. Ojalá entonces consideren que el momento es adecuado para el cambio. Muchas gracias. Hasta pronto.

Todos se despidieron con afecto. Los padres se sentían halagados, sin duda, por el interés del Sumira, pero también con la conciencia tranquila por saber que habían obrado según lo que más convenía a sus jóvenes hijos. Posteriormente, al hablar con estos, confirmaron lo que suponían: tanto Vero como Antonio preferían quedarse en el Campeones y seguir viviendo en su pueblo, cerca de sus familias y amigos, y yendo al mismo colegio.

Victoria, por su parte, aunque hubiera respetado, por supuesto, cualquier decisión de los padres de ambos chicos, acogió con alegría las palabras de los familiares. Por un lado, era un motivo de orgullo saber la plena confianza de la que gozaba el personal del club por parte de los padres y madres de los niños (y no solo de los que acababan de conversar con él, pues todos se lo habían mostrado durante la temporada); por otro, suponía una tremenda responsabilidad estar

a la altura de lo que los familiares esperaban. Eso sí, tanto Victoria como el resto del personal técnico y miembros de la junta directiva contaban con una ventaja enorme: nadie deseaba ningún tipo de resultado determinado por una clasificación o unos marcadores; lo que querían de ellos era trabajo y valores, lo cual ya resultaba nuclear en la filosofía del Campeones.

Varios clubes más de la zona (y algunos más alejados) se habían fijado en este curioso equipo y en sus jugadores, algunos de los cuales habían demostrado, además de valores, una gran mejoría en lo estrictamente futbolístico. Así, conversaciones como las relativas a Antonio y Vero se fueron sucediendo durante las últimas semanas de la temporada. Y todas terminaron igual que la anterior: tanto las familias como los propios menores preferían seguir en el Campeones. Sin duda, algo estaban haciendo muy bien los responsables del club; algo verdaderamente valioso estaban aportando a quienes se acercaban a él. Y, por suerte, todas las familias y los jugadores estaban percibiéndolo con claridad. Esto sí que era un éxito para un club de base.

39. ¡Campeones, campeones!

Tanto el equipo Campeones F. C. como Simón, el Árbitro de la Paz, eran ya bastante conocidos en su región debido a las continuos buenos ejemplos, a su defensa constante de los valores del deporte. Sus historias circulaban por las redes sociales y habían aparecido en numerosas publicaciones de diferentes medios de comunicación.

En este sentido, también habían llegado a oídos de un empresario puntero de la zona, el cual regentaba, entre otros negocios, un parque acuático, y se le ocurrió, como forma de inaugurar la temporada estival, invitar a todos los componentes del Campeones y a Simón, con sus respectivas familias, al primer día de apertura del parque. Podrían disfrutar de todas las atracciones y, además, se celebraría un acto de reconocimiento al equipo y al árbitro.

Los niños (y los mayores) estaban encantados con la oportunidad de poner el cierre a la temporada, a su primera temporada, de forma tan divertida, y, encima, como premio a todo lo bueno que habían protagonizado.

Los campeones (y sus familiares) y Simón (con sus padres) pasaron un día soñado. Como todavía no se había instalado la estación veraniega (apenas había comenzado el mes de junio), el parque no estaba lleno, por lo que iban encadenando una atracción con otra, toboganes de los más diversos, sin las largas y tediosas colas de las semanas vacacionales por excelencia.

Entre tanto regocijo, la megafonía del recinto convocó a todos los miembros del equipo y a Simón, y, para que se acercase el mayor número de visitantes, se ofreció bebida refrescante gratuita para todo el que quisiera acompañar a los premiados. Poca gente quiso perderse el acto y, por qué no decirlo, el líquido obsequio; aunque no fuera oficialmente verano, el calor apretaba ya, y se agradecía una pausa de hidratación (y sin pagar). Ramón, el dueño, tomó el micrófono:

–Gracias a todos. Mientras se toman sus refrescos, queremos que disfruten con nosotros de conceder un merecido reconocimiento a un equipo y a un árbitro muy especiales: el Campeones F. C. y el Árbitro de la Paz. Es muy probable que hayan oído hablar de ellos por sus inspiradores ejemplos en el deporte, por sus valores, por su lucha por un

fútbol base (y, en general, un deporte base) que sea verdaderamente formativo, en el que la educación y la diversión vayan de la mano en todo momento. Por eso hemos querido que sean los invitados especiales del primer día de diversión acuática en nuestro parque este año. Pedimos para todos ellos un fuerte aplauso con el que se exprese también nuestro agradecimiento por llevar el nombre de nuestra comarca asociado a los valores más indispensables. Necesitamos muchas personas como ellos. Por favor, que suban al escenario el Árbitro de la Paz y todos los miembros del equipo Campeones F. C.

Todos los presentes prorrumpieron en un aplauso estruendoso. La mayoría de ellos había escuchado o leído algo relacionado con esos entrañables jugadores o el no menos entrañable árbitro, y se sentían dichosos por poder homenajearlos.

Los chavales subieron a recoger sendas placas (para el equipo y para Simón). Estando allí, por sorpresa, Simón pidió la palabra. Ramón, con cariñosa palmada en la espalda incluida, le cedió el micrófono. Nadie sabía absolutamente nada de lo que iba a ocurrir:

–Hola a todos. Muchas gracias, Ramón, por este bonito reconocimiento y gracias a todos los presentes por sus muestras de cariño. Ahora, si me lo permiten, quiero que se acerque una persona a la que yo tengo mucho aprecio: mi compañero del colegio de árbitros Manuel Zamorano.

La gente aplaudió mientras los campeones se miraban con caras de no saber muy bien qué estaba pasando.

Manuel era un árbitro veterano. Había ascendido varias veces en su juventud, pero en aquel momento, cerca de los cincuenta, solo dirigía partidos de chavales. Era una persona muy preocupada por los valores en el fútbol base, así que la irrupción de los campeones y de Simón había despertado su interés desde un principio. No se cruzó como árbitro con los campeones, pero les siguió la pista continuamente; a ellos y a Simón.

–Buenas tardes –comenzó el veterano colegiado–. Soy Manuel Zamorano, árbitro de fútbol. No estoy aquí en nombre de la federación ni del comité de árbitros, sino en nombre de muchos árbitros de esta provincia. Hemos conocido el ejemplo de Simón y del Campeones F. C. De hecho, algunos compañeros (aunque no es mi caso) han podido vivir en primera persona los insuperables valores deportivos de este equipo. Como todos ustedes saben, el colectivo arbitral suele ser el centro de las tormentas en el mundo del fútbol, pero el Campeones F. C. ha sido ejemplo de todo lo contrario. Ha sido, sin duda, el equipo que mejor nos ha tratado desde que yo soy árbitro, hace más de treinta años. Ha dado ejemplo de lo que debe ser un club deportivo, de lo que debe ser la formación en la base, de lo que debe ser la convivencia en el deporte y en la vida. Ha dado ejemplo de todo lo que queremos para nuestros hijos. ¿Y qué puedo decir de Simón, del Árbitro de la Paz? Se ha convertido en un referente del arbitraje educativo.

Ha mostrado un camino nuevo de vivir el deporte y el arbitraje, un camino de armonía en el fútbol base, de respeto, de honestidad. Por todo ello, el grupo de árbitros al que hoy represento, que es la inmensa mayoría de los de esta provincia, quiere entregar estos trofeos al Campeones F. C. y a Simón, el Árbitro de la Paz, en reconocimiento y agradecimiento a su trayectoria durante esta temporada.

La reacción de los familiares y dirigentes del equipo de los campeones fue de alegría y orgullo máximos. Este era el reconocimiento más bonito que les habían realizado. Esta sí que era una victoria sonada: los árbitros, los que peor trato suelen recibir en los campos de fútbol, estaban premiando su comportamiento. Los niños, por su parte, aplaudían con candidez, y seguían comprobando cómo eso de ganar o perder va mucho más allá de los resultados. De hecho, estaban viviendo por sí mismos la felicidad de ser admirados por muchas personas, la felicidad de saber que habían obrado correctamente. Esa sonrisa del alma no la proporciona ningún marcador ni ninguna copa. Esa dicha profunda hay que buscarla en los valores, y los campeones la habían encontrado.

Adolfo, el presidente, con lágrimas en los ojos y corriendo por sus mejillas, con la voz entrecortada por la emoción, intervino:

–Buenas tardes. Soy el presidente del club. Es el premio más bonito que se puede recibir como institución deportiva

de base. Ahora mismo no puedo decir nada más; discúlpenme. Bueno, sí; solo una cosa: creo que deben recoger el premio las personas que nos han marcado el camino: Victoria y Agustín, nuestra entrenadora y nuestro delegado.

Victoria y Agustín dieron un paso al frente, y, visiblemente emocionados, se acercaron a Manuel para recoger el premio. Simón, que sabía lo del premio al Campeones pero nada sobre lo suyo, trataba de mantener la compostura, aunque también se le notaba la tempestad de emociones maravillosas que estaba viviendo.

–Bueno, creo que en este momento mi compañero Agustín no puede articular palabra, así que lo intentaré yo, que tampoco es que crea que pueda aguantar mucho –comenzó Victoria entre las palmas y las risas del público–. Todos lo que hemos vivido esta aventura con los campeones, que son los verdaderos protagonistas, nuestros héroes y nuestra alegría, somos unos privilegiados. Familiares, directivos y técnicos del club hemos intentado ayudarlos en su crecimiento humano, pero, al final, independientemente de lo que hayamos podido aportarles, hemos recibido mucho más de lo entregado. Sois muy grandes, campeones. Y tú también, Simón. Nos habéis enseñado mucho. Nos habéis iluminado mucho. Nos habéis llenado el corazón. Gracias.

La algarabía ya era considerable; la emoción iba en aumento. Y todavía había que escuchar a Simón:

–Yo también tendré que decir algo. Pero me va a costar. El reconocimiento de mis compañeros es el mejor premio que pueda imaginar. Mejor dicho, es un premio que jamás me imaginé. Lo sumo a otras preciosas muestras de cariño que he ido recibiendo durante la temporada. Trataré de seguir por el mismo camino porque creo que es el único que merece la pena. No estoy en la lista de árbitros propuestos para el ascenso de categoría, pero, para mí, esto también es ascender. Yo hago deporte y estoy en el arbitraje para crecer como persona, y para intentar que el fútbol base mejore en cuanto a su ambiente y a sus valores. Si algo he podido sumar en ese sentido, me siento muy satisfecho. Gracias.

El acto terminó. Los niños y Simón fueron levantados en hombros por conocidos y por desconocidos. Recibieron el cariño y la admiración de muchas personas ajenas al fútbol que estaban en el parque acuático pasando el día. Obviamente, también sus seres queridos compartieron con ellos su felicidad. Se sintieron campeones del fútbol, campeones de la vida, campeones en valores. Se sintieron felices aunque no hubieran alcanzado el ascenso de categoría. Porque en el deporte participan muchos y no todos pueden ser primeros, pero sí que todos tienen la posibilidad de ser campeones, y nuestros protagonistas habían aprovechado sus oportunidades perfectamente.

Cuando ya se iba a poner fin al acto y todo el mundo iba a volver a las atracciones, Ramón, el dueño del parque acuático, se acercó al micrófono:

–Perdón, señoras y señores; me queda algo por decir. No sé si saben que soy directivo del Real Sumira. Hace un par de jornadas pudimos conseguir el título de liga de primera división, tanto en categoría masculina como en la femenina, y el próximo domingo, casualmente, ambos conjuntos disputan sus últimos partidos en nuestro campo. Después de los mismos, tendrá lugar la celebración de los títulos, con una gran fiesta. Pues bien: los campeones, sus técnicos, sus directivos y los familiares de los niños están invitados, y, por supuesto, Simón y su familia. Un autobús os llevará y os traerá de vuelta, y comeréis en las instalaciones del club. Esperamos que aceptéis y que lo disfrutéis. Como ya os he dicho, sois un ejemplo para todos y el Real Sumira también quiere tener un detalle con vosotros.

Las caras de los campeones y de Simón eran de insuperable felicidad. Se podía decir que habían logrado la mejor victoria que el deporte nos puede ofrecer: la alegría de la diversión, la alegría de los valores, la alegría de la convivencia sana, la alegría de crecer individual y socialmente como seres humanos, la alegría de hacer algo que merece la pena. ¿Podía haber algún equipo que pudiera considerarse más ganador que el Campeones F. C.?

A la vuelta de la esquina, una preciosa fiesta de fútbol en el imponente estadio del Sumira; poco después, un verano para disfrutar; en el horizonte, años por delante para quién sabe cuántas cosas buenas, tanto dentro como fuera del deporte. Pero eso se verá en el siguiente libro…

Índice

1. Haciendo amigos 5
2. Haciendo equipo 7
3. Campeones F. C.. 11
4. Conociendo a un amigo especial. 15
5. Otra persona especial. 21
6. Entrenamos y conversamos. 25
7. Vuelta al cole 29
8. El primer entrenamiento de Antonio 33
9. Gente de club 37
10. El debut de Simón.. 39
11. Nos apoyamos; nos queremos. 45
12. El debut de los campeones 49
13. Arbitrar, educar. 55
14. Una "seño" especial 59
15. Nuestra lideresa 63
16. ¿Nos vamos?. 65
17. ¿Por qué nos hemos ido? 71

18. Aparece el Meseta 75
19. Admiración 79
20. Una gran idea 83
21. El VAR de la honestidad 91
22. Seguimos creciendo 95
23. "Ayudadme a hacer justicia" 99
24. Lágrimas 103
25. Usted es libre 109
26. Ayudando a un compañero 115
27. Rubén 123
28. Sumamos todos 129
29. Necesito compartir 137
30. A veces se gana… 141
31. Las preguntas de una niña 151
32. La grandeza de Esther 157
33. La liga avanza 163
34. Madre Naturaleza 173
35. ¿Perder autoridad? 181
36. Nervios y miedo 189
37. El partido, un partido 197
38. Real Sumira 217
39. ¡Campeones, campeones! 223

El Árbitro de La Paz y el equipo Campeones

Una historia de fútbol educativo para leer en familia

de Ángel Andrés Jiménez Bonillo

Simón es un joven árbitro diferente: cree que el fútbol no solo se juega con los pies, sino también con el corazón. Junto a Emma, Aday y el resto del equipo Campeones descubrirás que la verdadera victoria está en la honestidad, el respeto y la amistad.

A través de partidos emocionantes, retos inesperados y decisiones difíciles, los niños aprenderán que el juego limpio y la deportividad valen mucho más que un trofeo.

Un libro lleno de aventuras, valores y sonrisas que invita a pequeños y mayores a reflexionar sobre el deporte como motor de cambio en la sociedad.

Fundación Fomento Deporte
GRUPO ORP
IURISCÁTEDRA
Fundación "la Caixa"

a partir de 9 años